BIBLIOTECA FREUD - VOL. II

SIGMUND
FREUD

La Interpretación de los Sueños

TOMO I

EDICIONES ERCILLA

La "Biblioteca Freud" publica todas las semanas un volumen, ya de alguna obra del gran escritor vienés, cuyo nombre ha tomado, que editará en su totalidad, ya de algún estudio de sus discípulos o de sus contradictores. **El precio de cada volumen es siempre de $ 3.**

Ha publicado:

"Psicopatología de la vida cotidiana", por Sigmund Freud.

Un tomo de más de 280 páginas, conteniendo la verdadera llave del freudismo. ¿Cuáles son los determinantes ocultos de nuestros olvidos, de nuestras equivocaciones, de nuestras torpezas, de nuestros errores? Freud nos contesta tan escabrosa pregunta, introduciéndonos en el terreno ignorado del inconsciente.

"Introducción al psicoanálisis: teoría general de la neurosis", por Sigmund Freud.

Esta obra, como la anterior, es de primera importancia para adentrarnos en las ideas psicológicas de Freud. Si aquélla trata de algo que afecta generalmente a todos los hombres normales, ésta mira un problema de un carácter más restringido, pero quizá más interesante: la neurosis, ese mal terrible que encadena y esclaviza a la mente humana.

"La Vida Intima en la Antigüedad", por León Markun.

Grecia, Roma... Los secretos de su vida íntima, las costumbres de puertas adentro, expuestas con una claridad científica, aunada con la amenidad más atrayente. Las relaciones amorosas y familiares, la galantería, los caracteres de la cortesanía y el amor venal, todo lo que en la generalidad de las historias aparece tupidamente velado, demasiado discretamente.

"La tragedia sexual de Leonardo de Vinci", por Sigmund Freud

En un solo volumen publicamos estas dos interesantísimas obras, que deben conocer todos los que se preocupan de los estudios psicoanalíticos.

EDITORIAL ERCILLA. — Santiago de Chile

"LA INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS",

por Sigmund Freud.

Ortega y Gasset, en el prólogo que encabeza el primer volumen de esta Biblioteca, ha calificado a la obra de Freud sobre la vida de los sueños, como "una de las producciones más interesantes del pensamiento contemporáneo."

El hecho es incontestable, como que vino a dar un vuelco fundamental en la literatura tejida alrededor de este fenómeno que absorbe una tercera o una cuarta parte de toda nuestra vida. Muchos fueron los que, antes de Freud, se internaron por este terreno; pero mientras se escapaba el tiempo sin ir directamente a la médula misma del problema, mientras un Tissié aseveraba que "no existen los sueños de origen absolutamente psíquico", surge y se agiganta la figura de Freud, que no trepida en afirmar que "el sueño es un acabado fenómeno psíquico y una realización de deseos".

Como hecho de tal naturaleza, no podía escapar a la penetración del profesor vienés. No hay manifestación psíquica que Freud no haya desentrañado con sus razonamientos vigorosos y sus agudas inducciones. De aquí que un estudio suyo sobre la interpretación de los sueños, ajustado en consecuencia a métodos exclusivamente científicos, cobre ese supremo interés de que habla don José Ortega y Gasset.

Los próximos tres volúmenes de esta Biblioteca estarán dedicados, como el actual, a "La Interpretación de los Sueños". La obra entera se publicará, pues, en cuatro tomos.

LA INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS



Prensas de la Editorial Ercilla

LA INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS

TOMO I

"Flectere si nequeo superos, acheronta movebo."
(Si no puedo vencer a los dioses, pediré auxilio a los infiernos.)



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

LA LITERATURA CIENTIFICA SOBRE LOS PROBLEMAS ONIRICOS (1)

En las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido, al que puede asignarse un lugar perfectamente determinado en la actividad anímica de la vida despierta. Además, intentaré esclarecer los procesos de los que depende la singular e impenetrable apariencia de los sueños y deducir de dichos procesos una conclusión sobre la naturaleza de aquellas fuerzas psíquicas de cuya acción conjunta u opuesta surge el fenómeno onírico. Conseguido esto, daré por terminada mi exposición, pues habré llegado en ella al punto en el que el problema de los sueños desemboca en otros más amplios cuya solución ha de buscarse por el examen de un distinto material.

Si comienzo por exponer aquí una visión de conjunto de la literatura existente hasta el momento sobre los sueños y del estado científico actual de los problemas oníricos, ello obedece a que en el curso de mi estudio no se me han de presentar muchas ocasiones de volver sobre tales materias. La comprensión científica de los sueños no ha realizado, en más de diez siglos, sino escasísimos progresos, circunstancia tan generalmente reconocida por todos los que de este tema se han ocupado, que me parece inútil citar aquí al detalle opiniones

(1) Hasta 1900, fecha de la primera edición de la presente obra.

aisladas. En la literatura onírica hallamos gran cantidad de sugestivas observaciones y un rico e interesantísimo material relativo al objeto de nuestro estudio, pero, en cambio, nada o muy poco que se refiera a la esencia de los sueños o resuelva definitivamente el enigma que los mismos nos plantean. Como es lógico, el conocimiento que de estas cuestiones ha pasado al núcleo general de hombres cultos, pero no dedicados a la investigación científica, resulta aún más incompleto.

Cuál fué la concepción que en los primeros tiempos de la humanidad se formaron de los sueños los pueblos primitivos y qué influencia ejerció el fenómeno onírico en su comprensión del mundo y del alma son cuestiones de tan alto interés que sólo obligadamente y a disgusto me he decidido a excluir su estudio del conjunto del presente trabajo y a limitarme a remitir al lector a las conocidas obras de Sir J. Lubbock, H. Spencer, E. B. Taylor y otros, añadiendo únicamente por mi cuenta que el alcance de estos problemas y especulaciones no podrá hacérsenos comprensible hasta después de haber llevado a buen término la labor que aquí nos hemos marcado, o sea la de «interpretación de los sueños».

Un eco de la primitiva concepción de los sueños se nos muestra indudablemente como base de la idea que de ellos se formaban los pueblos de la antigüedad clásica (1). Admitían estos, que los sueños se hallaban en relación con el mundo de seres sobrehumanos de su mitología y traían consigo revelaciones divinas o demoníacas, poseyendo además una determinada intención muy importante con respecto al sujeto: generalmente la de anunciarle el porvenir. De todos modos, la extraordinaria variedad de su contenido y de la impresión por ellos producida hacía muy difícil llegar a establecer una concepción unitaria y obligó a constituir múltiples diferenciaciones y agrupaciones de los sueños, conforme a su valor y autenticidad. Naturalmente, la opinión de los filósofos antiguos sobre el fenómeno onírico hubo de depender de la importancia que cada uno de ellos concedía a la adivinación.

En los dos estudios que Aristóteles consagra a esta materia, pasan ya los sueños a constituir objeto de la psicología. No

(1) Las consideraciones que siguen están tomadas del concienzudo estudio de Buechsenschuetz.

son de naturaleza divina sino demoníaca, pues la Naturaleza es demoníaca y no divina; o dicho de otro modo no corresponden a una revelación sobrenatural, sino que obedecen a leyes de nuestro espíritu humano, aunque desde luego participante a la divinidad. Los sueños quedan asi definidos como la actividad anímica del durmiente durante el estado de reposo (1).

Aristóteles muestra conocer algunos de los caracteres de la vida onírica. Así, el de que los sueños amplían los pequeños estímulos percibidos durante el estado de reposo («una insignificante elevación de temperatura en uno de nuestros miembros nos hace creer, en el sueño, que andamos a través de las llamas y sufrimos un ardiente calor») y deduce de esta circunstancia la conclusión de que los sueños pueden muy bien revelar al médico los primeros indicios de una naciente alteración física no advertida durante el día (2).

Los autores antiguos anteriores a Aristóteles no consideraban el sueño como un producto del alma soñadora, sino como una inspiración de los dioses y señalaban ya en ellos las dos corrientes contrarias que habremos de hallar siempre en la estimación de la vida onírica. Se distinguían dos especies de sueños: los verdaderos y valiosos, enviados al durmiente a título de advertencia o revelación del porvenir, y los vanos, engañosos y fútiles, cuyo propósito era desorientar al sujeto o causar su perdición.

Gruppe (Griechische Mithologie und Religionsgeschichte, pág. 390) reproduce una tal división de los sueños tomándola de Macrobio y Artemidoro: "Dividianse los sueños en dos clases. A la primera, influída tan sólo por el presente (o el pasado) y falta en cambio de significación con respecto

(1) N. del T.—En alemán existen términos diferentes para designar el sueño—fenómeno onírico—y el acto de dormir (Traum y Schlaf). Igualmente en francés y en inglés (rêve y sommeil—dream y sleep). Pero en castellano no poseemos sino un mismo término—sueño—para ambos conceptos. Como esto pudiera originar confusiones, diremos tan solo "sueño" refiriéndonos al fenómeno onírico, y emplearemos, para designar el acto de dormir, la palabra "reposo".

(2) También Hipócrates dedica un capítulo de su famosa obra médica, a las relaciones entre los sueños y las enfermedades.

al porvenir, pertenecían los *enupnia*, insomnia, que reproducen inmediatamente la representación dada a su contraria, por ejemplo, el hambre o su satisfacción, y los *fanasmata*, que amplian fantásticamente la representación dada; por ejemplo, la pesadilla, *ephialtes*. La segunda era considerada como determinante del porvenir, y en ella se incluían: 1º El oráculo directo recibido en el sueño (*krematismu*, oraculum); 2.º La predicción de un suceso futuro *orama*, visio); y 3.º El sueño simbólico necesitado de interpretación (*oneiros*, somnium). Esta teoría se ha mantenido en vigor durante muchos siglos.»

De esta diversa estimación de los sueños surgió la necesidad de una «interpretación onírica». Considerándolos, en general, como fuentes de importantísimas revelaciones, pero no siendo posible lograr una inmediata comprensión de todos y cada uno de ellos, ni tampoco saber si un determinado sueño incomprensible entrañaba o no algo importante, tenia que nacer el impulso a hallar un medio de sustituir su contenido incomprensible por otro inteligible y pleno de sentido. Durante toda la antigüedad se consideró como máxima autoridad en la interpretación de los sueños, a Artemidoro de Dalcis, cuya extensa obra conservada hasta nuestros días nos compensa de las muchas otras del mismo contenido que se han perdido (1).

La concepción precientífica de los antiguos sobre los sueños se hallaba seguramente de completo acuerdo con su total concepción del universo, en la que acostumbraban a proyectar como realidad en el mundo exterior aquello que sólo dentro de la vida anímica la poseía. Esta concepción del fenómeno onírico tomaba además en cuenta la impresión que la vida despierta recibe del recuerdo que del sueño perdura por la mañana, pues en este recuerdo aparece el sueño, en oposición al contenido psiquico restante, como algo ajeno a nosotros y pro-

---

(1) Sobre la interpretación onírica en la Edad Media, cf. la obra de Diepgen y las investigaciones especiales de M. Foerster, Gotthard y otros. Almoli, Amram, Loewinger, y recientemente, desde el punto de vista psicoanalítico, Lauer, han estudiado la interpretación de los sueños entre los judíos; Drexl F. Schwarz y el misionero Tfinkdji, entre los árabes; Miura e Iwaya entre los japoneses; Secker, entre los chinos, y Negelein entre los indios.

cedente de un mundo distinto. Sería, sin embargo, equivocado suponer que esta teoría del origen sobrenatural de los sueños carece ya de partidarios en nuestros días. Haciendo abstracción de los escritores místicos y piadosos — que obran consecuentemente defendiendo los últimos reductos de lo sobrenatural hasta que los progresos científicos consigan desalojarles de ellos — hallamos todavía hombres de sutil ingenio e inclinados a todo lo extraordinario, que intentan apoyar precisamente en la insolubilidad del enigma de los sueños su fe religiosa en la existencia y la intervención de fuerzas espirituales sobrehumanas (Haffner). La valoración dada a la vida onírica por algunas escuelas filosóficas — así la de Schelling — es un claro eco del origen divino que en la antigüedad se reconocía a los sueños. Tampoco la discusión sobre el poder adivinatorio y revelador del porvenir atribuído a los sueños puede considerarse terminada, pues no obstante la inequívoca inclinación del pensamiento científico a rechazar la hipótesis afirmativa, las tentativas de hallar una explicación psicológica valedera para todo el considerable material reunido no han permitido establecer aún una conclusión definitiva.

La dificultad de escribir una historia de nuestro conocimiento científico de los problemas oníricos estriba en que por valioso que el mismo haya llegado a ser con respecto a algunos extremos, no ha realizado progreso ninguno en determinadas direcciones. Por otro lado, tampoco se ha conseguido establecer una firme base de resultados indiscutibles sobre la que otros investigadores pudieran seguir construyendo, sino que cada autor ha comenzado de nuevo y desde el origen, el estudio de los mismos problemas. De este modo, si quisiera atenerme al orden cronológico de los autores y exponer sintéticamente las opiniones de cada uno de ellos, tendría que renunciar a ofrecer al lector un claro cuadro de conjunto del estado actual del conocimiento de los sueños, y por lo tanto, he preferido adaptar mi exposición a los temas y no a los autores, indicando en el estudio de cada uno de los problemas oníricos el material que para la solución del mismo podemos hallar en obras anteriores. Sin embargo, y dado que no me ha sido posible dominar toda la literatura existente sobre esta materia — literatura en extremo dispersa y que se extiende muchas

veces a objetos muy distintos — he de rogar al lector se dé por satisfecho con la seguridad de que ningún hecho fundamental ni ningún punto de vista importante dejarán de ser consignados en mi exposición.

Hasta hace poco se han visto impulsados casi todos los autores a tratar conjuntamente del estado de reposo y de los sueños, así como a agregar al estudio de estos últimos el de estados y fenómenos análogos pertenecientes ya a los dominios de la psicopatología (alucinaciones, visiones, etc.) En cambio, en los trabajos más modernos aparece una tendencia a seleccionar un tema restringido y no tomar como objeto sino uno solo de los muchos problemas de la vida onírica, transformación en la que quisiéramos ver una expresión del convencimiento de que en problemas tan oscuros sólo por medio de una serie de investigaciones de detalle puede llegarse a un esclarecimiento y a un acuerdo definitivos. Una de tales investigaciones parciales. y de naturaleza especialmente psicológica, es lo que aquí me propongo ofreceros. No habiendo tenido gran ocasión de ocuparme del problema del estado de reposo — problema esencialmente fisiológico, aunque en la característica de dicho estado tenga que hallarse contenida la transformación de las condiciones de funcionamiento del aparato anímico — quedará desde luego descartada de mi exposición, la literatura existente sobre tal problema.

El interés científico por los problemas oníricos en sí, conduce a las interrogaciones que siguen. interdependientes en parte:

a) *Relación del sueño con la vida despierta.*

El ingenuo juicio del individuo despierto, acepta que el sueño, aunque ya no de origen extraterreno, sí ha raptado al durmiente a otro mundo distinto. El viejo fisiólogo Burdach, al que debemos una concienzuda y sutil descripción de los problemas oníricos, ha expresado esta convicción en una frase muy citada y conocida (pág. 474): «...nunca se repite la vida diurna con sus trabajos y placeres, sus alegrías y dolores; por lo contrario, tiende el sueño a libertarnos de ella. Aun en aquellos momentos en que toda nuestra alma se halla saturada por un objeto, en que un profundo dolor desgarra nuetra vida interior o una labor acapara todas

nuestras fuerzas espirituales, nos da el sueño algo totalmente ajeno a nuestra situación, no toma para sus combinaciones sino insignificantes fragmentos de la realidad o se limita a adquirir el tono de nuestro estado de ánimo y simboliza las circunstancias reales». — J. H. Fichte (1-541) habla, en el mismo sentido, de *sueños de complemento* (*Ergaenzungsträume*) y los considera como uno de los secretos beneficios de la naturaleza autocurativa del espíritu. Análogamente se expresa también L. Struempell en su estudio sobre la naturaleza y génesis de los sueños (pág. 16), obra que goza justamente de un general renombre: «El sujeto que sueña vuelve la espalda al mundo de la conciencia despierta...»; (página 17): «En el sueño perdemos por completo la memoria con respecto al ordenado contenido de la conciencia despierta y de su funcionamiento normal...»; (pág. 19): «La separación casi desprovista de recuerdo que en los sueños se establece entre el alma, y el contenido y el curso regulares de la vida despierta...»

La inmensa mayoría de los autores concibe, sin embargo la relación de los sueños con la vida despierta en una forma totalmente opuesta. Así, Haffner (pág. 19): «Al principio continúa el sueño la vida despierta. Nuestros sueños se agregan siempre a las representaciones que poco antes han residido en la conciencia, y una cuidadosa observación encontrará casi siempre el hilo que los enlaza a los sucesos del día anterior". Weygandt (pág. 6), contradice directamente la afirmación de Burdach, antes citada, pues observa «que la mayoría de los sueños nos conduce de nuevo a la vida ordinaria en vez de libertarnos de ella». Maury (pág. 56) lice en una sintética fórmula: «Nous révons de ce que nous avons vu, dit, desiré ou fait»; y Jessen en su Psicología (1855, página 530) manifiesta, algo más ampliamente: «En mayor o menor grado, el contenido de los sueños queda siempre determinado por la personalidad individual, por la edad, el sexo, la posición, el grado de cultura y el género habitual de vida del sujeto y por los sucesos y enseñanzas de su pasado individual».

El filósofo I. G. E. Maass ("Sobre las pasiones", 1805) es quien adopta, con respecto a esta cuestión, una actitud más

inequívoca: "La experiencia confirma nuestra afirmación de que el contenido más frecuente de nuestros sueños se halla constituído por aquellos objetos sobre los que recaen nuestras más ardientes pasiones. Esto nos muestra que nuestras pasiones tienen que poseer una influencia sobre la génesis de nuestros sueños. El ambicioso sueña con los laureles alcanzados (quizá tan sólo en su imaginación) o por alcanzar, y el enamorado con el objeto de sus tiernas esperanzas... Todas las ansias o repulsas sensuales que dormitan en nuestro corazón, pueden motivar, cuando son estimuladas por una razón cualquiera, la génesis de un sueño, compuesto por las representaciones a ellas asociadas, o la intercalación de dichas representaciones en un sueño ya formado." ("Comunicado por Winterstein en la Zbl. fuer Psychoanalyse").

Idénticamente opinaban los antiguos sobre la relación de dependencia existente entre el contenido del sueño y la vida. Radestock (pág. 139) nos cita el siguiente hecho: "Cuando Jerjes, antes de su campaña contra Grecia, se veía disuadido de sus propósitos bélicos por sus consejeros y en cambio, impulsado a realizarlos por continuos sueños alentadores, Artabanos, el racional onirocrítico persa, le advirtió ya, acertadamente, que las visiones de los sueños contenían casi siempre lo que el sujeto pensaba en la vida despierta."

En el poema didáctico de Lucrecio, titulado "De rerum natura", hallamos los siguientes versos (IV, v. 959).

> "Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret,
> aut quibus in rebus multum sumus ante morati
> atque in ea ratione fuit contenta magis mens.
> in somnis eadem plerumque videmur obire;
> causidice causas agere et componere leges,
> induperatores pugnare ac proelia obire." etc.

y Cicerón (De Divinatione II), anticipándose en muchos siglos a Maury, escribe: "Maximeque reliquiae earum rerum moventur in animis et agitantur, de quibus vigilantes aut cogitavimus aut egimus."

La manifiesta contradicción en que se hallan estas dos opiniones sobre la relación de la vida onírica con la vida despierta parece realmente inconciliable. Será, pues, oportuno recordar aquí las teorías de F. W. Hildebrandt (1875), según

el cual las peculiaridades del sueño no pueden ser descritas sino por medio de "una serie de antítesis que llegan aparentemente hasta la contradicción" (pág. 8). "La primera de estas antítesis queda constituída por la separación rigurosísima y la indiscutible íntima dependencia que simultáneamente observamos entre los sueños y la vida despierta. El sueño es algo totalmente ajeno a la realidad vivida en estado de vigilia. Podríamos decir que constituye una existencia aparte, herméticamente encerrada en sí misma y separada de la vida real por un infranqueable abismo. Nos aparta de la realidad, extingue en nosotros el normal recuerdo de la misma y nos sitúa en un mundo distinto y una historia vital por completo diferente, exenta en el fondo de todo punto de contacto con la real..." A continuación expone Hildebrandt cómo al dormirnos desaparece todo nuestro ser con todas sus formas de existencia. Entonces, hacemos, por ejemplo, en sueños, un viaje a Santa Elena para ofrecer al cautivo Emperador Napoleón una excelente marca de vinos del Mosela. Somos recibidos amabilísimamente por el desterrado y casi sentimos que el despertar venga a interrumpir aquellas interesantes ilusiones. Una vez despiertos comparamos la situación onírica con la realidad. No hemos sido nunca comerciantes en vinos, ni siquiera hemos pensado en dedicarnos a tal actividad. Tampoco hemos realizado jamás una travesía y si hubiéramos de emprenderla no elegiríamos seguramente Santa Elena como fin de la misma. Napoleón no nos inspira simpatía, alguna, sino al contrario, una patriótica adversión. Por último, cuando Bonaparte murió en el destierro, no habíamos nacido aún y por lo tanto no existe posibilidad alguna de suponer una relación personal. De este modo, nuestras aventuras oníricas se nos muestran como algo ajeno a nosotros, intercalado entre dos fragmentos homogéneos y subsiguientes de nuestra vida.

"Y sin embargo — prosigue Hildebrandt — lo aparentemente contrario es igualmente cierto y verdadero. Quiero decir que simultáneamente a esta separación existe una íntima relación. Podemos incluso afirmar que por extraño que sea lo que el sueño nos ofrezca, ha tomado él mismo sus materiales de la realidad y de la vida espiritual que en torno a esta realidad se desarrolla... Por singulares que sean sus

formaciones, no puede hacerse independiente del mundo real, y todas sus creaciones, tanto las más sublimes como las más ridículas, tienen siempre que tomar su tema fundamental de aquello que en el mundo sensorial ha aparecido ante nuestros ojos o ha encontrado en una forma cualquiera un lugar en nuestro pensamiento despierto, esto es, de aquello que ya hemos vivido antes exterior o interiormente."

b) *El material onírico.—La memoria en el sueño.*

Que todo el material que compone el contenido del sueño, procede, en igual forma, de lo vivido, y es por lo tanto, reproducido — *recordado* — en el sueño, es cosa generalmente reconocida y aceptada. Sin embargo, sería un error suponer bastante una mera comparación del sueño con la vida despierta para evidenciar la relación existente entre ambos. Por lo contrario, sólo después de una penosa y atenta labor logramos descubrirla y en toda una serie de casos consigue permanecer oculta durante mucho tiempo. Motivo de ello es un gran número de peculiaridades que la capacidad de recordar muestra en el sueño y que aunque generalmente observadas han escapado hasta ahora a todo esclarecimiento. Creo interesante estudiar detenidamente tales caracteres.

Observamos, ante todo, que en el contenido del sueño aparece un material que después, en la vida despierta, no reconocemos como perteneciente a nuestros conocimientos o a nuestra experiencia. Recordamos, desde luego, que hemos soñado aquello, pero no recordamos haberlo vivido jamás. Así, pues, no nos explicamos de qué fuente ha tomado el sueño sus componentes y nos inclinamos a atribuirle una independiente capacidad productiva, hasta que con frecuencia, al cabo de largo tiempo, vuelve un nuevo suceso a atraer a la conciencia el perdido recuerdo de un suceso anterior y nos descubre con ello la fuente del sueño. Entonces, tenemos que confesarnos que hemos sabido y recordado en él algo que durante la vida despierta había sido robado a nuestra facultad de recordar (1).

Delboeuf relata un interesantísimo ejemplo de este género, constituído por uno de sus propios sueños. En él vió

---

(1) También Vaschide afirma haberse observado con gran frecuencia que en nuestros sueños hablamos los idiomas extranjeros con mayor soltura y corrección que en la vida despierta.

el patio de su casa cubierto de nieve y bajo ésta halló enterradas y medio heladas, dos lagartijas. Queriendo salvarles la vida, las recogió, las calentó y las cobijó después en una rendija de la pared donde tenían su madriguera, introduciendo además en esta última algunas hojas de cierto helecho que crecía sobre el muro y que él sabía ser muy gustado por los lacértidos. En su sueño conocía incluso el nombre de dicha planta: "Asplenium ruta muralis".— Llegado a este punto tomó el sueño un camino diferente, pero después de una corta digresión tornó a las lagartijas y mostró a Delboeuf dos nuevos animalitos de este género que habían acudido a los restos del helecho por él cortado. Luego, mirando en torno suyo, descubrió otro par de lagartijas que se encaminaban hacia la hendidura de la pared, y por último, quedó cubierta la calle entera por una procesión de lagartijas que avanzaban todas en la misma dirección.

El pensamiento despierto de Delboeuf no conocía sino muy pocos nombres latinos de plantas y entre ellos no se hallaba el del asplenium. Mas con gran asombro comprobó que existía un helecho así llamado — el asplenium ruta muraria — nombre que el sueño había deformado algo. No siendo posible pensar en una coincidencia casual, resultaba para Delboeuf un misterio el origen del conocimiento que del nombre asplenium había poseído en su sueño.

Sucedía esto en 1862. Diez y seis años después, halló Delboeuf, en casa de un amigo suyo, un pequeño álbum con flores secas semejante a aquellos que en algunas regiones de Suiza se venden como recuerdo a los extranjeros. Al verlo sintió surgir en su memoria un lejano recuerdo; abrió el herbario y halló en él el asplenium de su sueño, reconociendo además su propia letra manuscrita en el nombre latino escrito al pie de la página. En efecto, una hermana del amigo en cuya casa se hallaba, había visitado a Delboeuf en el curso de su viaje de bodas, dos años antes del sueño de las lagartijas, o sea en 1860, y le había mostrado aquel álbum que pensaba regalar, como recuerdo, a su hermano. Amablemente, se prestó entonces Delboeuf a consignar en el herbario el nombre correspondiente a cada planta, pequeño tra-

bajo que llevó a cabo bajo la dirección de un botánico que le fué dictando dichos nombres.

Otra de las felices casualidades que tanto interés dan a este ejemplo permitió a Delboeuf referir un nuevo fragmento de su sueño a su correspondiente origen olvidado. En 1877 cayó un día entre sus manos una antigua colección de una revista ilustrada y al hojearla tropezó con un dibujo que representaba aquella procesión de lagartijas que había visto en su sueño del año 1862. El número de la revista era de 1861 y Delboeuf pudo recordar que en esta fecha se hallaba suscrito a ella.

Esta libre disposición del sueño sobre recuerdos inaccesibles a la vida despierta constituye un hecho tan singular y de tan gran importancia teórica, que quiero atraer aún más sobre él la atención de mis lectores, por la comunicación de otros sueños "hipermnésticos". Maury relata que durante algún tiempo se le venía a las mientes varias veces al día la palabra *Mussidan*, de la que no sabía sino que era el nombre de una ciudad francesa. Pero una noche soñó hallarse dialogando con una cierta persona que le dijo acababa de llegar de Mussidan, y habiéndola preguntado dónde se hallaba tal ciudad, recibió la respuesta de que Mussidan era una capital de distrito del departamento de la Dordoña. Al despertar no dió Maury crédito alguno a la información obtenida en su sueño, pero el Diccionario geográfico le demostró la total exactitud de la misma. En este caso se comprobó el mayor conocimiento del sueño, pero no fué encontrada la olvidada fuente de dicho conocimiento.

Jessen relata (pág. 55) un análogo suceso onírico de época más antigua: "A estos sueños pertenece, entre otros, el de Escalígero el viejo (Hennings I. c., pág. 300), al que cuando se hallaba terminando un poema dedicado a los hombres célebres de Verona se le apareció en sueños un individuo que dijo llamarse Brugnolo y se lamentó de haber sido olvidado en la composición. Aunque Escalígero no recordaba haber oído jamás hablar de él, incluyó unos versos en su honor, y tiempo después averiguó en Verona un hijo suyo, que el tal Brugnolo había gozado largos años atrás en dicha ciudad un cierto renombre como crítico."

Un sueño hipermnéstico, que se distingue por la peculia-

ridad de que otro sueño posterior trajo consigo la agnición del recuerdo no reconocido al principio, nos es relatado por el marqués d'Hervey de St. Denis (según Vaschide, página 232): "Soñé una vez con una joven de cabellos dorados a la que veía conversando con mi hermana mientras la enseñaba un bordado. En el sueño me parecía conocerla y creía incluso haberla visto repetidas veces. Al despertar siguió apareciéndoseme con toda precisión aquel bello rostro, pero me fué imposible reconocerlo. Luego, al volver a conciliar el reposo, se repitió la misma imagen onírica. En este nuevo sueño hablé ya con la rubia señora y la pregunté si había tenido el placer de verla anteriormente en algún lado. "Ciertamente — me respondió—; acuérdese de la playa de Pornic." Inmediatamente, desperté y recordé con toda claridad las circunstancias reales relacionadas con aquella amable imagen onírica."

El mismo autor (según Vaschide, pág. 233) nos relata lo siguiente:

"Un músico conocido suyo oyó una vez en sueños una melodía que le pareció completamente nueva. Varios años después la encontró en una vieja colección de piezas musicales, pero no pudo recordar haber tenido nunca dicha colección entre sus manos."

En lugar que desgraciadamente no me es accesible (Proceedings of the Society for psychical research) ha publicado Myers una amplia serie de tales sueños hipermnésticos. A mi juicio, todo aquel que haya dedicado alguna atención a estas materias tiene que reconocer como un fenómeno muy corriente éste de que el sueño testimonie poseer conocimientos y recuerdos de los que el sujeto no tiene la menor sospecha en su vida despierta. En los trabajos psicoanalíticos realizados con sujetos nerviosos, trabajos de los que más adelante daré cuenta, se me presenta varias veces por semana ocasión de demostrar a los pacientes, apoyándome en sus sueños, que conocen citas, palabras obscenas, etc., y que se sirven de ellas en su vida onírica aunque luego en estado de vigilia las hayan olvidado. A continuación citaré un inocente caso de hipermnesia onírica en el que fué posible hallar con gran facilidad la fuente de que procedía el conocimiento accesible únicamente al sueño.

Un paciente soñó, entre otras muchas cosas, que penetraba en un café y pedía un "kontuszowka". Al relatarme su sueño me preguntó qué podía ser aquello, respondiéndole yo que "kontuszowka" era el nombre de un aguardiente polaco y que era imposible lo hubiese inventado en su sueño, pues yo lo conocía por haberlo leído en los carteles en que profusamente era anunciado. El paciente no quiso, en un principio, dar crédito a mi explicación, pero algunos días más tarde, después de haber comprobado realmente en un café la existencia del licor de su sueño, vió el nombre soñado, en un anuncio fijado en una calle por la que desde hacía varios meses había tenido que pasar por lo menos dos veces al día.

En mis propios sueños he podido comprobar lo mucho que el descubrimiento de la procedencia de elementos oníricos aislados depende de la casualidad. Así, mucho antes de pensar en escribir la presente obra, me persiguió durante varios años la imagen de una torre de iglesia, de muy sencilla arquitectura, que no podía recordar haber visto nunca y que después reconocí bruscamente en una pequeña localidad situada entre Salzburgo y Reichenhall. Sucedió esto entre 1895 y 1900, y mi primer viaje por aquella línea databa de 1886. Años más tarde, hallándome ya consagrado intensamente al estudio de los sueños, llegó a hacérseme molesta la constante aparición de la imagen onírica de un singular local. En una precisa relación de lugar con mi propia persona, a mi izquierda, veía una habitación oscura en la que resaltaban varias esculturas grotescas. Un vago y lejanísimo recuerdo al que no me decidía a dar crédito, me decía que tal habitación constituía el acceso a una cervecería, pero no me era posible esclarecer lo que aquella imagen onírica significaba ni tampoco de dónde procedía. En 1907 hice un viaje a Padua, ciudad que contra mi deseo no me había sido posible volver a visitar desde 1895. En mi primera visita había quedado insatisfecho, pues cuando me dirigía a la iglesia de la Madonna dell'Arena con objeto de admirar los frescos de Giotto que en ella se conservan, hube de volver sobre mis pasos al enterarme de que por aquellos días se hallaba cerrada. Doce años después, llegado de nuevo a Padua, pensé, ante todo, desquitarme de aquella contrariedad y emprendí el camino que conduce a dicha iglesia. Próximo ya a ella, a mi izquierda, y probable-

mente en el punto mismo en que la vez pasada hube de dar la vuelta, descubrí el local que tantas veces se me había aparecido en sueños, con sus grotescas esculturas. Era realmente la entrada al jardín de un restaurant.

Una de las fuentes de las que el sueño extrae el material que reproduce, y en parte aquel que en la actividad despierta del pensamiento no es recordado ni utilizado, es la *vida infantil.* Citaré tan sólo algunos de los autores que han observado y acentuado esta circunstancia.

Hildebrandt (pág. 23): "Ya ha sido manifestado expresamente que el sueño vuelve a presentar ante el alma, con toda fidelidad y asombroso poder de reproducción, procesos lejanos y hasta olvidados por el sujeto, pertenecientes a las más tempranas épocas de su vida."

Struempell (pág. 40): "La cuestión se hace aún más interesante cuando observamos cómo el sueño extrae de la profundidad a que las sucesivas capas de acontecimientos posteriores han ido enterrando los recuerdos de juventud, intactas y con toda su frescura original, las imágenes de localidades, cosas y personas. Y esto no se limita a aquellas impresiones que adquirieron en su nacimiento una viva conciencia o se han enlazado con intensos acontecimientos psíquicos y retornan luego en el sueño como verdaderos recuerdos en los que la conciencia despierta se complace. Por lo contrario, las profundidades de la memoria onírica encierran en sí, preferentemente, aquellas imágenes de personas, objetos y localidades de las épocas tempranas, que no llegaron a adquirir sino una escasa conciencia o ningún valor psíquico o perdieron ambas cosas hace ya largo tiempo y se nos muestran, por lo tanto, así en el sueño como al despertar, totalmente ajenas a nosotros, hasta que descubrimos su primitivo origen."

Volkelt (pág. 119): "Muy notable es la predilección con que los sueños acogen los recuerdos de infancia y juventud, presentándonos así, incansablemente, cosas en las que ya no pensamos y ha largo tiempo que han perdido para nosotros toda su importancia."

El dominio del sueño sobre el material infantil, que como sabemos, cae en su mayor parte en las lagunas de la capacidad consciente de recordar, da ocasión al nacimiento

de interesantes sueños hipermnésticos, de los que quiero citar nuevamente algunos ejemplos:

Maury relata (pág. 92) que siendo niño fué repetidas veces desde Meaux, su ciudad natal, a la próxima de Trilport, en la que su padre dirigía la construcción de un puente. Muchos años después se ve en sueños jugando en las calles de Trilport. Un hombre, vestido con una especie de uniforme, se le acerca, y Maury le pregunta cómo se llama. El desconocido contesta que es C..., el guarda del puente. Al despertar, dudando de la realidad de su recuerdo, interroga Maury a una antigua criada de su casa sobre si conoció a alguna persona del indicado nombre. "Ya lo creo — responde la criada—; así se llamaba el guarda del puente que su padre de usted construyó en Trilport".

Un ejemplo igualmente comprobado de la precisión de los recuerdos infantiles que aparecen en el sueño nos es relatado también por Maury, al que fué comunicado por un Sr., F., cuya infancia había transcurrido en Montbrison. Veinticinco años después de haber abandonado dicha localidad decidió este individuo visitarla y saludar en ella a antiguos amigos de su familia a los que no había vuelto a ver. En la noche anterior a su partida soñó que había llegado al fin de su viaje y encontraba en las inmediaciones de Montbrison a un desconocido que le decía ser el Sr. T., antiguo amigo de su padre. Nuestro sujeto sabía que de niño había conocido a una persona de dicho nombre, pero una vez despierto, no le fué posible recordar su fisonomía. Algunos días después, llegado realmente a Montbrison, halló de nuevo el lugar en que la escena de su sueño se había desarrollado y que le había parecido totalmente desconocido, y encontró a un individuo al que reconoció en el acto como el Sr. T. de su sueño. La persona real se hallaba únicamente más envejecida de lo que su imagen onírica la había mostrado.

Por mi parte, puedo relatar aquí un sueño propio en el que la impresión que de recordar se trataba quedó sustituída por una relación. En este sueño, vi una persona de la que durante el mismo sabía que era el médico de mi lugar natal. Su rostro no se me aparecía claramente, sino mezclado con el de uno de mis profesores de segunda enseñanza, al que en la actualidad encuentro aún de cuando en cuando. Al despertar me

fué imposible hallar la relación que podía enlazar a ambas personas. Habiendo preguntado a mi madre por aquel médico de mis años infantiles, averigüé que era tuerto, y tuerto es también el profesor cuya persona se había superpuesto en mi sueño a la del médico. Treinta y ocho años hacía que no había vuelto a ver a este último, y que yo sepa, no he pensado jamás en él en mi vida despierta, aunque una cicatriz que llevo en la barbilla hubiera podido recordarme su actuación facultativa.

La afirmación de algunos autores de que en la mayoría de los sueños pueden descubrirse elementos procedentes de los días inmediatamente anteriores parece querer constituir un contrapeso a la excesiva importancia del papel que en la vida onírica desempeñan las impresiones infantiles. Robert (pág. 46) llega incluso a observar que «en general el sueño normal no se ocupa sino de las impresiones de los días inmediatos», y aunque comprobamos que la teoría de los sueños edificada por este autor exige imprescindiblemente una tal repulsa de las impresiones más antiguas y un paso al primer término, de las más recientes, no podemos dejar de reconocer que el hecho consignado por Robert es cierto, y yo mismo lo he comprobado en mis investigaciones. Un autor americano — Nelson — opina que en el sueño hallamos casi siempre utilizadas impresiones del día anterior a aquel en cuya noche tuvo lugar o de tres días antes, como si las del día inmediato al sueño no se hallaran aún lo suficientemente debilitadas o lejanas.

Varios investigadores que no querían poner en duda la íntima conexión del contenido onírico con la vida despierta, han opinado que aquellas impresiones que ocupan intensamente al pensamiento despierto, sólo pasan al sueño cuando han sido echadas a un lado por la actividad diurna. Así, sucede, que en la época inmediata al fallecimiento de una persona querida y mientras la tristeza embarga el ánimo de los supervivientes, no suelen éstos soñar con ella (Delage). Sin embargo, uno de los más recientes observadores, miss Hallam, ha reunido una serie de ejemplos contrarios y representa, en este punto, los derechos de la individualidad psicológica.

La tercera peculiaridad, y la más singular y menos comprensible de la memoria, en el sueño, se nos muestra en la selección del material reproducido. pues se considera digno

de recuerdo, no lo más importante, como sucede en la vida despierta, sino por lo contrario, también lo más indiferente y nimio. Dejo aquí la palabra a los autores que con mayor energía han expresado el asombro que este hecho les causaba.

Hildebrandt (pág. 11): «Lo más singular es que el sueño no toma sus elementos de los grandes e importantes sucesos ni de los intereses más poderosos y estimulantes del día anterior, sino de los detalles secundarios, o por decirlo así, de los residuos sin valor del pretérito inmediato o lejano. La muerte de una persona querida, que nos ha sumido en el más profundo desconsuelo y bajo cuya triste impresión conciliamos el reposo, se extingue en nuestra memoria durante tal estado hasta que en el momento mismo de despertar vuelve a ella con dolorosa intensidad. En cambio, la verruga que ostentaba en la frente un desconocido con quien tropezamos y en el que no hemos pensado ni un solo instante, desempeña un papel en nuestro sueño...»

Struempell (pág. 39): «...casos en los que la disección de un sueño halla elementos del mismo que proceden efectivamente de los sucesos vividos durante el último o el penúltimo día, pero que poseían tan escasa importancia para el pensamiento despierto, que cayeron en seguida en el olvido. Estos sucesos suelen ser manifestaciones casualmente oídas o actos superficialmente observados de otras personas, percepciones rápidamente olvidadas de cosas o personas, pequeños trozos aislados de una lectura, etc.»

Havelock Ellis (1899, pág. 727): "The profound emotions of waking life, the questions and problems on which we spread our chief voluntary mental energy, are not those which usually present themselves at once to dreamconsciousness. It is so far as the inmediate past is concerned, mostly the trifling, the incidental, the «forgotten» impressions of daily life which reappear in our dreams. The psychic activities that are awake most intensely are those that sleep most profoundly".

Binz (pág. 45) toma estas peculiaridades de la memoria en el sueño, como ocasión de mostrar su insatisfacción ante las explicaciones del sueño a las que él mismo adhiere: "El sueño natural nos plantea análogos problemas. ¿Por qué no soñamos siempre con las impresiones mnémicas del día inmediatamente anterior, sino que sin ningún motivo visible nos

sumimos en un lejanísimo pretérito ya casi extinguido? ¿Por qué recibe tan frecuentemente la conciencia. en el sueño, la impresión de imágenes mnémicas *indiferentes*, mientras que las células cerebrales, allí donde las mismas llevan en sí las más excitables inscripciones de lo vivido, yacen casi siempre mudas e inmóviles aunque poco tiempo antes las haya excitado, en la vida despierta, un agudo estímulo?»

Comprendemos sin esfuerzo cómo la singular predilección de la memoria onírica por lo indiferente y en consecuencia poco atendido de los sucesos diurnos había de llevar casi siempre a la negación de la dependencia del sueño de la vida diurna, y después, a dificultar, por lo menos, en cada caso, la demostración de la existencia de la misma. De este modo ha resultado posible que en la estadística de sus sueños (y de los de su colaborador), formada por miss Whiton Calkins, aparezca fijado en un 11 a 100 el número de sueños en los que no resultaba visible una relación con la vida diurna. Hildebrandt está seguramente en lo cierto cuando afirma que si dedicásemos a cada caso tiempo y atención suficientes, lograríamos siempre esclarecer el origen de todas las imágenes oníricas. Claro es que a continuación califica esta labor de «tarea penosa e ingrata, pues se trataría principalmente, de rebuscar, en los más recónditos ángulos de la memoria, toda clase de cosas desprovistas del más mínimo valor psíquico y extraer nuevamente a la luz, sacándolas del profundo olvido en que cayeron, quizás inmediatamente después de su aparición, toda clase de momentos indiferentes de un lejano pretérito». Por mi parte, debo, sin embargo. lamentar, que el sutil ingenio de este autor no se decidiese a seguir el camino que aquí se iniciaba ante él, pues le hubiera conducido en el acto al punto central de la explicación de los sueños.

La conducta de la memoria onírica es seguramente de altísima importancia para toda teoría general de la memoria. Nos enseña, en efecto, «que nada de aquello que hemos poseído una vez espiritualmente puede ya perderse por completo» (Scholz, pág. 34). O como manifiesta Delboeuf «que toute impression même la plus insignifiante, laisse une trace inaltérable, indéfiniment susceptible de reparaître au jour", conclusión que nos imponen asímismo otros muchos fenómenos patológicos de la vida anímica. Esta extraordinaria capacidad

de rendimiento de la memoria, en el sueño, es cosa que deberemos tener siempre presente para darnos perfecta cuenta de la contradicción en que incurren ciertas teorías, de las que más adelante trataremos, cuando intentan explicar el absurdo y la incoherencia de los sueños por el olvido parcial de lo que durante el día nos es conocido.

Podía quizás ocurrírsenos reducir el fenómeno onírico en general al del recordar y ver en el sueño la manifestación de una actividad de reproducción no interrumpida durante la noche y que tuviera su fin en sí misma. A esta hipótesis se adaptarían comunicaciones como la de v. Pilcz, de las cuales deduce este autor la existencia de estrechas relaciones entre el contenido del sueño y el momento en que se desarrolla. Así, en aquel período de la noche en que nuestro reposo es más profundo, reproduciría el sueño las impresiones más lejanas o pretéritas, y en cambio, hacia la mañana, las más recientes. Pero esta hipótesis resulta inverosímil desde un principio, dada la forma en que el sueño actúa con el material que recordar se trata. Struempell llama justificadamente la atención sobre el hecho de que el sueño no nos muestra nunca la repetición de un suceso vivido. Toma como punto de partida un detalle de alguno de estos sucesos, pero presenta luego una laguna, modifica la continuación o la sustituye por algo totalmente ajeno. De este modo, resulta que nunca trae consigo sino fragmentos de reproducciones, hecho tan general y comprobado que podemos utilizarlo como base de una construcción teórica. Sin embargo, también aquí hallamos excepciones en las que el sueño reproduce un suceso tan completamente como pudiera hacerlo nuestra memoria en la vida despierta. Delboeuf relata que uno de sus colegas de Universidad pasó en un sueño por la exacta repetición de un accidente del que milagrosamente había salido ileso. Calkins cita dos sueños cuyo contenido fué exacta reproducción de un suceso del día anterior, y por mi parte, también hallaré oportunidad, más adelante, de exponer un ejemplo de retorno onírico no modificado, de un suceso de la infancia (1).

---

(1) Como resultado de investigaciones posteriores, añadiré aquí que no es cosa tan rara el que el sueño reproduzca inocentes y poco importantes ocupaciones del día, tales como hacer

c) Estímulo y fuentes de los sueños.

Aquello que estos conceptos significan podemos explicarlo por analogía con la idea popular de que los «sueños vienen del estómago». En efecto, detrás de dichos conceptos se esconde una teoría que considera a los sueños como consecuencia de una perturbación del reposo. No hubiéramos soñado si nuestro reposo no hubiese sido perturbado por una causa cualquiera, y el sueño es la reacción a dicha perturbación.

La discusión de las causas provocadoras de los sueños ocupa en la literatura onírica un lugar preferente, aunque claro es que este problema no ha podido surgir sino después de haber llegado el sueño a constituirse en objeto de la investigación biológica. En efecto, los antiguos, que consideraban el sueño como un mensaje divino, no necesitaban buscar para él estímulo ninguno, pues veían su origen en la voluntad de los poderes divinos o demoníacos y atribuían su contenido a la intención o el conocimiento de los mismos. En cambio, para la ciencia se planteó en seguida la interrogación de si el estímulo provocador de los sueños era siempre el mismo o podía variar, y paralelamente, la de si la explicación causal del fenómeno onírico corresponde a la psicología o a la fisiología. La mayor parte de los autores parece aceptar que las causas de perturbación del reposo, esto es, las fuentes de los sueños, pueden ser de muy distinta naturaleza y que tanto las excitaciones físicas como los sentimientos anímicos son susceptibles de constituirse en estímulos oníricos. En la preferencia dada a unas u otras de estas fuentes y en la clasificación de las mismas por orden de su importancia como generatrices de sueños es en lo que ya difieren más las opiniones.

La totalidad de las fuentes oníricas puede dividirse en cuatro especies, división que ha servido también de base para clasificar los sueños:

1. *Excitación sensorial externa (objetiva).*
2. *Excitación sensorial interna (subjetiva).*
3. *Estímulo somático interno (orgánico).*
4. *Fuentes de estímulo puramente psíquicas.*

1. *Las excitaciones sensoriales externas.* Struempell el

los baules, preparar la comida, etc. Pero en tales sueños no acentúa el sujeto el carácter de recuerdo, sino el de realidad: "Todo eso lo estuve haciendo realmente durante el día".

joven, hijo del filósofo del mismo nombre y autor de una obra sobre los sueños que nos ha servido muchas veces de guía en nuestra investigación de los problemas oníricos, refiere las observaciones realizadas en un enfermo que padecía una anestesia general del tegumento externo y una parálisis de varios de los más importantes órganos sensoriales. Este individuo se quedaba profundamente dormido en cuanto se le aislaba por completo del mundo exterior, privándole de los escasos medios de comunicación que aún poseía con el mismo. A una situación semejante a la del sujeto de este experimento de Struempell tendemos todos cuando deseamos conciliar el reposo. Cerramos las más importantes puertas sensoriales — los ojos — y procuramos resguardar los demás sentidos de todo nuevo estímulo o toda modificación de los que ya actúan sobre ellos.

En esta forma es como llegamos a conciliar el reposo aunque nunca nos sea dado conseguir totalmente el propósito antes indicado, pues ni podemos mantener nuestros órganos sensoriales lejos de todo estímulo ni tampoco suprimir en absoluto su excitabilidad. El hecho de que cuando un estímulo alcanza una cierta intensidad logra siempre hacernos despertar, demuestra «que también durante el reposo ha permanecido el alma en contínua conexión con el mundo exterior». Así, pues, los estímulos sensoriales que llegan a nosotros durante el reposo, pueden muy bien constituirse en fuentes de sueños.

De tales estímulos existe toda una amplia serie, desde los inevitables que el mismo estado de reposo trae consigo o a los que tienen ocasionalmente que permitir el acceso, hasta el casual estímulo despertador susceptible de poner fin al reposo o destinado a ello. Una intensa luz puede llegar a nuestros ojos, un ruido a nuestros oídos o un olor a nuestro olfato. Así mismo, podemos llevar a cabo, durante el reposo, movimientos involuntarios que dejando al descubierto una parte de nuestro cuerpo la exponga a una sensación de enfriamiento o adoptar posturas que generen sensaciones de presión o de contacto. Por último, puede picarnos un insecto o surgir una circunstancia cualquiera que excite simultáneamente varios de nuestros sentidos. La atenta observación de los investigadores ha coleccionado toda una serie de sueños en los que el estímulo comprobado al despertar coincidía con un fragmento del

contenido onírico hasta el punto de hacernos posible reconocer en dicho estímulo la fuente del sueño.

Tomándola de Jessen (pág. 527), reproduciré aquí una colección de estos sueños imputables a estímulos sensoriales objetivos más o menos accidentales: Todo ruido vagamente advertido provoca imágenes oníricas correspondientes; el trueno nos sitúa en medio de una batalla, el canto de un gallo puede convertirse en un grito de angustia, y el chirriar de una puerta, hacernos soñar que han entrado ladrones en nuestra casa. Cuando nos destapamos, soñamos quizás que andamos desnudo o hemos caído al agua. Cuando nos atravesamos en la cama y sobresalen nuestros pies de los bordes de la misma, soñamos, a lo mejor, que nos hallamos al borde de un temeroso precipicio o que caemos rodando desde una altura. Si en el transcurso de la noche llegamos a colocar casualmente nuestra cabeza debajo de la almohada, soñaremos que sobre nosotros pende una enorme roca amenazando con aplastarnos. La acumulación del semen engendra sueños voluptuosos, y los dolores locales, la idea de sufrir malos tratamientos, ser objeto de ataques hostiles o recibir heridas...

«Meier (Versuch einer Erklaerung des Nachtwandels. Halle, 1858, pág. 33) soñó una vez ser atacado por varias personas que le tendían de espalda, le introducían por el pie, por entre el dedo gordo y el siguiente, un palo, y clavaban luego éste en el suelo. Al despertar sintió, en efecto, que tenía una paja clavada entre dichos dedos. Este mismo sujeto soñó, según Hennings (1784, pág. 258), que le ahorcaban, una noche en que la camisa de dormir le oprimía un poco el cuello. Hoffbauer soñó, en su juventud, que caía desde lo alto de un elevado muro, y al despertar observó que por haberse roto la cama había caído realmente con el colchón al suelo. Gregory relata que una vez que al acostarse colocó a los pies una botella con agua caliente, soñó que subía al Etna y se le hacía casi insoportable el calor que el suelo despedía. Otro individuo que se acostó teniendo una cataplasma aplicada a la cabeza, soñó ser atacado por los indios y despojado del cuero cabelludo. Otro que se acostó teniendo puesta una camisa húmeda, creyó ser arrastrado por la impetuosa corriente de un río. Un sujeto en el que durante la noche se inició un ataque

de podagra, soñó que la Inquisición le sometía al formento del potro (Macnish)».

La hipótesis explicativa basada en la analogía entre el estímulo y el contenido del sueño queda reforzada por la posibilidad de engendrar en el durmiente, sometiéndole a determinados estímulos sensoriales, sueños correspondientes a los mismos. Macnish y después Giron de Buzareingues han llevado a cabo experimentos de este género. Giron «dejó una vez destapadas sus rodillas y soñó que viajaba por la noche en una diligencia». Al relatar este sueño añade la observación de que todos aquellos que tienen costumbre de viajar saben muy bien el frío que se siente en las rodillas cuando se va de noche en un carruaje. Otra vez se acostó dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza y soñó que asistía a una ceremonia religiosa al aire libre. En el país en que vivía era, en efecto, costumbre, conservar siempre el sombrero puesto, salvo en ocasiones como la de su sueño.

Maury comunica nuevas observaciones de sueños propios experimentalmente provocados. (Una serie de otros experimentos no tuvo resultado alguno.)

1. Le hacen cosquillas con una pluma en los labios y en la punta de la nariz. — Sueña que es sometido a una horrible tortura consistente en colocarle una careta de pez y arrancársela luego violentamente con toda la piel del rostro.

2. Frotan unas tijeras contra unas tenazas de chimenea. — Oye sonar las campanas, luego tocar a rebato y se encuentra trasladado a los días revolucionarios de Junio de 1848.

3. Le dan a oler agua de colonia. — Se halla en el Cairo, en la tienda de Juan María Farina. Luego siguen locas aventuras que no puede reproducir.

4. Le pellizcan ligeramente en la nuca. — Sueña que le ponen una cataplasma y piensa en un médico que le asistió en su niñez.

5. Le acercan a la cara un hierro caliente.—Sueña que los «chauffeurs», (1) han entrado en la casa y obligan a sus habitantes a revelarles dónde guardan el dinero, acercando sus pies a las brasas de la chimenea. Luego aparece la duquesa de Abrantes, cuyo secretario es él en su sueño.

(1) "Chauffeurs", nombre dado en la Vendée a una cuadrilla de ladrones que aplicaban a sus víctimas la tortura descrita.

6. Le vierten una gota de agua sobre la frente.— Está en Italia, suda copiosamente y bebe vino blanco de Orvieto.

7. Se hace caer sobre él repetidas veces, a través de un papel rojo, la luz de una vela.— Sueña con el tiempo, con el calor, y se encuentra de nuevo en medio de una tempestad de la que realmente fué testigo en una travesía.

D'Hervey, Weygandt y otros han realizado también experimentos de este género.

Muchos autores han observado «la singular facilidad con que el sueño logra entretejer en su contenido, súbitas impresiones sensoriales, convirtiéndolas en el desenlace, ya paulatinamente preparado, de dicho contenido» (Hildebrandt).

«En mis años de juventud—escribe este mismo autor—acostumbraba a tener en mi alcoba un reloj despertador cuyo repique me avisase a la hora de levantarme. Pues bien; más de cien veces sucedió que el agudo sonido del timbre venía a adaptarse de tal manera al contenido de un sueño, largo y coherente en apariencia, que la totalidad del mismo parecía no ser sino su necesario antecedente y hallar en él su apropiada e indispensable culminación lógica y su fin natural.»

Con un distinto propósito citaré tres de estos sueños provocados por un estímulo que pone fin al reposo.

Volkelt (pág. 68): «Un compositor soñó que se hallaba dando clase y que al acabar una explicación se dirigía a un alumno, preguntándole: «¿Me has comprendido?». El alumno responde a voz en grito: «¡Oh, sí! (¡O ja!)». Incomodado por aquella manera de gritar le manda que baje la voz. Pero la clase entera grita ya a coro: «¡Orja!», después «¡Eurjo!» y por último «¡Feuerjo! (¡Fuego!»). En este momento despierta por fin el sujeto oyendo realmente en la calle el grito de ¡fuego!»

Garnier (Traité de facultés de l'âme, 1865), relata que cuando se intentó asesinar a Napoleón, haciendo explotar una máquina infernal al paso de su carruaje, iba el Emperador durmiendo y la explosión interrumpió un sueño en el que revivía el paso del Tagliamento y oía el fragor del cañoneo austríaco. Al despertar, sobresaltado, lo hizo con la exclamación: «¡Estamos interminados!»

Uno de los sueños de Maury ha llegado a hacerse célebre (pág. 161). Hallándose enfermo en cama, soñó con la

época del Terror durante la Revolución francesa, asistió a escenas terribles y se vió conducido ante el tribunal revolucionario, del que formaban parte Robespierre, Marat, Fouquier-Tinville y demás tristes héroes de aquel sangriento período. Después de un largo interrogatorio y de una serie de incidentes que no se fijaron en su memoria, fué condenado a muerte y conducido al cadalso en medio de una inmensa multitud. Sube al tablado, el verdugo le ata a la plancha de la guillotina, bascula ésta, cae la cuchilla y Maury siente cómo su cabeza queda separada del tronco. En este momento despierta, presa de horrible angustia, y encuentra que una de las varillas de las cortinas de la cama ha caído sobre su garganta análogamente a la cuchilla ejecutora.

Este sueño provocó una interesante discusión que en la "Révue philosophique" sostuvieron Le Lorrain y Egger sobre cómo y en qué forma era posible al durmiente, acumular, en el corto espacio de tiempo transcurrido entre la percepción del estímulo despertador y el despertar, una cantidad aparentemente tan considerable de contenido onírico.

En los ejemplos de este género, se nos muestran los estímulos sensoriales objetivos advertidos durante el reposo como la más comprensible y evidente de las fuentes oníricas, circunstancia a la que se debe que sea ésta la única que ha pasado al conocimiento vulgar. En efecto, si a un hombre culto, pero desconocedor de la literatura científica sobre estas materias, le preguntamos cómo nacen los sueños, nos contestará seguramente citando alguno de aquellos casos en los que el sueño queda explicado por un estímulo sensorial objetivo comprobado al despertar. Pero la observación científica no puede detenerse aquí y halla motivo de nuevas interrogaciones en el hecho de que el estímulo que durante el reposo actúa sobre los sentidos no aparece en el sueño en su forma real, sino que es sustituído por una cualquier representación distinta relacionada con él en alguna forma. Pero esta relación que une el estímulo y el resultado oníricos es, según palabras de Maury, "une affinité quelconque, mais qui n' est pas unique et exclusive" (pág. 72). Después de leer los tres sueños interruptores del reposo que a continuación tomamos de Hildebrandt, no podemos menos que preguntarnos por qué el mismo estímulo provocó tres resultados

oníricos tan distintos y por qué precisamente tales tres:

(Pág. 37). "En una mañana de primavera, paseo a través de los verdes campos en dirección a un pueblo vecino a cuyos habitantes veo dirigirse, vestidos de fiesta y formando numerosos grupos, hacia la iglesia, con el libro de misa en la mano. Es, en efecto, domingo, y la primera misa debe comenzar dentro de pocos minutos. Decido asistir a ella, pero como hace mucho calor, entro, para reposar, en el cementerio que rodea a la iglesia. Mientras me dedico a leer las diversas inscripciones funerarias, oigo al campanero subir a la torre y veo en lo alto de la misma la campanita pueblerina que habrá de anunciar dentro de poco el comienzo del servicio divino. Durante algunos instantes, la campana permanece inmóvil, pero luego comienza a agitarse y de repente sus sones llegan a hacerse tan agudos y claros que ponen fin a mi sueño. Al despertar oigo a mi lado el timbre del despertador."

Otra combinación: "Es un claro día de invierno y las calles se hallan cubiertas por una espesa capa de nieve. Tengo que tomar parte en una excursión en trineo, pero me veo obligado a esperar largo tiempo antes de que se me anuncie que el trineo ha llegado a mi puerta. Antes de subir a él, hago mis preparativos, poniéndome el gabán de pieles e instalando en el fondo del coche un calentador. Por fin, subo al trineo, pero el cochero no se decide a dar la señal de partida a los caballos. Sin embargo, éstos acaban por emprender la marcha, y los cascabeles de sus colleras, violentamente sacudidos, comienzan a sonar, pero con tal intensidad que el cascabeleo rompe inmediatamente la tela de araña de mi sueño. También esta vez se trataba simplemente del agudo timbre de mi despertador".

Tercer ejemplo: "Veo a mi criada avanzar por un pasillo hacia el comedor llevando en una pila varias docenas de platos. La columna de porcelana me parece a punto de perder el equilibrio. "Ten cuidado—advierto a la criada—, vas a tirar todos los platos." La criada me responde, como de costumbre, que no me preocupe, pues ya sabe ella lo que se hace, pero su respuesta no me quita de seguirla con una mirada inquieta. En efecto, al llegar a la puerta del comedor, tropieza, y la frágil vajilla cae, rompiéndose en mil pedazos sobre el suelo y produciendo un gran estrépito que se sostie-

ne hasta hacerme advertir que se trata de un ruido persistente, distinto del que la porcelana ocasiona al romperse y parecido más bien al de un timbre. Al despertar, compruebo que es el repique del despertador".

El problema que plantea este error en que con respecto a la verdadera naturaleza del estímulo sensorial objetivo incurre el alma en el sueño, ha sido resuelto por Struempell—y casi idénticamente por Wundt—en el sentido de que el alma se encuentra con respecto a tales estímulos, surgidos durante el estado de reposo, en condiciones idénticas a las que presiden la formación de ilusiones. Para que una impresión sensorial quede *reconocida o exactamente interpretada* por nosotros, esto es, incluída en el grupo de recuerdos al que según toda nuestra experiencia anterior pertenece, es necesario que sea suficientemente fuerte, precisa y duradera y que, por nuestra parte, dispongamos de tiempo para realizar la necesaria reflexión. No cumpliéndose estas condiciones nos resulta imposible llegar al conocimiento del objeto del que la impresión procede, y lo que sobre esta última construímos no pasa de ser una ilusión. "Cuando alguien va de paseo por el campo y distingue imprecisamente un objeto lejano, puede suceder que al principio lo suponga un caballo." Visto luego el objeto desde más cerca, le parecerá ser una vaca echada sobre la tierra, y por último, esta representación se convertirá en otra distinta y ya definitiva, consistente en la de un grupo de hombres sentados. De igual naturaleza indeterminada son las impresiones que el alma recibe durante el estado de reposo por la actuación de estímulos externos, y fundada en ellas, construirá ilusiones, valiéndose de la circunstancia de que cada impresión hace surgir, en mayor o menor cantidad, imágenes mnémicas, las cuales dan a la misma su valor psíquico. De cuál de los muchos círculos mnémicos posibles son extraídas las imágenes correspondientes y cuáles de las posibles relaciones asociativas entran aquí en juego, son cuestiones que permanecen, aun después de Struempell, indeterminables y como abandonadas al arbitrio de la vida anímica.

Nos hallamos aquí ante un dilema. Podemos admitir que no es factible perseguir más allá la normatividad de la formación onírica y renunciar por lo tanto a preguntar si la interpretación de la ilusión provocada por la impresión senso-

rial no se encuentra sometida a otras condiciones. Pero también podemos establecer la hipótesis de que la excitación sensorial objetiva surgida durante el reposo no desempeña, como fuente onírica, más que un modestísimo papel y que la selección de las imágenes mnémicas que de despertar se trata, queda determinada por otros factores. En realidad, si examinamos los sueños experimentalmente generados de Maury, sueños que con esta intención he comunicado tan al detalle, nos inclinamos a concluir que el experimento realizado no nos descubre propiamente sino el origen de uno solo de los elementos oníricos, mientras que el contenido restante del sueño se nos muestra más bien demasiado independiente y demasiado determinado en sus detalles para poder ser esclarecido por la única explicación de su obligado ajuste al elemento experimentalmente introducido. Por último, cuando averiguamos que la misma impresión objetiva encuentra a veces en el sueño una singularísima interpretación, ajena por completo a su naturaleza real, llegamos incluso a dudar de la teoría de la ilusión y del poder de las impresiones objetivas para conformar los sueños. M. Simón refiere un sueño en el que vió varias personas gigantescas sentadas a comer en derredor de una mesa y oyó claramente el tremendo ruido que sus mandíbulas producían al masticar. Al despertar oyó las pisadas de un caballo que pasaba al galope ante su ventana. Si las pisadas de un caballo despertaron, en este sueño, representaciones que parecen pertenecer al círculo de recuerdos de los viajes de Gulliver—la estancia de éste entre los gigantes de Brobdingnag—: ¿no habrá sido facilitada además la elección de este círculo de recuerdos, tan ajeno al estímulo, por otros motivos? (1).

2. *Excitaciones sensoriales internas* (*subjetivas*).

A despecho de todas las objeciones, nos vemos obligados a admitir como indiscutible la intervención, durante el reposo y a título de estímulos oníricos, de las excitaciones sensoriales objetivas. Mas cuando estos estímulos se nos muestran de naturaleza y frecuencia insuficientes para explicar todas las imágenes oníricas, nos inclinaremos a buscar

(1) La aparición de personas gigantes en un sueño indica que en el mismo se evoca una escena de la infancia del durmiente.

fuentes distintas, aunque de análoga actuación. Ignoro qué autor inició la idea de agregar, como fuentes de sueños, a los estímulos externos, las excitaciones internas (subjetivas), pero el hecho es que en todas las exposiciones modernas de la etiología de los sueños, se sigue esta norma: "A mi juicio —dice Wundt (pág. 363)—desempeñan también un papel esencial, en las ilusiones oníricas, aquellas sensaciones subjetivas, visuales o auditivas, que en el estado de vigilia nos son conocidas como caos luminoso del campo visual oscuro, zumbido de oídos, etc., y entre ellas especialmente las excitaciones subjetivas de la retina, con lo que quedaría explicada la singular tendencia del sueño a presentarnos considerables cantidades de objetos análogos o idénticos — pájaros, mariposas, peces, cuentas de colores, flores, etc. En estos casos el polvillo luminoso del campo visual oscuro toma una forma fantástica y los puntos luminosos de que se compone quedan encarnados por el sueño en otras tantas imágenes independientes que a causa de la movilidad del caos luminoso son consideradas como dotadas de movimiento—. Aquí radica quizá también la gran preferencia del sueño por las más diversas figuras zoológicas cuya riqueza de formas se adapta fácilmente a la especial de las imágenes luminosas subjetivas".

Las excitaciones sensoriales subjetivas poseen desde luego, en calidad de fuentes de las imágenes oníricas, la ventaja de no depender, como las objetivas, de casualidades exteriores. Se hallan, por decirlo así, a la disposición del esclarecimiento del sueño siempre que para ello las necesitamos. Pero en cambio, presentan, con respecto a las excitaciones sensoriales objetivas, el inconveniente de que su actuación como estímulos oníricos, no resulta susceptible—o sólo con grandes dificultades—de aquella comprobación que la observación y el experimento nos proporcionan en las primeras. El poder provocador de sueños de las excitaciones sensoriales subjetivas nos es demostrado principalmente por las llamadas alucinaciones hipnagógicas, que han sido descritas por J. Mueller, como "fenómenos visuales fantásticos" y consisten en imágenes, con frecuencia muy animadas y cambiantes, que muchos individuos suelen percibir en el período de duermevela anterior al dormir y pueden perdurar durante un corto

espacio de tiempo después que el sujeto ha abierto los ojos. Maury, en quien eran frecuentísimas tales alucinaciones, las estudió cuidadosamente y afirma su conexión y hasta su identidad con las imágenes oníricas, teoría que sostiene también J. Mueller. Para su génesis—dice Maury—es necesaria una cierta pasividad anímica, un relajamiento de la atención (pág. 59 y sigs.). Pero basta que caigamos por un segundo en un tal letargo, para percibir, cualquiera que sea nuestra disposición de momento, una alucinación hipnagógica, después de la cual podemos despertar, volver a aletargarnos, percibir nuevas alucinaciones hipnagógicas, y así sucesivamente, hasta que acabamos por conciliar, ya profundamente, el reposo. Si en estas circunstancias despertamos de nuevo al cabo de un intervalo no muy largo, podremos comprobar, según Maury, que en nuestros sueños durante dicho intervalo han tomado parte aquellas mismas imágenes percibidas antes como alucinaciones hipnagógicas. Así sucedió una vez a Maury con una serie de figuras grotescas de rostro desencajado y extraños peinados, que después de importunarle antes de conciliar el reposo, se incluyeron en uno de sus sueños. Otra vez que hallándose sometido a una rigurosa dieta experimentaba una sensación de hambre, vió hipnagógicamente un plato y una mano armada de tenedor que tomaba comida de él. Luego, dormido, soñó hallarse ante una mesa ricamente servida y oyó el ruido que los invitados producían con los tenedores. En otra ocasión, padeciendo de una dolorosa irritación de la vista, tuvo antes de dormirse una alucinación hipnagógica consistente en la visión de una serie de signos microscópicos que le era preciso ir descifrando uno tras otro con gran esfuerzo. Una hora después, al despertar, recordó un sueño en el que había tenido que leer trabajosamente un libro impreso en pequeñísimos caracteres.

Análogamente a estas imágenes, pueden surgir hipnagógicamente alucinaciones objetivas de palabras, nombres, etc., que luego se repiten en el sueño subsiguiente, constituyendo, así, la alucinación, una especie de obertura en la que se inician los temas principales que luego habrán de ser desarrollados.

Igual orientación que J. Mueller y Maury, sigue en la actualidad un moderno observador de las alucinaciones hipna-

gógicas. G. Trumbull Ladd. A fuerza de ejercitarse llegó a poder interrumpir voluntariamente su reposo dos a cinco minutos después de haberlo conciliado, y sin abrir los ojos, hallaba ocasión de comparar las sensaciones de la retina, que en aquel momento desaparecían, con las imágenes oníricas que perduraban en su recuerdo. De este modo, asegura haber logrado comprobar, en todo caso, la existencia entre aquellas sensaciones y estas imágenes, de una íntima relación consistente en que los puntos y líneas luminosos de la luz propia de la retina constituían como el esquema o siluetado de las imágenes oníricas psíquicamente percibidas. Así, un sueño en el que se vió leyendo y estudiando varias líneas de un texto impreso en claros caracteres, correspondía a una ordenación en líneas paralelas de los puntos luminosos de la retina. O para decirlo con sus propias palabras: La página claramente impresa que leyó en su sueño, se transformó luego en un objeto que su percepción despierta interpretó como un fragmento de una hoja realmente impresa que para verla más precisamente desde una larga distancia la contemplaba a través de un pequeño agujero practicado en una hoja de papel. Ladd opina—sin disminuir la importancia de la parte central del fenómeno—que apenas se desarrolla en nosotros un solo sueño visual que no tenga su base en los estados internos de excitación de la retina. Esto sucede especialmente en aquellos sueños que surgen en nosotros al poco tiempo de conciliar el reposo en una habitación oscura, mientras que en los sueños matutinos queda constituída la fuente de estímulos por la luz que penetra ya en el cuarto y hasta los ojos del durmiente. El carácter cambiante y capaz de infinitas variaciones de la excitación de la luz propia corresponde exactamente a la inquieta huída de imágenes que nuestros sueños nos presentan. Si admitimos la exactitud de estas observaciones de Ladd no podemos por menos de considerar muy elevado el rendimiento onírico de esta fuente de estímulos subjetiva, pues las imágenes visuales constituyen el principal elemento de nuestros sueños. La aportación de los restantes dominios sensoriales, incluso el auditivo, es menor y más inconstante.

3. *Estímulo somático interno* (*orgánico*). Habiendo emprendido la labor de buscar las fuentes oníricas dentro del

organismo y no fuera de él, habremos de recordar que casi todos nuestros órganos internos, que en estado de salud apenas nos dan noticia de su existencia, llegan a constituir para nosotros, durante los estados de excitación o las enfermedades, una fuente de sensaciones, dolorosas en su mayoría, equivalente a los estímulos de las excitaciones dolorosas y sensitivas procedentes del exterior. Son muy antiguos conocimientos los que, por ejemplo, inspiran a Struempell las manifestaciones siguientes (pág. 107): "El alma llega en el estado de reposo a una conciencia sensitiva mucho más amplia y profunda de su encarnación que en la vida despierta y se ve obligada a recibir y a dejar actuar sobre ella determinadas impresiones excitantes procedentes de partes y alteraciones de su cuerpo de las que nada sabía en la vida despierta." Ya Aristóteles creía en la posibilidad de hallar en los sueños la indicación del comienzo de una enfermedad de la que en el estado de vigilia no experimentábamos aún el menor indicio (merced a la ampliación que el sueño deja experimentar a las impresiones), y autores médicos, de cuyas opiniones se hallaba muy lejos el conceder a los sueños un valor profético, han aceptado esta significación de los mismos como anunciadores de la enfermedad (Cf. M. Simón. pág. 31, y otros muchos autores más antiguos) (1).

Tampoco en la época moderna faltan ejemplos compro-

---

(1) Además de este valor diagnóstico de los sueños (p. ej. en Hipócrafes) debemos recordar la importancia terapéutica que en la antigüedad se les concedía.

Entre los griegos, había onirocríticos a los que acudían principalmente enfermos en demanda de curación. El paciente penetraba en el templo de Apolo o Esculapio y era sometido a diversas ceremonias —baño, masaje, sahumerio, etc.—, que provocaban en él un estado de exaltación. A seguida, se le dejaba reposar dentro del templo, tendido sobre la piel de un carnero sacrificado. En esta situación soñaba con los remedios que habían de devolverle la salud, los cuales se le aparecían con toda claridad o bajo una forma simbólica interpretada luego por los sacerdotes.

Sobre estos sueños terapéuticos entre los griegos, cf. Lehmann I., 74 Bouché-Leclerq Hermann, Gottesd. Altert. d. Gr., § 41, Privatalert., párrafo 38, 16, Boettinger, Beitr. z. Geschichte d. Med. Sprengel) II., pág. 163 y siguientes, W. Lloyd. Magnetism and mesmerims in antiquity, London, 1877, Doellinger, Heidentum, un Judentum, pág. 130.

bados de una tal función diagnóstica del sueño. Así, refiere Tissié, tomándolo de Artigues (Essai sur la valeur seméiologique des rêves), el caso de una mujer de cuarenta y tres años que durante un largo período de tiempo en el que aparentemente gozaba de buena salud, sufría de horribles pesadillas, y sometida a examen médico reveló padecer una enfermedad del corazón a la que poco después sucumbió.

En un gran número de sujetos actúan como estímulos oníricos, determinadas perturbaciones importantes de los órganos internos. La frecuencia de los sueños de angustia en los enfermos de corazón y pulmón ha sido generalmente observada, y son tantos los autores que reconocen la existencia de esta relación, que creo poder limitarme a citar aquí los nombres de algunos de ellos (Radestock, Spitta, Maury, M. Simón, Tissié). Este último, llega incluso a opinar que los órganos enfermos imprimen al contenido del sueño un sello característico. Los sueños de los cardíacos son por lo general muy cortos, terminan en un aterrorizado despertar y su nódulo central se halla casi siempre constituído por la muerte del sujeto en terribles circunstancias. Los enfermos del pulmón sueñan que se asfixian, huyen angustiados, de un peligro, o se encuentran en medio de una muchedumbre que los aplasta, y aparecen sujetos, en proporción considerable, al conocido sueño de opresión, el cual ha podido también ser provocado experimentalmente por Boerner, colocando al durmiente boca abajo o cubriéndole boca y nariz. Dado un trastorno cualquiera de la digestión, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el sentido del gusto. Por último, la influencia de la excitación sexual sobre el contenido de los sueños es generalmente conocida y presta a la teoría de la génesis de los sueños por estímulos orgánicos, su más sólido apoyo.

Asimismo, es indiscutible que algunos de los investigadores (Maury, Weygandt) fueron inducidos al estudio de los problemas oníricos por la observación de la influencia que sus propios estados patológicos ejercían sobre el contenido de sus sueños.

De todos modos, el aumento de fuentes oníricas que de estos hechos comprobados resulta, no es tan considerable como al principio pudiéramos creer. El sueño es un fenóme-

no al que están sujetos los hombres sanos—quizá sin excepción y quizá todas las noches—y no cuenta entre sus necesarias condiciones la enfermedad de algún órgano. Además, lo que se trata de averiguar no es la procedencia de determinados sueños, sino la fuente de estímulos de los sueños corrientes de los hombres normales.

Sin embargo, a poco que avancemos por este camino tropezamos con una fuente que fluye con más abundancia que las anteriores y promete no agotarse para ningún caso. Si se ha comprobado que el interior del cuerpo deviene, en estados patológicos, una fuente de estímulos oníricos y si aceptamos que el alma, apartada del mundo exterior durante el reposo, puede consagrar al interior del cuerpo una mayor atención que en el estado de vigilia, fácil nos será ya admitir que los órganos no necesitan enfermar previamente para hacer llegar al alma dormida excitaciones que en una forma aún ignorada pasan a constituir imágenes oníricas. Aquello que en la vida despierta sólo por su calidad percibimos oscuramente como sensación general vegetativa y a lo que según la opinión de los médicos colaboran todos los sistemas orgánicos, devendría por la noche, llegado a su máxima intensidad y actuando con todos sus componentes, la fuente más poderosa y al mismo tiempo más común de la evocación de imágenes oníricas. Admitido esto, sólo nos quedarían por investigar las reglas conforme a las cuales se transforman los estímulos orgánicos en representaciones oníricas.

Esta teoría de la génesis de los sueños ha sido siempre la preferida por los autores médicos. La oscuridad en la que para nuestro conocimiento se encuentra envuelto el nódulo de nuestro ser, el "moy splanchnique", como lo denomina Tissié, y aquella en que queda sumida la génesis de los sueños, se corresponden demasiado bien para que se haya dejado de relacionarlas. La hipótesis que hace de la sensación orgánica vegetativa la instancia formadora de los sueños, presenta, además, para los médicos, el atractivo de permitirles unir etiológicamente los sueños y las perturbaciones mentales, fenómenos entre los que pueden señalarse múltiples coincidencias, pues también se atribuye a alteraciones de dicha sensación y a estímulos emanados de los órganos internos una amplia importancia en la génesis de la psicosis. No

es, pues, de extrañar, que la paternidad de la teoría de los estímulos somáticos pueda adjudicarse con igual justicia a varios autores.

Para muchos investigadores han servido de norma las ideas desarrolladas en 1851 por el filósofo Schopenhauer. Nuestra imagen del mundo nace de un proceso en el que nuestro intelecto vierte el metal de las impresiones que del exterior recibe en los moldes del tiempo, el espacio y la causalidad. Los estímulos procedentes del interior del organismo, del sistema nervioso simpático, exteriorizan a lo más, durante el día, una influencia inconsciente sobre nuestro estado de ánimo. En cambio, por la noche, cuando cesa el ensordecedor efecto de las impresiones diurnas, pueden ya conseguir atención aquellas impresiones que llegan del interior—análogamente a como de noche oímos el fluir de una fuente, imperceptible entre los ruidos del día. A estos estímulos reaccionará el intelecto realizando su peculiar función, esto es, transformándolos en figuras situadas dentro del tiempo y el espacio y obedientes a las normas de la causalidad. Tal sería, pues, la génesis del fenómeno onírico. Scherner y luego Volkelt han intentado después penetrar en la más íntima relación de los estímulos somáticos y las imágenes oníricas, relación cuyo estudio dejaremos para el capítulo que hemos de dedicar a las teorías de los sueños.

Después de una consecuente investigación ha derivado el psiquiatra Krauss la génesis de los sueños, así como la de los delirios e ideas delirantes, de un mismo elemento: de la *sensación orgánicamente condicionada*. Según este autor, apenas podemos pensar en una parte del organismo que no sea susceptible de constituir el punto de partida de una imagen onírica o delirante. La sensación orgánicamente condicionada "puede dividirse en dos series: 1.ª la de los estados totales (sensaciones generales); 2.ª la de las sensaciones específicas inmanentes a los sistemas capitales del organismo vegetativo, sensaciones de las que hemos distinguido cinco grupos: a) las sensaciones musculares, b) las neumáticas, c) las gástricas, d) las sexuales, e) las periféricas" (pág. 33 del segundo artículo).

El proceso de la génesis de las imágenes oníricas sobre la base de los estímulos somáticos es explicado por Krauss

en la forma siguiente: La sensación provocada, despierta, conforme a una ley asociativa cualquiera, una representación afín a ella, con la que se enlaza para constituir un producto orgánico. Mas con respecto a este producto se conduce la conciencia de una manera distinta a la normal, pues no concede atención alguna a la sensación misma, sino que la dedica por entero a las representaciones concomitantes, circunstancia que desorientando a los investigadores les había impedido llegar al conocimiento del verdadero estado de cosas (pág. 11 y sigts.). Krauss designa este proceso con el nombre especial de *transubstanciación* de las sensaciones en imágenes oníricas (pág. 24).

La influencia de los estímulos somáticos orgánicos sobre la formación de los sueños es casi generalmente aceptada en la actualidad. En cambio, sobre la naturaleza de la relación existente entre ambos factores se han establecido hipótesis muy diversas y con frecuencia harto oscuras. De la teoría de los estímulos somáticos surge la especial labor de la interpretación onírica, esto es, la de reducir el contenido de un sueño a los estímulos orgánicos causales, y si no aceptamos las reglas de interpretación fijadas por Scherner, nos hallamos con frecuencia ante el hecho embarazoso de que fuera del contenido mismo del sueño no encontramos indicio alguno de una fuente orgánica de estímulos.

Lo que sí se ha observado, es una cierta coincidencia en la interpretación de varios sueños a los que por retornar con casi idéntico contenido en un gran número de personas, se ha calificado de "típicos". Son éstos, los tan conocidos sueños en que caemos desde una altura, se nos desprenden los dientes, volamos o nos sentimos avergonzados de ir desnudos o mal vestidos. Este último sueño procedería sencillamente de la percepción hecha durante el reposo de que hemos rechazado las sábanas y yacemos desnudos sobre el lecho. El sueño de perder los dientes es atribuído a una excitación bucal no necesariamente patológica; y aquel otro en que volamos constituye, según Struempell—de acuerdo en este punto con Scherner—la adecuada imagen elegida por el alma para interpretar el quantum de excitación emanado de los lóbulos pulmonares en el movimiento respiratorio cuando la sensibilidad epidérmica del torax ha descendido ya simul-

táneamente hasta la inconsciencia. Esta última circunstancia generaría la sensación enlazada a la representación del flotar. El sueño de caer desde una altura es ocasionado por el hecho de que existiendo una inconsciencia de la sensación de presión epidérmica separamos un brazo del cuerpo o estiramos una pierna, movimiento con el que se hace de nuevo consciente dicha sensación, siendo este paso de la misma a la conciencia lo que toma cuerpo psíquicamente como sueño de caída (Struempell, pág. 118). La debilidad de estos plausibles intentos de explicación reside claramente en que sin mayor fundamento arrebatan a la percepción psíquica o acumulan a ella grupos enteros de sensaciones orgánicas, hasta lograr constituir la constelación favorable al esclarecimiento buscado. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre los sueños típicos y su génesis.

M. Simón ha intentado derivar de la comparación de una serie de sueños análogos algunas reglas relativas al influjo de las excitaciones orgánicas sobre la determinación de sus consecuencias oníricas. Así, dice (pág. 34): Cuando cualquier aparato orgánico, que normalmente toma parte en la expresión de un afecto, se encuentra durante el reposo y por una distinta causa cualquiera, en aquel estado de excitación en el que es de costumbre colocado por dicho afecto, el sueño que en estas condiciones nace contendrá representaciones adaptadas al efecto de referencia.

Otra de estas reglas, dice así (pág. 35): Cuando un aparato orgánico se halla durante el reposo en estado de actividad, excitación o perturbación, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el ejercicio de la función orgánica encomendada a dicho aparato.

Mourly Vold (1896), emprendió la labor de demostrar experimentalmente, con relación a un solo punto concreto, la influencia que la teoría de los estímulos somáticos atribuye a éstos sobre la producción de los sueños. Con este propósito realizó experimentos en los que variando las posiciones de los miembros del durmiente, comparaba luego entre sí los sueños consecutivos. Como resultado de esta labor nos comunica las siguientes conclusiones:

1. La posición de un miembro en el sueño corresponde aproximadamente a la que el mismo presenta en la realidad.

Soñamos, pues, con un estado estático del miembro, que corresponde al real.

2. Cuando soñamos con el movimiento de un miembro, es siempre tal dicho movimiento, que una de las posiciones por las que el miembro pasa al ejecutarlo corresponde a aquella en que realmente se halla.

3. En nuestros sueños podemos transferir a una tercera persona la posición de uno de nuestros miembros.

4. Podemos asimismo soñar que una cualquier circunstancia nos impide realizar el movimiento de que se trata.

5. Uno de nuestros miembros puede tomar en el sueño la forma de un animal o un monstruo. En este caso existirá siempre una analogía entre la forma y la posición verdaderas y las oníricas correspondientes.

6. La posición de uno de nuestros miembros puede sugerir en el sueño pensamientos que poseen con el mismo una relación cualquiera. Así, cuando se trata de los dedos, soñamos con números o cálculos.

De estos resultados deduciría yo que tampoco la teoría de los estímulos somáticos consigue suprimir por completo la contingencia de que nos parece gozar la determinación de las imágenes oníricas.

4. *Fuentes psíquicas de estímulos.* Al tratar de las relaciones del sueño con la vida despierta y del origen del material onírico, vimos que tanto los investigadores más antiguos como los más modernos han opinado que los hombres sueñan con aquello que les ocupa durante el día y les interesa en su vida despierta. Este interés que de la vida despierta pasa al estado de reposo, constituye, a más de un enlace psíquico entre el sueño y la vigilia, una fuente onírica nada despreciable, que unida a lo devenido interesante durante el reposo—los estímulos actuantes durante el mismo—habría de bastar para explicar el origen de todas las imágenes oníricas. Pero también hemos hallado una opinión contraria—la de que el sueño aparta al hombre de los intereses del día y que por lo general sólo soñamos con nuestras más intensas impresiones diurnas cuando las mismas han perdido ya para la vida despierta el atractivo de la actualidad. Resulta, pues, que conforme vamos penetrando en el análisis de la vida onírica, se nos va imponiendo la idea de que sería equivocado establecer reglas de carácter general.

Si la etiología de los sueños quedase totalmente esclarecida por la actuación del interés despierto y la de los estímulos externos e internos sobrevenidos durante el reposo, nos hallaríamos en situación de dar cuenta satisfactoria de la procedencia de todos los elementos de un sueño, habríamos conseguido resolver el enigma de las fuentes oníricas y no nos quedaría ya más labor que la de delimitar en cada caso la participación de los estímulos oníricos psíquicos y somáticos. Mas esta total solución de un sueño no ha sido nunca conseguida y todos aquellos que han intentado interpretar alguno han podido comprobar cómo en todo análisis les quedaban elementos del sueño—casi siempre en número considerable—sobre cuyo origen les era imposible dar indicación ninguna. Los intereses diurnos no presentan, pues, como fuente onírica psíquica, todo el alcance que nos hacía esperar la afirmación de que cada uno de nosotros continúa en el sueño aquello que le ocupa en la vigilia.

Siendo éstas todas las fuentes oníricas conocidas, advertiremos que en todas las explicaciones de los sueños contenidas en la literatura científica—exceptuando quizá la de Scherner que más adelante citaremos—se observa una extensa laguna en lo referente a la derivación del material de imágenes de representación más característico para el sueño. En esta perplejidad, muestran casi todos los autores una tendencia a reducir cuanto les es posible la participación psíquica en la génesis de los sueños. Como clasificación principal, distinguen ciertamente entre sueños de *estímulo nervioso y sueños de asociación*, fijando la reproducción como fuente exclusiva de estos últimos (Wundt, página 365), pero no logran libertarse de la duda "de si pueden o no surgir sin un estímulo físico impulsor" (Volkelt, página 127). Tampoco resulta posible establecer una característica fija del sueño de asociación: "En los sueños de asociación propiamente dichos no puede ya hablarse de un tal nódulo firme, pues su centro se halla también constituído por una agrupación inconexa. La vida de representación, libertada ya fuera de esto, de toda razón e inteligencia, no es contenida aquí tampoco por aquellas excitaciones somáticas y psíquicas llenas de peso y queda de este modo abandonada a su propia arbitraria actividad y a su caprichosa confusión" (Volkelt, pág. 118). Wundt intenta después minorar la participación psíquica en

la génesis de los sueños, al manifestar "que los fantasmas oníricos son considerados quizá erróneamente como puras alucinaciones. Probablemente, la mayoría de las representaciones oníricas son, en realidad, ilusiones emanadas de las leves impresiones sensoriales que no se extinguen nunca durante el reposo" (pág. 359 y sigts.) Weygandt hace suya esta opinión y la generaliza, afirmando, con respecto a todas las representaciones oníricas, que la causa inmediata de las mismas se halla constituída "por estímulos sensoriales a los que sólo después se enlazan asociaciones reproductoras" (pág. 17). Tissié va aún más allá en la reducción de las fuentes psíquicas de estímulos (pág. 183): "Les rêves d'origine absolument psychique n'existent pas". Y en otro lugar (pág. 6): "Les pensées de nos rêves nous viennent du dehors".

Aquellos autores que como Wundt, adoptan una posición intermedia, no olvidan advertir que en la mayoría de los sueños actúan conjuntamente estímulos somáticos y estímulos psíquicos desconocidos o conocidos como intereses diurnos.

Más adelante veremos cómo el enigma de la formación de los sueños puede ser resuelto por el descubrimiento de una insospechada fuente psíquica de estímulos Mas por lo pronto no hemos de extrañar el exagerado valor que para la formación de los sueños se concede a los estímulos no procedentes de la vida anímica, pues aparte de que son los más fáciles de descubrir y pueden ser experimentalmente comprobados, la concepción somática de la interpretación de los sueños corresponde en un todo a la orientación intelectual dominante hoy en la psiquiatría. En esta ciencia constituye regla general acentuar intensamente el dominio del cerebro sobre el organismo, pero todo lo que pudiera suponer una independencia de la vida anímica de las alteraciones orgánicas comprobables o una espontaneidad en sus manifestaciones. asusta hoy al psiquiatra como si su reconocimiento hubiera de traer consigo nuevamente los tiempos del naturalismo y de la esencia metafísica del alma. La desconfianza del psiquiatra ha colocado al alma como bajo tutela y exige que ninguno de sus sentimientos revele la posesión de un patrimonio propio. Pero esta conducta no demuestra sino una escasa confianza en la solidez de la concatenación causal que se extiende entre lo somático y lo psíquico. Incluso donde

lo psíquico se revela en la investigación como la causa primaria de un fenómeno, conseguirá alguna vez, un más penetrante estudio, hallar la continuación del camino que conduce hasta el fundamento orgánico de lo anímico. Mas cuando lo psíquico haya de significar la estación límite de nuestro conocimiento actual, no veo por qué no reconocerlo así.

d) *¿Por qué olvidamos, al despertar, nuestros sueños?* Es proverbial que el sueño se "desvanece" a la mañana. Ciertamente es susceptible de recuerdo, pues lo conocemos únicamente por el que de él conservamos al despertar, pero con gran frecuencia creemos no recordarlo sino muy incompletamente y haber olvidado la mayor parte de su contenido Asimismo, podemos observar cómo nuestro recuerdo de un sueño, preciso y vivo a la mañana, va perdiéndose conforme avanza el día, hasta quedar reducido a pequeños fragmentos inconexos. Otras muchas veces tenemos conciencia de haber soñado, pero nos es imposible precisar el qué y en general nos hallamos tan habituados a la experiencia de que los sueños sucumben al olvido, que no rechazamos como absurda la posibilidad de haber soñado, aunque al despertar no poseamos el menor recuerdo de ello. Sin embargo existen también sueños que muestran una extraordinaria adherencia a la memoria del sujeto. Por mi parte, he analizado sueños de mis pacientes que databan de veinticinco años atrás, y recuerdo con todo detalle un sueño propio que tuve hace ya más de treinta y siete años. Todo esto es muy singular y parece al principio incomprensible.

Struempell es el autor que con mayor amplitud trata del olvido de los sueños, fenómeno de indudable complejidad, pues no lo refiere a una sola causa sino a toda una serie de ellas.

En la motivación de este olvido intervienen, ante todo, aquellos factores que provocan un idéntico afecto en la vida despierta. En ella solemos olvidar rápidamente un gran número de sensaciones y percepciones a causa de la debilidad de las mismas o por no alcanzar sino una mínima intensidad la excitación anímica a ellas enlazada. Análogamente sucede con respecto a muchas imágenes oníricas; olvidamos las débiles y en cambio recordamos otras más enérgicas próximas a ellas. De todos modos, el factor intensidad no es seguramente el decisivo para la conservación de las imágenes oníricas.

Struempell y otros autores (Calkins) reconocen que a veces olvidamos rápidamente imágenes oníricas de las que recordamos fueron muy precisas, mientras que entre las que conservamos en nuestra memoria se encuentran otras muchas harto vagas y desdibujadas. Por otra parte, solemos también olvidar con facilidad, en la vida despierta, aquello que sólo una vez tenemos ocasión de advertir, y retenemos mejor lo que nos es dado percibir repetidamente, circunstancia que habrá de contribuir, asimismo, al olvido de las imágenes oníricas, las cuales no surgen, por lo general, sino una sola vez (1).

Mayor importancia que las señaladas posee aún una tercera causa del olvido que nos ocupa. Para que las sensaciones, representaciones, ideas, etc., alcancen una cierta magnitud mnémica es necesario que lejos de permanecer aisladas, entren en conexiones y asociaciones de naturaleza adecuada. Si colocamos en un orden arbitrario las palabras de un verso, nos será muy difícil retenerlo así en nuestra memoria. "Bien ordenadas y en sucesión lógica, se ayudan unas palabras a otras, y la totalidad plena de sentido es fácilmente recordada durante largo tiempo. Lo desprovisto de sentido nos es tan difícil de retener como lo confuso o desordenado." Ahora bien, los sueños carecen, en su mayoría, de orden y comprensibilidad. No nos ofrecen el menor auxilio mnémico, y la rápida dispersión de sus elementos contribuye a su inmediato olvido. Con estas deducciones no concuerda, sin embargo, la observación de Radestock (pág. 168), de que precisamente los sueños más extraños son los que mejor retenemos.

Todavía concede Struempell una mayor influencia en el olvido de los sueños, a otros factores derivados de la relación de los mismos con la vida diurna. La facilidad con que nuestra conciencia despierta los olvida corresponde evidentemente al hecho antes citado de que el fenómeno onírico no toma (casi) nunca, de la vida diurna, una ordenada serie de recuerdos, sino sólo detalles aislados a los que separa de aquéllas sus acostumbradas conexiones psíquicas, dentro de las cuales los recordamos durante la vigilia. Falto de todo auxi-

(1) Sin embargo, se han observado también sueños que se repitieron periódicamente; cf. la colección de Chabenaix.

lio mnémico, carece el sueño de lugar en el conjunto de series psíquicas que llenan el alma. "El producto onírico se desprende del suelo de nuestra vida anímica y flota en el espacio psíquico, como una nube que el hálito de la vida despierta desvanece" (pág. 87). En igual sentido actúa, al despertar, el total acaparamiento de la atención por el mundo sensorial, que con su poder destruye casi la totalidad de las imágenes oníricas, las cuales huyen ante las impresiones del nuevo día como ante la luz del sol el resplandor de las estrellas.

Por último, hemos de atribuir el olvido de los sueños al escaso interés que en general les concede el sujeto. Así, aquellas personas que a título de investigadores, dedican, por algún tiempo, su atención al fenómeno onírico, sueñan durante dicho período más que antes, esto es, recuerdan con mayor facilidad y frecuencia sus sueños.

En esta causa del olvido se hallan contenidas las dos que Bonatelli añade a las citadas por Struempell, o sea que la transformación experimentada por la sensación vegetativa general al pasar el sujeto del estado de reposo al de vigilia, e inversamente, es desfavorable a la reproducción recíproca, y que la distinta ordenación adoptada por el material de representaciones, en el sueño, hace a éste intraducible para la conciencia despierta.

Dados todos estos motivos de olvido resulta singular—como ya lo indica Struempell—que en nuestro recuerdo se conserve, a pesar de todo, tanta parte de nuestros sueños. El continuado empeño de los investigadores en sujetar a reglas nuestro recuerdo de los mismos equivale a una confesión de que también en esta materia queda aún algo enigmático e inexplicable. Con todo acierto se han hecho resaltar recientemente algunas peculiaridades del recuerdo de los sueños, por ejemplo, la de que un sueño que al despertar creemos olvidado puede ser recordado en el transcurso del día con ocasión de una percepción que roce casualmente el contenido onírico olvidado (Radestock, Tissié). Sin embargo, la posibilidad de conservar un recuerdo exacto y total del sueño, sucumbe a una objeción que disminuye considerablemente su valor a los ojos de la crítica. Nuestra memoria, que tanta parte del sueño deja perderse ¿no falseará también aquello que conserva?

Struempell manifiesta asimismo esta duda sobre la exactitud de la reproducción del sueño: "Puede entonces suceder con facilidad, que la conciencia despierta intercale involuntariamente en nuestro recuerdo algo ajeno al sueño, y de este modo imaginaremos haber soñado una multitud de cosas, que nuestro sueño no contenía".

Jessen declara categóricamente (pág. 547):

"Debe, además, tenerse muy en cuenta, en la investigación de sueños coherentes y lógicos, la circunstancia, poco apreciada hasta el momento, de que nuestro recuerdo de los mismos no es casi nunca exacto, pues cuando los evocamos en nuestra memoria, los completamos involuntaria e inadvertidamente, llenando las lagunas de las imágenes oníricas. Un sueño coherente, sólo raras veces o quizá ninguna lo es tanto como nuestra memoria nos lo muestra. Aun para el más verídico de los hombres resulta imposible relatar un sueño singular sin agregarle algún complemento o adorno de su cosecha. La tendencia del espíritu humano a ver totalidades coherentes es tan considerable que al recordar un sueño hasta cierto punto incoherente corrige esta incoherencia de un modo involuntario".

Las observaciones de V. Egger sobre este punto concreto, parecen una traducción de las anteriores palabras de Jessen, no obstante ser seguramente de concepción original: "...l'observation des réves a ses difficultés spéciales et le seul moyen d'éviter toute erreur en pareille matiére est de confier au papier sans le moindre retard ce que l'on vient d'éprouver et de remarquer, sinon l'oubli vient vite ou total ou partiel; l'oubli total est sans gravité: mais l'oubli partiel est perfide; car si l'on se met ensuite á raconter ce que l'on n'a pas oublié, on est exposé á completer par imagination les fragments incohérents et disjoints fournis par la mémoire...; on devient artiste á son insu, et le récit periodiquement répété s'impose á la créance de son auteur, qui, de bonne foi, le présente comme un fait authentique dúment établi selon les bonnes méthodes..."

Idénticamente opina Spitta (pág. 338), el cual parece admitir que en la tentativa de reproducir el sueño es cuando introducimos un orden en los elementos oníricos laxamente asociados unos con otros—"convirtiendo la *yuxtaposición* en una

sucesión causal, esto es, agregando el proceso de la conexión lógica, de que el sueño carece".

Dado que para comprobar la fidelidad de nuestra memoria no poseemos otro control que el objetivo y éste nos falta por completo en el sueño, fenómeno que constituye una experiencia personal y para el cual no conocemos fuente distinta de nuestra memoria ¿qué valor podremos dar aún a su recuerdo?

e) *Las peculiaridades psicológicas del sueño.*

En la discusión científica del fenómeno onírico partimos de la hipótesis de que el mismo constituye un resultado de nuestra propia actividad anímica; mas, sin embargo, el sueño completo se nos muestra como algo ajeno a nosotros y cuya paternidad no sentimos ningún deseo de reclamar. ¿De dónde procede esta impresión de que el sueño es ajeno a nuestra alma? Después de nuestro examen de las fuentes oníricas habremos de inclinarnos a negar se halle condicionada por el material que pasa al contenido del sueño, pues este material es común, en su mayor parte, a la vida onírica y a la despierta. Por lo tanto, podemos preguntarnos si tal impresión no constituye una resultante de modificaciones experimentadas por los procesos psíquicos en el sueño e intentar establecer de este modo una característica del mismo.

Nadie ha acentuado con tanta energía la diferencia esencial entre la vida onírica y la despierta, ni tampoco ha deducido de esta diferencia conclusiones de tanto alcance, como G. Th. Fechner en algunas observaciones de sus "Elementos de Psicofísica" (pág. 520, II T.). Opina este autor que "ni el descenso de la vida anímica consciente por bajo el umbral principal", ni el apartamiento de la atención de las influencias del mundo exterior, son suficientes para explicar las peculiaridades que la vida onírica presenta con relación a la despierta. Sospecha más bien, que *la escena de los sueños es otra que la de la vida de representaciones despierta.* "Si la escena de la actividad psicofísica fuera la misma durante el reposo y la vigilia, el sueño no podría ser, a mi juicio, sino una continuación, mantenida en un bajo grado de intensidad, de la vida despierta, y compartiría además con ella su contenido y su forma. Pero, por lo contrario, se conduce de muy distinto modo".

No ha sido aún totalmente esclarecido lo que Fechner

significaba con este cambio de residencia de la actividad anímica, ni tampoco sé de investigador alguno que haya seguido el camino indicado en las observaciones apuntadas. A mi juicio, sería totalmente erróneo dar a las mismas una interpretación anatómica en el sentido de la localización fisiológica del cerebro o incluso con relación a la estatificación histológica de la corteza cerebral. En cambio, revelarán un profundo y fructífero sentido si las referimos a un aparato anímico compuesto de varias instancias sucesivamente intercaladas.

Otros autores se han contentado con acentuar una cualquiera de las comprensibles peculiaridades psicológicas del sueño y convertirla en punto de partida de más amplias tentativas de explicación.

Se ha hecho observar, acertadamente, que una de las principales peculiaridades de la vida onírica surge ya en el estado de adormecimiento anterior al del reposo y debe considerarse como el fenómeno inicial de este último. Lo característico del estado de vigilia es, según Schleiermacher (página 351), que la actividad mental procede por *conceptos* y no por *imágenes*. En cambio, el sueño piensa principalmente, en imágenes, y puede observarse que al aproximarnos al estado de reposo, y en la misma medida en que las actividades voluntarias se muestran cohibidas, surgen *representaciones involuntarias*, constituídas, en su totalidad, por imágenes. La incapacidad para aquella labor de representación que sentimos como intencionadamente voluntaria y la aparición de imágenes enlazada siempre a esta *dispersión*, son dos caracteres que el sueño presenta en todo caso y que habremos de reconocer en su análisis psicológico como caracteres esenciales de la vida onírica. De las imágenes—las alucinaciones hipnagógicas—hemos averiguado ya que son de contenido idéntico al de las imágenes oníricas (1).

Así, pues, el sueño piensa, predominantemente, en imágenes visuales, aunque no deje de laborar también con imágenes auditivas, y en menor escala, con las impresiones de los demás sentidos. Gran parte de los sueños es también sim-

(1) Silberer ha mostrado en varios interesantes ejemplos, cómo incluso pensamientos abstractos se transforman, en estado de adormecimiento, en imágenes plásticas que aspiran a presentar idéntico significado. Jahrbuch v. Bleuler-Freud, I, 1909.

plemente pensada o ideada (representada probablemente, en consecuencia, por restos de representaciones verbales) igual a como sucede en la vida despierta. En cambio, aquellos elementos de contenido que se conducen como imágenes, o sea aquellos más semejantes a percepciones que a representaciones mnémicas, constituyen algo característico y peculiarísimo del fenómeno onírico. Prescindiendo de las discusiones, conocidas por todos los psiquiatras, sobre la esencia de la alucinación, podemos decir con la totalidad de los autores versados en esta materia, que el sueño *alucina*, esto es, sustituye pensamientos por alucinaciones. En este sentido no existe diferencia ninguna entre representaciones visuales o acústicas. Se ha observado que el recuerdo de una serie de sonidos que evocamos al conciliar el reposo, se transforma al comenzar a quedarnos dormidos, en la alucinación de la misma melodía, para dejar de nuevo paso a la representación mnémica, más discreta y de distinta constitución cualitativa, siempre que salimos de nuestro aletargamiento, cosa que puede repetirse varias veces antes de conciliar definitvamente el reposo.

La transformación de las representaciones en alucinaciones no es la única forma en que el sueño se desvía del pensamiento de la vida despierta al que quizá corresponde. Con estas imágenes forma el sueño una situación, nos muestra algo como presente, o según expresión de Spitta (pág. 145), *dramatiza* una idea. Mas para completar la característica de esta faceta de la vida onírica habremos de añadir que al soñar—generalmente, pues las excepciones precisan de una distinta explicación—no creemos pensar, sino experimentar, y por lo tanto, damos completo crédito a la alucinación. La crítica de que no hemos vivido o experimentado nada, sino que lo hemos pensado en una forma especial — soñado—no surge hasta el despertar. Este carácter separa al sueño propiamente dicho, sobrevenido durante el reposo, de la ensoñación diurna, jamás confundida con la realidad.

Burdach ha concretado los caracteres hasta aquí indicados de la vida onírica en las siguientes observaciones (página 476): "Entre las más esenciales características del sueño debemos contar las siguientes: a) la actividad subjetiva de nuestra alma aparece como objetiva, dado que la capacidad de percepción acoge los productos de la fantasía como si de

productos sensoriales se tratase... b) el reposo es una supresión del poder subjetivo, razón por la cual hallamos entre las condiciones del mismo una cierta pasividad. Las imágenes del letargo son condicionadas por el relajamiento del poder subjetivo.

Llegamos ahora a la tentativa de explicar la credulidad del alma con respecto a las alucinaciones oníricas, las cuales sólo pueden surgir después de la supresión de una cierta actividad subjetiva. Struempell expone que el alma continúa conduciéndose aquí normalmente y conforme a su mecanismo peculiar. Los elementos oníricos no son en ningún modo meras representaciones, sino *verídicas y verdaderas experiencias del alma*, iguales a las que en la vida despierta surgen por mediación de los sentidos (página 34). Mientras que durante la vigilia piensa y representa el alma en imágenes verbales y por medio del lenguaje, en el sueño piensa y representa en verdaderas imágenes sensoriales (pág. 35). Además, hallamos en el sueño una conciencia del espacio, pues análogamente a como sucede en la vigilia, quedan las imágenes y sensaciones proyectadas en un espacio exterior (pág. 36). Habremos, pues, de confesar, que el alma se halla en el sueño y con respecto a sus imágenes y percepciones en idéntica situación que durante la vida despierta (pág. 43). Si a pesar de todo incurre en error, ello obedece a que en el estado de reposo carece del criterio que establece una diferenciación entre las percepciones sensoriales procedentes del exterior y las procedentes del interior. No puede someter a sus imágenes a aquellas pruebas susceptibles de demostrar su realidad objetiva y *además*, desprecia la diferencia entre las imágenes intercambiables a *voluntad* y aquellas otras en las que no existe tal arbitrio. Yerra porque no puede aplicar al contenido de su sueño la ley de la causalidad (pág. 58). En concreto, su apartamiento del mundo exterior es también la causa de la fe que presta al mundo onírico subjetivo.

Tras de desarrollos psicológicos en parte diferentes, llega Delboeuf a idénticas conclusiones. Damos a los sueños crédito de realidad porque en el estado de reposo carecemos de otras impresiones a las que compararlos y nos hallamos desligados del mundo exterior. Mas si creemos en la verdad de nuestras alucinaciones no es porque nos falte durante el reposo la posibilidad de contrastarlas. El sueño puede men-

tirnos toda clase de pruebas, haciéndonos, por ejemplo, tocar la rosa que en él vemos, mas no por esto dejamos de estar soñando. Para Delboeuf no existe criterio alguno, fuera del hecho mismo del despertar—y esto sólo como generalidad práctica—que nos permita afirmar que algo es un sueño o una realidad despierta. Al despertar y comprobar que nos hallamos desnudos en nuestro lecho, es, en efecto, cuando declaramos falso todo lo que desde el instante en que conciliamos el reposo hemos vivido (pág. 84). Mientras dormíamos, hemos creído verdaderas las imágenes oníricas a consecuencia del hábito intelectual, siempre vigilante, de suponer un mundo exterior al que oponemos nuestro Yo (1).

Elevado así el apartamiento del mundo exterior a la ca-

---

(1) Análogamente intenta Haffner explicar la actividad onírica por la transformación que en la correcta función del intacto aparato anímico tiene que provocar una condición introducida en él de un modo anormal, pero describe esta condición en forma distinta a la de Delboeuf. Según Haffner, la primera característica del sueño es la carencia de lugar y tiempo, esto es, la emancipación de la representación del puesto que el sujeto ocupa dentro del orden y lugar de tiempo. Con éste se enlaza el segundo carácter fundamental del sueño: la confusión de las alucinaciones, imaginaciones y combinaciones de la fantasía, con las percepciones exteriores. "Dado que la tonalidad de las fuerzas anímicas superiores y especialmente, la formación de conceptos, el juicio y la deducción, por un lado, y por otro la autodeterminación contingente, se unen a las imágenes fantásticas sensoriales y tienen siempre a ésta como base, habrán de participar asímismo, estas actividades, de la falta de reglas de las imágenes oníricas. Y decimos que participan porque, tanto la energía de nuestro juicio como la de nuestra voluntad, no experimentan en sí durante el sueño alteración ninguna. Por lo que a la actividad se refiere, somos, durante el reposo, igualmente libres y poseemos igual penetración que en estado de vigilia. Ni aun en sueños puede el hombre burlar las leyes del pensamiento, esto, identificar lo que se le representa como opuesto, etc., ni tampoco desear sino aquello que se representa como un bien (sub rationi boni). Pero en esta aplicación de las leyes del pensar y del querer es inducido en error el espíritu humano, en el sueño, por la confusión de una representación con otra. Así, establecemos y cometemos en él las mayores contradicciones, mientras que al mismo tiempo podemos formular los más penetrantes juicios, deducir las más lógicas conclusiones y tomar las decisiones más virtuosas y santas. La falta de orientación es todo el secreto del vuelo que nuestra fantasía sigue en el sueño, y la ausencia de reflexión crítica y de contraste con otras inteligencias constituye la fuente principal de la extravagancia de nuestros juicios, esperanzas y deseos en el sueño" (pág. 16).

tegoría de factor determinante de los más singulares caracteres de la vida onírica, creemos conveniente consignar unas sutiles observaciones del viejo Burdach que arrojan cierta luz sobre la relación del alma durmiente con el mundo exterior y son muy apropiadas para evitarnos conceder a las anteriores deducciones más valor del que realmente poseen: "El estado de reposo—dice Burdach—tiene por condición el que el alma no sea excitada por estímulos sensoriales... pero la ausencia de tales estímulos no es tan indispensable para la conciliación del reposo como la falta de interés por los mismos (1). En efecto, a veces se hace necesaria la existencia de alguna impresión sensorial, en tanto en cuanto la misma sirve para tranquilizar el alma. Así, el molinero no duerme si no oye el ruido producido por el funcionamiento de su molino, y aquellas personas que como medida de precaución acostumbran a dormir con luz, no pueden conciliar el reposo en un habitación oscura (pág. 457).

"El alma se retira de la periferia y se aisla del mundo exterior, aunque sin quedar falta de toda conexión con el mismo. Si no oyéramos ni sintiéramos más que durante el estado de vigilia y no en cambio durante el reposo, nada habría que pudiera despertarnos. La permanencia de la sensación queda aún más indiscutiblemente demostrada por el hecho de que no siempre es la energía meramente sensorial de una impresión sino su relación psíquica, lo que nos despierta. Una palabra indiferente no hace despertar al durmiente y en cambio sí su nombre murmurado en voz baja. Resulta, pues, que el alma distingue las sensaciones durante el reposo. De este modo, podemos ser despertados por la falta de un estímulo sensorial cuando el mismo se refiere a algo importante para la representación. Las personas que acostumbran a dormir con luz, despiertan al extinguirse ésta, y el molinero, al dejar de funcionar su molino, o sea, en ambos casos, al cesar la actividad sensorial. Esto supone que dicha actividad es percibida, pero que no ha perturbado al alma, la cual la ha considerado como indiferente o más bien como tranquilizadora" (págs. 460 y sigts.).

Si por nuestra parte, no queremos dejar de reconocer el

(1) Compárese con este punto de vista el "désintêret", en el que Claparède (1905) ve el mecanismo de la conciliación del rep

valor nada despreciable de estas objeciones, habremos sin embargo de confesar que las cualidades de la vida onírica examinadas hasta ahora y derivadas del apartamiento del mundo exterior no explican por completo la singularidad de la misma, pues en este caso habría de ser posible resolver el problema de la interpretación onírica transformando de nuevo las alucinaciones del sueño en representaciones, y sus situaciones en pensamientos. Ahora bien; este proceso es el que llevamos a cabo al reproducir de memoria nuestro sueño después del despertar, y sin embargo, consigamos efectuar totalmente o sólo en parte tal retraducción, el sueño continúa conservando todo su misterio.

La totalidad de los autores admite sin vacilación alguna que el material de representaciones de la vida despierta sufre en el sueño otras más profundas modificaciones. Struempell intenta determinar una de éstas en las siguientes deducciones (pág. 17): "El alma pierde también, con el cese de la percepción sensorial activa y de la conciencia normal de la vida, el terreno en que arraigan sus sentimientos, deseos, intereses y actos. También aquellos estados, sentimientos, intereses y valoraciones espirituales enlazados en la vida despierta a las imágenes mnémicas, sucumben a una presión obnubilante a consecuencia de la cual queda suprimida su conexión con las mismas; las imágenes de percepciones de objetos, personas, localidades, sucesos y actos de la vida despierta son reproducidas en gran número aisladamente, pero ninguna de ellas trae consigo su valor psíquico, y privadas de él quedan flotando en el alma abandonadas a sus propios medios..."

Este despojo que de su valor psíquico sufren las imágenes, es atribuído nuevamente al apartamiento del mundo exterior, y según Struempell, posee una participación principal en la impresión de singularidad con la que el sueño se opone a la vida despierta en nuestro recuerdo.

Hemos visto antes, que ya el acto de conciliar el reposo trae consigo el renunciamiento a una de las actividades anímicas, a la guía voluntaria del curso de las representaciones. De este modo se nos impone la hipótesis de que el estado de reposo se extiende a las funciones anímicas, alguna de las cuales queda quizá totalmente interrumpida. Nos hallamos, pues, ante el problema de si las restantes siguen también este

ejemplo o continúan trabajando sin perturbación, y en este último caso, si pueden o no rendir, en tales circunstancias, una labor normal. Surge aquí la teoría que explica las peculiaridades del sueño por la degradación del rendimiento psíquico durante el reposo, hipótesis que encuentra un apoyo en la impresión que el fenómeno onírico produce a nuestro juicio despierto. El sueño es incoherente, une sin esfuerzo las más grandes contradicciones, afirma cosas imposibles, prescinde de todo nuestro acervo de conocimientos, tan importante para nuestra vida despierta, y nos muestra exentos de toda sensibilidad ética y moral. El individuo que en la vida despierta se condujese como el sueño le muestra en sus situaciones, sería tenido por loco, y aquel que manifestara o comunicase cosas semejantes a las que forman el contenido onírico nos produciría una impresión de demencia o imbecilidad. Así, pues, creemos reflejar exactamente la realidad cuando afirmamos que la actividad psíquica queda en el sueño reducida a un mínimum y que especialmente las más elevadas funciones intelectuales se hallan interrumpidas o muy perturbadas durante el mismo.

Con inhabitual unanimidad—de las excepciones ya hablaremos en otro lugar—han preferido los autores aquellos juicios que conducían inmediatamente a una determinada teoría o explicación de la vida onírica. Creo llegado el momento de sustituir el resumen que hasta aquí vengo efectuando, por una transcripción de las manifestaciones de diversos autores—filósofos y médicos—sobre los caracteres psicológicos del sueño:

Según Lemoine, la *incoherencia* de las imágenes oníricas es el único carácter esencial del sueño.

Maury se adhiere a esta opinión, diciendo (pág. 163): "...il n' y a pas des rêves absolument raisonnables et qui ne contiennent quelque incohérence, quelque anachronisme, quelque absurdité".

Según Hegel (citado por Spitta), el sueño carece de toda coherencia objetiva comprensible.

Dugas dice: "Le rêve, c'est l'anarchie psychique affective et mentale, c'est le jeu des fonctions livrée á elles-mêmes et s'exercant sans controle et sans but: dans le rêve l'esprit est un automate spirituel".

Volkelt mismo, en cuya teoría sobre el fenómeno onírico

se reconoce un fin a la actividad psíquica durante el estado de reposo, señala, sin embargo, en los sueños (pág. 14) "la dispersión, incoherencia y desorden de la vida de representación, mantenida en cohesión, durante la vigilia, por el poder lógico del Yo central".

El absurdo de los enlaces que en el sueño se establecen entre las representaciones, fué ya acentuado por Cicerón en una forma insuperable (De divin. II): "Nihil tam praepostere, tam incondite, tam monstruose cogitari potest, quod non possimus somniare".

Fechner dice (pág. 542): "Parece como si la actividad psicológica emigrase del cerebro de un hombre de sana razón al de un loco".

Radestock (pág. 145): "En realidad parece imposible reconocer leyes fijas en esta loca agitación. Eludiendo la severa policía de la voluntad racional que guía el curso de las representaciones en la vida despierta, y escapando a la atención, logra el sueño confundirlo todo en un desatinado juego de calidoscopio".

Hildebrandt (pág. 45): "¡Qué maravillosas libertades se permite el sujeto de un sueño, por ejemplo, en sus conclusiones intelectuales! ¡Con qué facilidad subvierte los más conocidos principios de la experiencia! ¡Qué risibles contradicciones puede soportar en el orden natural y social hasta que la misma exagerada tensión del disparate trae consigo el despertar! Nos parece muy natural que el producto de tres por tres sea veinte; no nos admira lo más mínimo que un perro nos declame una composición poética, que un muerto se dirija por su propio pie a la tumba o que una roca sobrenade en el agua y hacemos con toda seriedad y penetrados de la importancia de nuestra misión un viaje al ducado de Bernburg o al principado de Lichtenstein, para inspeccionar la marina de guerra de estos países, o nos enrolamos como voluntarios en los ejércitos de Carlos XII, poco antes de la batalla de Pultawa".

Binz (pág. 33), refiriéndose a la teoría onírica que de estas observaciones se deduce, escribe: "De diez sueños, nueve por lo menos, presentan un contenido absurdo. Enlazamos en ellos objetos y personas que carecen de toda relación. Mas al cabo de un instante, la agrupación establecida se transforma por completo como en un calidoscopio, haciéndose quizá

aún más disparatada, y este cambiante juego es continuado por el cerebro incompletamente dormido hasta que despertamos, nos pasamos la mano por la frente y nos preguntamos si realmente poseemos todavía la capacidad de representación e intelección racionales".

Maury (pág. 50) refleja la relación de las imágenes oníricas con los pensamientos de la vida despierta en una comparación muy impresionante para los médicos: "La production de ces images que chez l'homme éveillé fait le plus souvent naitre la volonté, correspond, pour l'intelligence, á ce que sont pour la motilité certains mouvements que nous offrent la chorée et les affections paralytiques". Por lo demás, se da en el sueño "toute une série de dégradations de la faculté pensante et raisonnante" (pág. 27).

No creemos necesario consignar las manifestaciones de aquellos autores que reproducen con respecto a las más elevadas funciones anímicas el principio de Maury.

Según Struempell, quedan suprimidas en el sueño—naturalmente también allí donde el desatino no resulta evidente—todas aquellas operaciones lógicas del alma que se basan en relaciones y conexiones (pág. 26). Según Spitta (página 148) las representaciones parecen quedar emancipadas por completo de la ley de causalidad. Radestock y otros acentúan la debilidad de la capacidad de juicio y deducción. Según Jodl (pág. 123) no existe en el sueño crítica ninguna, ni quedan corregidas las series de percepciones por el contenido de la conciencia completa. Este mismo autor, manifiesta: "En el sueño aparecen todas las actividades de la conciencia, pero incompletas, cohibidas y aisladas unas de otras". Las contradicciones en que el sueño se sitúa con respecto a nuestro conocimiento despierto, son explicadas por Stricker y otros muchos autores por el olvido de hechos, la ausencia de relaciones lógicas entre las representaciones, etc., etc.

Los autores que, en general, juzgan tan desfavorablemente la labor de las funciones psíquicas en el sueño, conceden, sin embargo, que en el mismo perdura un resto de actividad anímica. Wundt, cuyas teorías han servido de norma a tantos otros investigadores de los problemas oníricos, confiesa abiertamente este hecho. Surge, pues, el problema de determinar la naturaleza y composición de este resto de actividad

anímica normal que en el sueño se manifiesta. Casi, generalmente, se concede que la capacidad de reproducción—la memoria—es lo que menos parece haber sufrido, pudiendo incluso producir rendimientos superiores a los habituales en la vigilia, aunque una parte de los absurdos del sueño haya de quedar explicada por la capacidad de olvido de la vida onírica. Según Spitta, es la vida *"espiritual"* del alma lo que no queda suprimido por el sueño y dirige el curso del mismo. *"Espíritu"* es para este autor "aquella constante reunión de los sentimientos que constituye la esencia subjetiva más íntima del hombre" (pág. 84).

Scholz (pág. 37) ve una de las actividades anímicas que se manifiestan en el sueño, en la *"transformación alegorizante de sentido"* a la que es sometido el material onírico. Siebeck comprueba también en el sueño la "actividad interpretadora complementaria" del alma (página 11), aplicada por ésta a toda percepción. La conducta de nuestra más elevada función anímica—la conciencia—en el fenómeno onírico, resulta especialmente difícil de fijar. Dado que sólo por ella sabemos algo de nuestros sueños, no podemos dudar de su permanencia, pero Spitta opina que en el sueño sólo se conserva la conciencia y no la *autoconciencia*. Delboeuf confiesa no alcanzar a comprender esta diferenciación.

Las imágenes oníricas se enlazan conforme a las mismas leyes asociativas que las representaciones, llegando incluso a revelársenos en el sueño, más clara y precisamente, el origen de dichas leyes. Struempell (pág. 70): "El sueño se desarrolla, ora exclusivamente, como parece, conforme a las leyes de las representaciones puras, ora conforme a las de estímulos orgánicos con tales representaciones, esto es, sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio ético intervengan para nada". Los autores cuyas opiniones reproducimos aquí, se representan la formación de los sueños aproximadamente en la forma que sigue: La suma de los estímulos sensoriales procedentes de las diversas fuentes antes estudiadas y actuantes durante el reposo, despierta ante todo, en el alma, un acervo de representaciones que se presentan en calidad de alucinaciones (o según Wundt, como verdaderas ilusiones, dada su procedencia de los estímulos externos e internos). Estas representaciones se enlazan entre sí

según las leyes de asociación que nos son conocidas y evocan a su vez, conforme a las mismas reglas, una nueva serie de representaciones (imágenes). El material total es elaborado, en lo posible, por el resto aún en actividad de las capacidades anímicas ordenadoras y pensadoras (cf. Wundt y Weygandt). Lo que no se ha conseguido descubrir todavía son los motivos que deciden que la evocación de las imágenes no procedentes del exterior se realice conforme a estas o aquellas leyes asociativas.

Se ha observado sin embargo, repetidamente, que las asociaciones que enlazan a las representaciones oníricas entre sí son de una peculiarísima naturaleza y diferentes por completo de las que actúan en el pensamiento despierto. Así, dice Volkelt (pág. 15): "Las representaciones se persiguen y se enlazan, en el sueño, conforme a analogías casuales y a conexiones apenas perceptibles. Todos los sueños se hallan entrelazados por tales asociaciones negligentes y lejanas". Maury concede máxima importancia a este carácter del enlace de las representaciones que le permite establecer una más íntima analogía entre la vida onírica y ciertas perturbaciones mentales. Reconoce dos caracteres principales del "délire": 1.o Une action spontanée et comme automatique de l'esprit; 2.o Une association vicieuse et irreguliére de idées (pág. 126). Este mismo autor nos refiere dos excelentes ejemplos de sueños en los que el enlace de las representaciones oníricas fué determinado exclusivamente por la similicadencia de las palabras. En uno de estos sueños comenzó por emprender una peregrinación (*pélerinage*) a Jerusalén o a la Meca y después de un sinnúmero de aventuras llegó a casa del químico *Pelletier*, el cual, al cabo de una larga conversación, le entregó una pala (*pelle*) de cinc que en el fragmento onírico siguiente se convirtió en una gran espada de combate (pág. 137). Otra vez soñó que paseaba por una carretera, leía en los guardacantones las cifras indicadoras de los *kilómetros* y se detenía después en una droguería en la que un individuo colocaba pesas de *kilo* en una gran balanza con objeto de pesarle; luego el droguero se dirigía a él y le decía: "No está usted en París, sino en la isla de *Gilolo*". En el resto de este sueño vió la flor llamada *lobelia* y al general *López*, cuya muerte había leído recientemente en los periódicos. Por úl-

timo, despertó cuando comenzaba a jugar con otras personas una partida de *lotería* (1).

Como era de esperar, esta desestimación de los rendimientos psíquicos del sueño ha hallado también sus contradictores. Sin embargo, no parece fácil sostener la afirmación contraria. No posee, en efecto, gran importancia que uno de los autores que rebajan el valor de la vida onírica (Spitta, página 118) asegure que los sueños son regidos por las mismas leyes psicológicas que reinan en la vida despierta, ni tampoco, que otro investigador (Dugas), manifieste que "le rêve n'est pas déraison, ni même irraison pure", mientras que ninguno de ellos se tome el trabajo de armonizar estas opiniones con la anarquía y desorganización psíquicas que en el sueño atribuyen a todas las funciones. En cambio, otros autores parecen haber entrevisto que la demencia de los sueños podía no carecer de método, no siendo quizá sino fingimiento, como la de Hamlet shakesperiano. Estos autores tienen que haber huído de juzgar a los sueños por su apariencia, o de lo contrario, la que los mismos les han ofrecido ha sido muy diferente de la que ofrecieron a los demás.

Así, Havelock Ellis (1899), sin querer detenerse en el aparente absurdo del sueño, lo considera como "an archaic world of vast emotions ad imperfect thoughts", cuyo estudio podría enseñarnos a conocer fases primitivas de la vida psíquica. J. Sully (pág. 362) representa esta misma concepción de los sueños, pero de un modo aún más comprensivo y profundo. Sus manifestaciones son tanto más interesantes y dignas de consideración cuanto que se trata de un psicólogo del que sabemos se hallaba convencido, quizá como ningún otro, del sentido oculto de los sueños. "Now our dreams are a means of conserving these succesive personalities. When asleep we go back to the old ways of looking at things and of feeling about them, to impulses and activities which long ago dominated us". Un pensador como Delboeuf afirma—aunque cierto es que sin presentar prueba alguna contra las aducidas en contrario—que "dans le sommeil, hormis la perception, toutes les facultés de l'esprit, intelligence, imagination, mémoire, volonté, moralité, restent intactes dans leur essence; seulement elles s'appliquent á des objets imaginai-

(1) Más adelante se nos revelará el sentido de estos sueños llenos de palabras que comienzan con la misma sílaba.

res et mobiles. Le songeur est un acteur qui joue á volonté les fous et les sages, les bourreaux et les victimes, les nains et les geants, les démons et les anges" (pág. 222). El marqués d'Hervey, que sostuvo vivas polémicas con Maury y cuya obra no me he podido procurar, no obstante haberla buscado con empeño, parece haber sido quien con mayor energía ha negado la degradación del rendimiento psíquico en el sueño. Refiriéndose a él, dice Maury (pág. 19): "M. le Marquis d'Hervey prête á l'intelligence durant le sommeil, toute sa liberté d'action et d'attention et il ne semble faire consister le sommeil que dans l'oclusion des sens, dans leur fermeture au monde extêrieur; en sorte que l'homme qui dort ne se distingue guêre selon sa maniéré de voir, de l'homme qui laise vaguer sa pensée en ses bouchantes sens; toute la différence qui sépare alors la pensée ordinaire de celle du dormeur c'est que, chez celui, l'idée prend une forme visible, objetive et ressemble, á s'y méprende, a la sensation déterminée par les objets extérieurs; le souvenir revêt l'apparence du fait présent".

Pero a continuación añade "qu'il y a une différence de plus et capitale, á savoir, que les facultés intellectuelles de l'homme endormi n'offrent pas l'equilibre qu'elles gardent chez l'homme éveillé".

En Vaschide, que nos facilita un más completo conocimiento del libro de d'Hervey, encontramos que este último se pronuncia, sobre la aparente incoherencia de los sueños, en la forma siguiente: "L'image du rêve est la copie de l'idée. Le principal est l'idée; la visiòn n'est qu'accesoire. Ceci établi, il faut savoir suivre la marche des idées, il faut savoir analyser le tissu des fêves; l'incohérence devient alors compréhensible, les conceptions les plus fantasques deviennet des faits simples et parfaitement logiques" (pág. 146). Y (página 147): "Les rêves les plus bizarres trouvent même una explication des plus logiques quand on sait les analyser".

J. Staerke cita una análoga explicación dada a la incoherencia onírica por un antiguo autor, Woldf Davidson (1799), desconocido para mí (pág. 136): "Los singulares saltos de nuestras representaciones oníricas tienen todos su fundamento en la ley de la asociación; lo que sucede es que este enlace se realiza a veces en el alma de un modo harto oscuro, resul-

tando así, que con frecuencia creemos observar un salto de la asociación en casos en que dicho salto no existe".

La escala de la apreciación del sueño como producto psíquico alcanza en la literatura científica una gran amplitud. Partiendo del más profundo menosprecio, cuya expresión ya nos es conocida, y pasando luego por la sospecha de un valor aún no descubierto, llega hasta la exagerada estimación que coloca al sueño muy por encima de los rendimientos de la vida despierta. Hildebrandt, que como sabemos, encierra en tres antinomias las características psicológicas de la vida onírica, reúne en la tercera de ellas los extremos de esta serie (pág. 19): Esta tercera antinomia es la existente "entre *una elevación o potenciación* de la vida anímica, que llega muchas veces hasta el *virtuosismo*, y una *minoración* y *debilitación* de la misma, llevada con frecuencia por bajo del *nivel* de lo humano".

"Por lo que a lo primero se refiere: ¿Quién no puede confirmar, por propia experiencia, que en las creaciones del genio del sueño se exteriorizan a veces una profundidad y una cordialidad espirituales, una finura de sensibilidad, una claridad de concepción, una sutileza de observación y una prontitud de ingenio, que modestamente negaríamos poseer si nos fueran atribuídas como cualidades constantes de nuestra vida despierta? El sueño posee una maravillosa poesía. una exacta facultad alegórica, un humorismo incomparable y una deliciosa ironía. Contempla el mundo a una peculiarísima luz idealizadora e intensifica el efecto de sus fenómenos con la más profunda comprensión de la esencia fundamental de los mismos. Nos presenta lo bello terrenal en un resplandor verdaderamente celeste, lo elevado, en su más alta majestad, lo que según nuestra experiencia es temeroso, en la forma más aterrorizante y lo ridículo, con indescriptible comicidad; a veces nos hallamos aún después del despertar tan dominados por una de estas impresiones, que creemos no haber hallado nunca en el mundo real nada semejante".

Surge aquí la interrogación de cómo pueden referirse a un mismo objeto las despreciativas observaciones anteriores y estas entusiásticas alabanzas. ¿No habrán pasado inadvertidos para unos autores los sueños desatinados y para otros los profundos e ingeniosos? ¿Y si existen sueños de ambas clases, que justifican respectivamente ambos juicios, no será

ocioso buscar una característica psicológica del sueño y deberemos limitarnos a decir que en él es todo posible, desde la más baja degradación de la vida anímica hasta una elevación de la misma, desacostumbrada en la vida despierta? Mas por cómoda que fuera esta solución, tropieza con el inconveniente de que los esfuerzos de todos los investigadores parecen hallarse guiados por la hipótesis de que existe una característica de los sueños, de validez general en sus rasgos esenciales, susceptible de resolver las contradicciones apuntadas.

Es indiscutible que los rendimientos psíquicos del sueño han hallado un más voluntario y caluroso reconocimiento en aquel período, ya pasado, en el que los espíritus se hallaban dominados por la filosofía y no por las ciencias exactas. Manifestaciones como la de Schubert de que el sueño constituye una emancipación del espíritu del poder de la naturaleza exterior, un desligamiento del alma de las ligaduras de la sensualidad, y análogos juicios de Fichte el joven (1) y de otros autores, en los que se considera al sueño como una elevación de la vida anímica a un más alto nivel, nos parecen hoy apenas comprensibles. En la actualidad sólo son repetidos por los autores místicos o piadosos (2). La disciplina mental científica ha producido una reacción en la apreciación del sueño. Precisamente los autores médicos son los que antes se han inclinado a considerar muy escasa y falta de todo valor la actividad psíquica en el sueño, mientras que los filósofos y los observadores no profesionales—psicólogos de afición—cuyas aportaciones a estos estudios no deben despreciarse, han continuado sosteniendo, más en armonía con las hipótesis populares, el valor psíquico del sueño. Aquellos que tienden a menospreciar el rendimiento psíquico en el sueño conceden naturalmente la máxima importancia etiológica a las fuentes de estímulos somáticos. En cambio, para aquellos otros que atribuyen al alma soñadora la mayor parte de las facultades que la misma posee en la vida despierta,

---

(1) Cf. Haffner y Spitta.

(2) El inteligentísimo místico Du Prel, uno de los pocos autores cuya omisión en anteriores ediciones de este libro quisiera reparar, manifiesta que el acceso a la metafísica no es, por lo que al hombre respecta, la vida despierta, sino el sueño (Philosophie der Mystik, página 59).

desaparece toda razón de no atribuirla también estímulos oníricos independientes.

Entre los rendimientos extraordinarios que aún después de la más escrupulosa comparación pudiéramos inclinarnos a atribuir a la vida onírica, es el de la memoria el más patente. En páginas anteriores detallamos ya todos los hechos, nada raros, que así lo demuestran. En cambio, otra de las prerrogativas de la vida onírica, que con mayor frecuencia ensalzan los autores antiguos—su facultad de franquear libremente las distancias temporales y espaciales—es, como ya observa Hildebrandt, por completo ilusoria. El sueño no franquea tales distancias sino en forma idéntica a como lo realiza el pensamiento despierto y precisamente por no ser sino una forma del pensamiento. Con respecto al tiempo, gozaría en cambio el sueño de otra distinta prerrogativa, siendo independiente de su curso en un diferente sentido. Sueños como aquel en que Maury se vió guillotinar parecen demostrar que el fenómeno onírico puede acumular en brevísimos instantes un contenido de percepciones mucho mayor que el contenido de pensamientos que nuestra actividad psíquica puede abarcar en la vida despierta. Esta deducción ha sido, sin embargo, combatida con los más diversos argumentos. Desde los artículos de Le Lorrain y Egger "sobre la aparente duración de los sueños" se ha desarrollado, en derredor de este problema—tan intrincado como de profundo alcance—una interesantísima discusión que no ha llevado aún a esclarecimiento alguno definitivo.

Después de numerosas investigaciones y de la colección de sueños publicada por Chabaneix parece ya indiscutible que el sueño puede acoger la labor intelectual del día y conducirla a una conclusión no alcanzada en la vida despierta, resolviendo así problemas y dudas que preocupan al sujeto y constituyendo una fuente de inspiración para los poetas y compositores. Pero aunque este hecho es innegable en sí, la hipótesis construída sobre él sucumbe a importantes objeciones (1).

Por último, el afirmado poder adivinatorio del sueño constituye otro objeto de discusión en la que, a dudas difíciles de dominar, se oponen tenaces afirmaciones. Sin embargo se

(1) Cf. la crítica que de esta hipótesis hace Havelock Ellis (World of dreams, pág. 268).

evita negar rotundamente—y con razón—lo que de efectivo ha sido observado en este punto, pues para toda una serie de casos existe, quizá, la cercana posibilidad de una natural explicación psicológica.

f) *Los sentimientos éticos en el sueño.*

Por motivos que sólo después del conocimiento de mis propias investigaciones sobre el sueño pueden resultar comprensibles, he separado del tema de la psicología del sueño, el problema parcial de si las disposiciones y sentimientos morales de la vigilia se extienden—y hasta qué punto—a la vida onírica. La misma contradicción que con respecto a las restantes funciones anímicas hubimos de hallar con extrañeza en las exposiciones de los investigadores, vuelve aquí a surgir a nuestros ojos. En efecto, con la misma seguridad que unos muestran al afirmar que el sueño ignora en absoluto toda aspiración moral, sostienen los otros que la naturaleza moral del hombre perdura también en la vida onírica.

La experiencia onírica parece colocar la exactitud de la primera afirmación por encima de toda duda. Así, escribe Jessen (pág. 553): "Tampoco nos hacemos mejores ni más virtuosos en el sueño. Más bien parece que en él calla nuestra conciencia, pues sin compadecernos por nada ni de nadie, realizamos con la mayor indiferencia y sin remordimiento alguno, los mayores crímenes".

Radestock (pág. 146): "Debe tenerse en cuenta que en el sueño emergen las asociaciones y se enlazan las representaciones sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio moral puedan intervenir para nada. El juicio es debilísimo y predomina *la indiferencia* ética". Volkelt (página 23): "Nadie ignora el desenfreno que la vida onírica muestra especialmente en lo que a la sexualidad se refiere. Del mismo modo que el sujeto se contempla en sus sueños falto de todo pudor y todo sentimiento ético, ve a otras personas—incluso a las que más respeta—entregadas a actos que en su vida despierta se espantaría de asociar a ellas".

En abierta oposición con estas manifestaciones se hallan otras como la de Schopenhauer de que todos obramos y hablamos en sueños *conforme* a nuestro propio carácter. R. Ph. Fischer (1) afirma asimismo, que en los sueños se revelan

(1) Grundzuegen des Systems der Anthropologie, Erlangen 1860.

-los sentimientos y aspiraciones, o afectos y pasiones, subjetivos y las peculiaridades morales del durmiente.

Haffner (pág. 25): "Salvo raras excepciones... el hombre virtuoso lo será también en sueños. Rechazará las tentaciones y resistirá al odio, a la envidia, a la cólera y a los demás vicios. En cambio, el hombre pecador, hallará generalmente en sus sueños aquellas imágenes que tenía ante sí en la vigilia".

Scholz (pág. 36): "Nuestros sueños entrañan algo verdadero. En ellos reconocemos nuestro propio Yo a pesar del disfraz de elevación o rebajamiento con el que se nos aparece... El hombre honrado no puede tampoco cometer en sueños un delito que le deshonre y si lo comete, quedará espantado como ante algo totalmente ajeno a su naturaleza. El emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos, confeso de haber atentado contra él en sueños, no dejaba de tener razón cuando se justificaba diciendo que el individuo que así soñaba tenía que abrigar en su vida despierta análogos pensamientos. De algo que no puede hallar lugar alguno en nuestro ánimo, decimos así, muy significativamente: "Eso no puede ocurrírseme ni en sueños."

Por lo contrario, afirma Platón que los hombres mejores son aquellos a los que sólo en sueños se les ocurre lo que los demás hacen despiertos.

Plaff, glosando un conocido proverbio, dice: "Cuéntame durante algún tiempo lo que sueñas y te diré lo que dentro de ti hay."

El pequeño escrito de Hildebrandt del que ya he extraído tantas interesantes citas y que constituye la más perfecta y rica contribución que a la investigación de los problemas oníricos me ha sido dado hallar en la literatura científica, da a este tema de la moralidad de los sueños una importancia esencial. También para Hildebrandt constituye una regla fija la de que cuanto más pura es la vida del sujeto, más puros serán sus sueños, y cuanto más impura, más impuros.

La naturaleza moral del hombre perdura, desde luego, en el sueño: "Pero mientras que ningún error de cálculo, ninguna herejía científica ni ningún anacronismo, nos hieren ni se nos hacen siquiera sospechosos, por palpables, románticos o ridículos que respectivamente sean, conservamos siempre la facultad de distinguir lo bueno de lo malo, la justicia de la

injusticia, la virtud del vicio. Por mucho que sea lo que de nuestra personalidad despierta perdemos durante el reposo, —el "imperativo categórico" de Kant se ha constituído de tal manera en nuestro inseparable acompañante que ni aun en sueños llega a abandonarnos... Este hecho no puede explicarse sino por la circunstancia de que lo fundamental de la naturaleza humana, el ser moral, se halla demasiado firmemente unido al hombre para participar en el juego calidoscópico, al que la fantasía, la inteligencia, la memoria y demás facutades de igual rargo sucumben en el sueño" (págs. 45 y sig.).

En la discusión de esta materia incurren ambos grupos de autores en singulares desplazamientos e inconsecuencias. Lógicamente, la hipótesis de que la personalidad moral del hombre desaparece en el sueño, debiera despojar a sus partidarios de todo interés por los sueños inmorales permitiéndoles además rechazar la posibilidad de exigir por ellos una responsabilidad al sujeto o atribuirle perversos sentimientos, con la misma tranquilidad que la equivalente de deducir, por el absurdo de los sueños, la carencia de valor de los rendimientos intelectuales del sujeto en la vida despierta. En cambio, aquellos otros autores, para los cuales se extiende al fenómeno onírico el dominio del imperativo categórico, deberían aceptar sin limitación alguna la responsabilidad del sujeto con respecto a sus sueños. Habríamos, únicamente, de desearles que sueños propios reprobables no les hicieran errar en la estimación de su propia moralidad, tan segura con respecto a otros dominios distintos del onírico.

Mas, por lo visto, nadie sabe a punto fijo en qué medida es bueno o malo ni puede tampoco negar haber tenido alguna vez sueños inmorales, pues por encima de su opuesto juicio sobre la moral onírica, coinciden ambos grupos de autores en un esfuerzo por esclarecer el origen de los sueños inmorales, surgiendo nuevamente opiniones contradictorias, según se vea dicho origen en las funciones de la vida psíquica o en influencias somáticamente condicionadas ejercidas sobre la misma. El poder coactivo de la evidencia hace sin embargo coincidir a muchos defensores de la responsabilidad y de la irresponsabilidad, en el reconocimiento de una fuente psíquica especial para la inmoralidad de los sueños.

De todos modos, aquellos investigadores que extienden

a los sueños la moral subjetiva, se guardan muy bien de aceptar la completa responsabilidad de los suyos propios. Haffner, dice (pág. 24): "No somos responsables de nuestros sueños porque nuestro pensamiento y nuestra voluntad quedan despojados en ellos de la base sobre la cual posee únicamente nuestra vida verdad y realidad. Siendo así, nada de lo que en sueños queremos o hacemos, puede tenerse por virtud o pecado". Pero el hombre es responsable de sus sueños pecadores en tanto en cuanto los origina indirectamente, y antes de conciliar el reposo, tiene, del mismo modo que en el resto de la vigilia, el deber de purificar moralmente su alma.

Hildebrandt ahonda mucho más en el análisis de esta mezcla de negación y afirmación de nuestra responsabilidad con respecto al contenido moral de los sueños. Después de indicar que la forma dramática de exposición adoptada por el fenómeno onírico, la acumulación de los más complicados procesos reflexivos en un brevísimo espacio de tiempo y la desvalorización y confusión—que también reconoce—de los elementos de representación, deben tenerse en cuenta, como circunstancias atenuantes, al juzgar el aspecto inmoral de los sueños, confiesa que tampoco nos es posible negar en absoluto toda responsabilidad por los pecados y faltas que en ellos cometemos.

(Pág. 49): "Cuando queremos rechazar de un modo decidido una acusación injusta referente a nuestros propósitos o sentimientos, solemos servirnos de la expresión: "Eso no se me ha ocurrido ni aun en sueños". Con esto manifestamos por un lado, que el dominio de los sueños es para nosotros el último por cuyo contenido pudiera exigírsenos responsabilidad, puesto que nuestros pensamientos no poseen en él sino una tan escasa y lejana conexión con nuestro verdadero ser, que apenas pueden ya atribuírsenos, pero al sentirnos inducidos a negar también la existencia de tales pensamientos en este dominio, confesamos, al mismo tiempo, indirectamente, que nuestra justificación sería incompleta si no alcanzase también hasta él. A mi juicio hablamos aquí, siquiera sea inconscientemente, el lenguaje de la verdad".

(Pág. 52): "No podemos suponer ningún hecho onírico cuyo primer motivo no haya cruzado antes en alguna forma a título de deseo, aspiración o sentimiento, por el alma del individuo despierto". Este primer sentimiento no lo ha inventa-

do el sueño; se ha limitado a copiarlo y desarrollarlo, elaborando en forma dramática un adarme de materia histórica que halló previamente en nosotros. Así, pues, el fenómeno onírico no hace sino poner en escena las palabras del apóstol: "Aquel que odia a su hermano es un homicida". Y mientras que conscientes de nuestra energía moral, podemos sonreir, al despertar, ante el amplio cuadro perverso que nuestro sueño pecador nos ha presentado, el nódulo originario causal no presenta faceta alguna que nos mueva a risa. Nos sentimos, por lo tanto, responsables de nuestros extravíos oníricos, no en su totalidad, pero sí en un cierto tanto por ciento. "Comprendemos, en este indiscutible sentido, la palabra de Cristo: "Del corazón vienen malos pensamientos" — y no podemos casi defendernos de la convicción de que cada pecado cometido en el sueño trae consigo para nosotros, por lo menos, un oscuro mínimum de culpa".

En los gérmenes de sentimientos reprobables que a título de tentaciones cruzan por nuestra alma en la vigilia, encuentra, pues, Hildebrandt, la fuente de la inmoralidad de los sueños y no vacila en tener en cuenta estos elementos inmorales en la estimación moral de la personalidad. Estos mismos pensamientos y su idéntica valoración es lo que ha hecho acusarse a los santos y a los hombres piadosos de toda época, de ser los más grandes pecadores (1).

No cabe duda alguna sobre la general aparición de estas representaciones *contrastantes* — en la mayoría de los hombres y también con relación a dominios distintos del ético. Pero algunas veces se las ha juzgado con menor severidad. Así, Spitta, transcribe las siguientes manifestaciones de A. Zeller (pág. 144): "Raras veces se halla tan felizmente organizado un espíritu, que posea en todo momento un poder absoluto y no quede estorbada la continua y clara marcha de sus pensamientos por representaciones no sólo insignificantes, sino hasta ridículas y desatinadas. Incluso los más grandes pensadores se han lamentado de esta importuna turba de representa-

(1) No deja de ser interesante conocer la actitud que la Inquisición adoptaba ante este problema. En el "Tractatus de Officio sanctissimae Inquisitione", de Tomás Careña (Edición de Lyon, 1659), se dice: "Si alguien profiriese herejías en sueños, deberán los inquisidores abrir información sobre su vida, pues en los sueños suele retornar aquello que nos ha ocupado durante el día" (Dr. Ehniger, S. Urban, Suiza).

ciones, semejantes a las de los sueños, que perturbaba sus más profundas reflexiones y su más seria y sagrada labor mental".

Una observación de Hildebrant, la de que el sueño nos permite a veces contemplar los repliegues y profundidades de nuestro ser que durante la vigilia quedan casi siempr ocultos a nuestros ojos, arroja más clara luz sobre la situación psicológica de estos pensamientos de contraste.

Análoga idea expone Kant en un pasaje de su Antropología al afirmar que el sueño tiene por función la de descubrirnos nuestras disposiciones ocultas y revelarnos, no lo que somos. sino lo que hubiéramos podido llegar a ser si hubiéramos recibido una educación diferente. Radestock (página 84) reproduce este juicio cuando dice que el sueño nos revela aquello que no queremos confesarnos a nosotros mismos, siendo esto lo que nos impulsa a calificarlo, injustamente, de mentiroso y engañador. J. E. Erdmann manifiesta: "Nunca me ha revelado un sueño lo que de un hombre debo opinar, pero lo que de él opino y cuáles son mis verdaderos sentimientos con respecto a él, eso sí me lo ha mostrado más de una vez, con gran asombro mío".

En forma semejante opina J.H. Fitche: "El carácter de nuestros sueños nos revela mucho más fielmente nuestro estado de ánimo total, que el autoanálisis durante la vigilia". Observaciones como las de Benini y Volkelt, que a continuación transcribimos, nos hacen advertir que la emergencia de estos impulsos ajenos a nuestra conciencia moral sólo es comparable a la ya conocida disposición del sueño sobre otro material de representaciones que falta a la vida despierta o desempeña en ella un insignificante papel. Benini: "Certe nostre inclinazione che si credevano soffocate e espente da un pezzo, si ridestano; passioni vechie e sepolte rivivono; cose e persone a cui non pensiamo mai, ci vengono dinanzi" (página 149. Y Volkelt: "También representaciones que se han inducido casi inadvertidamente en la conciencia despierta y quizás no hubieran sido sacadas nunca por ella del olvido, suelen revelar al sueño su presencia en el alma" (página 105). Por último, es éste el lugar de recordar que según Schleiermacher, ya el acto de conciliar el reposo se halla acompañado de representaciones (imágenes) *involuntarias*.

En este concepto de "representaciones involuntarias" de-

bemos incluir todo aquel acervo de representaciones cuya emergencia — tanto en los sueños inmorales como en los absurdos — despierta nuestra extrañeza. La única diferencia importante que podemos señalar entre las representaciones involuntarias referentes a la moralidad y las relativas a otros dominios es que las primeras se revelan en oposición con nuestra restante manera de sentir, mientras que las segundas se limitan a despertar nuestra extrañeza. Pero hasta el momento no hemos realizado progreso ninguno que nos permita ampliar esta diferenciación por un conocimento más completo y profundo de sus términos.

¿Qué significación tiene la emergencia de representaciones involuntarias en el sueño? ¿Y qué conclusiones pueden deducirse para la psicología del alma despierta o soñadora de esta emergencia nocturna de sentimientos éticos contrastantes? Habremos de señalar aquí una nueva diferencia de opinión y una nueva agrupación distinta de los autores. El proceso mental de Hildebrandt y de otros representantes de su opinión fundamental no puede ser continuado sino en el sentido de que los sentimientos inmorales entrañan también en la vigilia un cierto poder — cohibido desde luego — de llegar a convertirse en actos, y que en el estado de reposo desaparece algo que, actuando como una retención, nos había impedido advertir este sentimiento. El sueño mostraría así, aunque no en su totalidad, la verdadera esencia del hombre y pertenecería a los medios de hacer accesiblé a nuestro conocimiento el oculto interior del alma. Sólo partiendo de tales hipótesis puede Hildebrandt adjudicar al sueño el papel de un consejero que atrae nuestra atención sobre escondidas debilidades morales de nuestra alma, del mismo modo que, según confesión de los médicos, puede anunciar a la conciencia enfermedades físicas que hasta entonces ignorábamos nos aquejaran. Tampoco Spitta puede guiarse por otra idea cuando señala las fuentes de excitación que, por ejemplo, en la pubertad, actúan sobre el alma, y consuela al sujeto diciéndole que ha hecho todo lo que en su mano se hallaba, cuando ha sido virtuoso en su vida despierta y se ha esforzado en ahogar siempre los malos pensamientos, no dejándolos madurar y convertirse en actos. Conforme a esta concepción podríamos designar las representaciones "*involuntarias*" como aquellas que han sido "ahogadas" durante el día y ha-

bríamos de ver en su emergencia un fenómeno puramente psíquico.

Mas, según otros autores, esta última conclusión es totalmente errónea. Así, para Jessen, las representaciones involuntarias exteriorizan, por medio de movimientos internos, y tanto en el sueño como en la vigilia y el delirio febril o de otro género, "el carácter de una actividad de la voluntad en reposo, y de un proceso *hasta cierto punto mecánico* de imágenes y representaciones" (pág. 360). Un sueño inmoral no significa, con respecto a la vida anímica del soñador, sino que el mismo se había percatado alguna vez del contenido de representaciones correspondiente, pero desde luego no un sentimiento anímico propio. Determinadas manifestaciones de Maury nos inclinan a creer que atribuye al estado onírico la facultad de fragmentar en sus componentes la actividad anímica en lugar de destruirla sin sujeción a plan ninguno. Así, de los sueños en los que traspasamos los límites de la moralidad, dice: "Ce sont nos penchants qui parlent et qui nous font agir, sans que la consciencie nous retienne, bien que parfois elle nous avertisse. J'ai mes défauts et mes penchants vicieux á l'etat de veille, je tâche de lutter contre eux, et il m'arrive assez souvent de n'y pas succomber. Mais dans mes songes j'y succombe toujours ou pour mieux dire j' agis par leur impulsion, sans crainte et sans remords... Evidemment les visions qui se déroulent devant ma pensée et qui constituent le rêve, me sont suggérées par les incitations que je ressens et que ma volonté absente ne cherche pas á refouler" (pág. 113).

La creencia en la capacidad del sueño para revelar una disposición inmoral del sujeto, realmente existente, pero ahogada o escondida, no puede hallar expresión más exacta que en las siguientes palabras de Maury (pág. 115): "En rêve l'homme se révele donc tout entier á soi même dans sa nudité et sa misére natives. Dés qu'il suspend l' exercice de sa volonté, il devient le jouet de toutes les pasions contre lesquelles, a l'etat de veille la consciencie, le sentiment d'honneur, la crainte nous défendent". En otro lugar halla también la frase exacta (pág. 462): "Dans le rêve, c'est surtout l'homme instinctif qui se revéle... L'homme revient pour ainsi dire a l'etat de nature quand il rêve; mais moins lés idées acquises ont pénetré dans son esprit, plus *les penchants en*

désaccord avec elles conservent encore sur lui d'influence dans le rêve". Como ejemplo aduce que sus sueños le muestran con frecuencia víctima de aquella misma superstición que con más energía ha combatido en sus escritos.

Pero el valor de todas estas ingeniosas observaciones, para un conocimiento psicológico de la vida onírica, queda disminuído en Maury por su resistencia a no ver en los fenómenos tan acertadamente observados por él, sino pruebas del "automatisme psychologique" que a su juicio domina la vida onírica. Este automatismo lo considera como la completa antítesis de la actividad psíquica.

En sus estudios sobre la conciencia, dice Stricker: "El sueño no se compone exclusivamente de engaños; cuando en él sentimos miedo de los ladrones, éstos son imaginarios, pero el miedo es real". De este modo se nos advierte que el desarrollo de afectos, en el sueño, no puede ser juzgado en la misma forma que el resto del contenido onírico, y se nos plantea de nuevo el problema de qué es lo que en los procesos psíquicos del sueño puede considerarse como real, esto es, puede aspirar a ser incluído entre los procesos psíquicos de la vigilia.

g) Teorías oníricas y función del sueño.

Un conjunto de juicios sobre el sueño, que intente explicar, desde un determinado punto de vista, la mayor suma posible de los caracteres observados en su investigación, y fije, al mismo tiempo, su situación con respecto a un más amplio campo de fenómenos, merecerá ser calificado de teoría onírica. Las distintas teorías que de este modo puedan establecerse, se diferenciarán en el carácter que de los sueños consideren como esencial, enlazando a él las explicaciones y relaciones constitutivas de su contenido. No habrá de ser condición indispensable que de todas y cada una de ellas pueda deducirse una función o utilidad del fenómeno onírico. pero obedeciendo a nuestra acostumbrada orientación teleológica, habremos de preferir aquellas que entrañen el conocimiento de una tal función.

Conocemos ya varias concepciones de los sueños, merecedoras, en este sentido, del nombre de teorías oníricas. Así la antigua creencia de que los sueños eran enviados por los dioses para dirigir los actos de los hombres, constituía una teoría completa que explicaba todo lo que en el fenómeno oní-

rico presenta interés. Desde que el sueño ha llegado a ser objeto de la investigación biológica ha surgido un número más considerable que nunca de teorías oníricas, pero entre ellas existen algunas harto incompletas.

Renunciando a incluirlas en su absoluta totalidad, puede intentarse la siguiente clasificación — no extremadamente rigurosa — de las teorías oníricas, conforme a la hipótesis que sobre la magnitud y la naturaleza de la actividad psíquica en el sueño, les sirva de base:

1.o Aquellas teorías, que como la de Delboeuf, hacen perdurar en el sueño la total actividad psíquica de la vigilia. Según ellas, el alma no duerme, su aparato permanece intacto, pero sometida a las condiciones del estado de reposo, distintas de las correspondientes a la vigilia, tiene que producir, aún funcionando normalmente, rendimientos distintos. Surge aquí la duda de si estas teorías consiguen derivar, en su totalidad, de las condiciones del estado de reposo, las diferencias que se nos muestran entre el sueño y la reflexión. Pero, además, falta en ellas toda posibilidad de deducir la existencia de una función onírica; no nos explican para qué soñamos, ni por qué el complicado mecanismo del aparato anímico sigue funcionando aún después de haber sido colocado en circunstancias para las que no se halla calculado. En esta situación, las únicas reacciones adecuadas serían dormir sin sueños o despertar cuando sobreviniera un estímulo perturbador, pero nunca soñar.

2.o Aquellas teorías que, por lo contrario, aceptan en el sueño un descenso de la actividad psíquica y una debilitación de la coherencia. De estas teorías se deduce una característica psicológica del estado de reposo muy distinta de la establecida por Delboeuf. El reposo se extiende al alma y no se limita a aislarla por completo del mundo exterior, sino que penetra en su mecanismo haciéndolo temporalmente inutilizable. Si me es permitida una comparación con material psiquiátrico, diré que las primeras teorías construyen el sueño como una paranoia y las segundas lo convierten en el prototipo de la imbecilidad o de una amencia.

La teoría de que en la vida onírica sólo se manifiesta una parte de la actividad anímica paralizada por el reposo, es la preferida por los autores médicos y, en general, por el mundo científico. En tanto en cuanto ha de suponerse un

difundido interés por el esclarecimiento de los sueños, puede considerársela como la teoría *dominante*. Su característica es la facilidad con que sortea uno de los mayores peligros que se alzan ante toda explicación de los sueños: el de estrellarse contra una de las antinomias a las que los mismos dan cuerpo. Considerando el fenómeno onírico como el resultado de una vigilia parcial ("una vigilia paulatina, parcial y, al mismo tiempo, muy anómala"—dice Herbart sobre el sueño en su Psicología), puede explicar, por una serie de estados cada vez más cercanos al de vigilia, toda la serie de rendimientos imperfectos del sueño—exteriorizados en el absurdo del mismo—hasta el rendimiento mental perfecto y totalmente concentrado.

Para aquellos a quienes ha llegado a ser indispensable la forma de exposición fisiológica o la encuentran más científica, transcribiré aquí la descripción que Binz hace de esta teoría (pág. 43):

"Este estado (de estupor) camina paulatinamente hacia su fin en las primeras horas de la mañana. Las toxinas que la fatiga acumuló en la albúmina cerebral van disminuyendo cada vez más, destruídas o arrastradas por la continua corriente de la sangre. Algunos grupos de células, despiertos ya, comienzan a funcionar en medio del general letargo y ante nuestra obnubilada conciencia surge entonces la *actividad aislada* de estos grupos de células, falta del control de las demás partes del cerebro que rigen la asociación. En consecuencia, las imágenes creadas, correspondientes generalmente a las impresiones materiales de un próximo pasado, se agregan unas a otras sin orden ni concierto. Luego, conforme va haciéndose mayor el número de células cerebrales despiertas, va disminuyendo, en proporción, el desatino del sueño".

Todos los fisiólogos y filósofos modernos se muestran conformes con esta concepción del sueño como una vigilia incompleta y parcial o, cuando menos, influídos por ella. Maury es quien más ampliamente la desarrolla, pareciendo ver en la vigilia o el reposo, estados desplazables por regiones anatómicas, aunque de todos modos se le muestren siempre enlazadas una determinada región anatómica y una determinada función psíquica. Pero quisiera limitarme aquí a indicar que si la teoría de la vigilia parcial se confirmase,

habría aún que realizar una importante labor para estructurarla.

Naturalmente, no puede deducirse de esta teoría de la vida onírica una función del sueño. Obra, pues, Binz con toda consecuencia cuando fija la situación e importancia del fenómeno onírico en los siguientes términos (pág. 357): "Todos los hechos tienden, como vemos, a caracterizar el sueño como un proceso *somático*, inútil en todo caso y hasta patológico en muchos..."

El término "somático", referido al sueño y subrayado por el autor mismo, nos revela la posición de Binz con respecto a varios de los problemas oníricos, y en primer lugar, a la etiología de los sueños, de la que Binz se ocupó especialmente al investigar la génesis experimental de sueños por absorción de materias tóxicas. Sobre este problema etiológico coinciden todas las teorías que integran el presente grupo, en la tendencia a excluir en lo posible estímulos distintos de los somáticos. Su forma más extrema sería aproximadamente la que sigue: Conseguido el reposo por la supresión de todo estímulo, no tendríamos necesidad ni ocasión de soñar hasta que en las primeras horas de la mañana pudiera reflejarse en un sueño el paulatino despertar provocado por la aparición de nuevos estímulos. Pero sucede que nunca conseguimos mantener nuestro reposo libre de todo estímulo, pues análogamente a los gérmenes de vida de cuya inagotable emergencia se lamentaba Mefistófeles, llegan sin interrupción hasta el sujeto estímulos de las más diversas procedencias: externos, internos y hasta de aquellas regiones de su cuerpo a las que nunca ha prestado la menor atención. De este modo queda el reposo perturbado, y el alma, sacada ora en un punto, ora en otro, de su letargo, funciona un momento con la parte despertada, para volver luego al reposo. Resulta, pues, que el sueño es la reacción — totalmente superflua — a la perturbación del reposo ocasionada por el estímulo.

Mas el designar el sueño — que de todas maneras continúa siendo un rendimiento del órgano anímico — como un proceso somático, posee aún otro sentido diferente. Se trata de despojarle de la *dignidad* de proceso psíquico. La comparación, muy antigua y empleada del sueño con "los sonidos que los diez dedos de un individuo totalmente profano en música producirían en un piano, recorriendo al azar su

teclado" constituye quizás la descripción más exacta de la apreciación que en la mayoría de los casos ha hallado el rendimiento onírico en los representantes de las ciencias exactas. En esta concepción se convierte el sueño en algo totalmente ininterpretable, pues no es posible que recorriendo al azar el teclado improvise el profano en música composición alguna.

Contra esta teoría de la vigilia parcial se han elevado, desde un principio, numerosas objeciones. Así, Burdach escribía en 1830: "Con la afirmación de que el sueño es una vigilia parcial, no se explica, en primer lugar, ni el reposo ni la vigilia, y en segundo, no se dice sino que algunas fuerzas del alma actúan en el sueño mientras otras reposan. Pero esta desigualdad tiene efecto durante toda la vida..." (Página 483).

En la teoría dominante que ve en el sueño un proceso "somático", se apoya una muy interesante concepción de los sueños desarrollada por Robert en 1866 y que posee el atractivo de atribuir al fenómeno onírico una función y un resultado útil. Toma este autor como base de su teoría, dos hechos comprobados, de los que ya tratamos al ocuparnos del material onírico: la frecuencia con que en nuestros sueños se incluyen las impresiones diurnas más secundarias y lo raramente que soñamos con lo que más nos ha interesado en nuestra vida diurna. Robert afirma categóricamente: "Aquellas cosas que hemos pensado con detenimiento y hasta asimilarlas no se constituyen jamás en estímulos oníricos, sino tan sólo aquellas otras que permanecen inacabadas en nuestro espíritu o sólo lo han rozado fugitivamente" (página 10). "Por esta razón no podemos explicarnos la mayoría de nuestros sueños, pues las causas que los originan son precisamente aquellas *impresiones sensoriales diurnas de las que el sujeto no ha llegado a adquirir un suficiente conocimiento*". Para que una impresión pueda llegar a incluirse en un sueño, es, por lo tanto, necesario, que su elaboración haya quedado perturbada o que por ser demasiado insignificante no haya podido aspirar siquiera a una tal elaboración.

Robert se representa al sueño "como un proceso somático de segregación que llega al conocimiento en su fenómeno de reacción espiritual". *Los sueños son segregaciones de pensa-*

mientos ahogados en germen. "Un hombre al que se despojase de la facultad de soñar, contraería en poco tiempo una perturbación mental, pues en su cerebro se acumularía una masa de pensamientos inacabados, no terminados de pensar, y de impresiones insignificantes, bajo cuyo peso quedaría ahogado aquello que a título de todo acabado hubiera de ser incorporado a la memoria". De este modo, presta el sueño a la conciencia sobrecargada el servicio de una válvula de seguridad. *Los sueños poseen una fuerza curativa y derivativa.*

Sería equivocado preguntar a Robert cómo por medio del representar onírico puede producirse un deslastre del alma, pues lo que de las dos peculiaridades del material onírico antes citadas, deduce evidentemente este autor, es que durante el reposo se verifica *en algún modo* y como proceso somático, una tal expulsión de las impresiones carentes de valor y que el soñar no es ningún proceso psíquico especial sino únicamente la noticia que de dicha selección obtenemos. Pero no es una segregación lo único que durante la noche se realiza en el alma. El mismo Robert añade que además se lleva a efecto una elaboración de los estímulos del día y que "aquello que de la materia de pensamientos no asimilada resiste a la segregación, es reunido por cadenas de pensamientos tomados de la fantasía, hasta formar una totalidad, e incorporado así a la memoria como una inocua pintura de la fantasía". (pág. 23).

En total contradicción con la teoría dominante se nos muestra en cambio la de Robert por lo que respecta a las fuentes oníricas. Mientras que según la primera, no soñaríamos en absoluto si los estímulos externos e internos no despertaran de continuo nuestra alma, según la teoría de Robert, el impulso a soñar reside en el alma misma, esto es, en su sobrecarga que demanda una derivación. Resulta, pues, por completo consecuente, la conclusión establecida por este autor de que las causas condicionantes del sueño dependientes del estado corporal del sujeto no ocupan sino un lugar secundario y no podrían inducir a soñar, en ningún caso, a un espíritu en el que no existiese previamente materia ninguna para la formación de sueños tomada de la conciencia despierta. Debe concederse únicamente que las imágenes fantásticas que, procedentes de lo más profundo del alma del

sujeto. se desarrollan en sus sueños, pueden ser influídas por los estímulos nerviosos (pág. 41). De este modo, resulta el sueño independiente hasta cierto punto — según Robert — de lo somático. No constituye ciertamente un proceso psíquico ni ocupa lugar ninguno entre los procesos de este género que se desarrollan en nuestra vida despierta, pero es un proceso somático que se desarrolla todas las noches en el aparato de la actividad anímica, y tiene a su cargo una función, la de proteger a este aparato contra una excesiva tensión, o si se nos permite cambiar de comparación, la de limpiar el alma.

Otro autor, Ives Delage, apoya su teoría en estos mismos caracteres del sueño que se hacen patentes en la selección del material onírico, siendo muy instructivo observar cómo por una ligera diferencia en la comprensión de un mismo objeto se llega a un resultado final de un muy distinto alcance.

Delage comenzó por observar en sí propio, con ocasión de la muerte de una persona querida, que no soñamos con aquello que durante el día ha ocupado nuestro pensamiento, o únicamente soñamos con ello cuando empieza a desvanecerse ante nuevos intereses. Sus investigaciones subsiguientes con otras personas le confirmaron la generalidad de este hecho. Una de las observaciones de este autor, que de confirmarse su general exactitud sería muy interesante, se refiere a los sueños de los recién casados: "S'ils ont été fortement épris, presque jamais ils n'ont rêvé l'un de l'autre avant le mariage ou pendant la lune de miel; et s'ils ont rêve d'amour c'est pour être infidéles avec quelque personne indifférente ou odieuse". ¿Pero, entonces, con qué soñamos? Delage reconoce el material que aparece en nuestros sueños como compuesto de fragmentos y restos de impresiones de los últimos días y de un pretérito más lejano. Todo lo que en nuestros sueños emerge y nos inclinamos a considerar al principio como creación de la vida onírica, se nos demuestra, en un más detenido examen, como reproducción ignorada o "souvenir inconscient". Pero este material de representaciones muestra un carácter común: el de proceder de impresiones que han herido más nuestros sentidos que nuestro espíritu o de aquellas otras que sólo un brevísimo instante consiguieron retener nuestra atención.

En esencia, son éstas las dos mismas categorías de impresiones — las secundarias y las no terminadas — que Robert establece, pero Delage orienta diferentemente su ruta mental, opinando que tales impresiones no devienen susceptibles de crear un sueño por ser indiferentes, sino por no haber sido agotadas. También las impresiones secundarias se hallan hasta cierto punto inagotadas y son también, por su naturaleza de nuevas impresiones, "autant de ressorts tendus" que se distenderán durante el sueño. Una impresión intensa, intencionadamente rechazada o cuya elaboración haya quedado detenida casualmente, tendrá mucho más derecho a desempeñar un papel en el sueño, que otra más débil y casi inadvertida. La energía psíquica almacenada durante el día a consecuencia de la represión deviene por la noche el resorte del sueño. En éste se exterioriza lo psíquico reprimido (1).

Desgraciadamente, las deducciones de Delage se interrumpen al llegar a este punto, y así, no puede asignar en el sueño a una actividad psíquica independiente sino el más insignificante papel. Con esto, queda agregada su concepción del fenómeno onírico a la teoría dominante del reposo parcial del cerebro: "En somme, le rêve est le produit de la pensée errante, sans but et sans direction, se fixant succesivement sur les souvenirs, qui ont gardé assez d'intensité pour se placer sur sa route et l'arrêter au passage, établissant entre eux un lien tantôt faible et indécis, tantôt plus fort et plus serré selon que l'activité actuelle du cerveau est plus ou moins abolie par le sommeil".

3. En un tercer grupo podemos reunir aquellas teorías que adscriben al alma soñadora la facultad de realizar determinadas funciones psíquicas que la vigilia no puede llevar a cabo o sólo muy incompletamente. Del empleo de estas facultades es deducida, por lo general, una función útil del sueño. A este grupo de teorías pertenecen en su mayoría las desarrolladas por los viejos autores psicológicos, teorías que creo innecesario exponer aquí detalladamente. Me limitaré, pues, a mencionar la observación de Burdach de que el sue-

(1) Idénticamente se expresa el poeta Anatole France (Le Lys rouge): Ce que nous voyons la nuit, ce sont les restes malheureux de ce que nous avons négligé dans la veille. Le rêve est souvent la revanche des choses qu'on méprise ou le reproche des êtres abandonnés.

ño "es aquella actividad natural del alma que no se halla limitada por el poder de la individualidad y no es perturbada por una conciencia de sí misma ni dirigida por una autodeterminación, sino que constituye la vitalidad contingente del punto central sensible" (pág. 486).

Burdach y otros autores se representan indudablemente este libre uso de las fuerzas propias como un estado en el que el alma se repone y acumula nuevas energías para la labor diurna, esto es, como una especie de vacaciones psíquicas. No es, por lo tanto, de extrañar que el primero cite y adopte en su obra las amables palabras con que el poeta Novalis ensalza la labor del sueño: "Los sueños nos protegen contra la monotonía y la vulgaridad de la existencia. En ellos descansa y se recrea nuestra encadenada fantasía, mezclando sin orden ni concierto todas las imágenes de la vida e interrumpiendo, con un alegre juego infantil, la continua seriedad del hombre adulto. Sin nuestros sueños, envejeceríamos antes. Habremos, pues, de ver en ellos, ya que no un don directo de los cielos, una encantadora facultad y una amable compañía en nuestra peregrinación hacia el sepulcro".

Purkinje (pág 456) acentúa aún más intensamente la actividad tónica y curativa del sueño. "Los sueños productivos facilitarían especialmente estas funciones. Son ligeros juegos de la imaginación, exentos de todo enlace con los sucesos del día. El alma no quiere mantener las tensiones de la vida despierta sino, por lo contrario, suprimirlas y reponerse de ellas. Con este objeto, crea estados contrarios a los de la vigilia. Cura la tristeza con la alegría, los cuidados con esperanzas e imágenes serenas y entretenidas, el odio con el amor y la cordialidad, el temor con el valor y la confianza; suprime las dudas, sustituyéndolas por el convencimiento y la fe y nos presenta cumplido aquello que nos parecía esperar o desear en vano. El reposo cura muchas heridas que la vigilia mantenía constantemente abiertas, cerrándolas o preservándolas de nuevas excitaciones. En este hecho reposa en parte el efecto curativo que el tiempo ejerce sobre nuestros dolores. Todos sentimos que el reposo constituye un beneficio para la vida anímica y la conciencia popular no se deja arrebatar el oscuro presentimiento de que los sueños

son uno de los caminos por los que el reposo prodiga su acción bienhechora".

La tentativa más original y de mayor alcance realizada para explicar el sueño como una especial actividad del alma que sólo en el estado de reposo puede desarrollarse libremente, ha sido la emprendida por Scherner en 1861. El libro de este autor, escrito en un estilo turbio y ampuloso y pleno de un tan cálido entusiasmo por la materia, que si no logra arrastrar consigo al lector tiene necesariamente que disgustarle, ofrece tan grandes dificultades a un análisis, que preferimos limitarnos a transcribir aquí las claras y sintéticas palabras en que Volkelt condensa la teoría en él desarrollada. "Del oscuro conglomerado místico, ampuloso y magnífico, irradia una apariencia de sentido, llena de presentimientos, pero que no nos aclara los caminos mentales del autor". Los mismos partidarios de Scherner comparten este juicio de su obra:

Scherner no pertenece a aquellos autores que hacen continuar al alma, en el sueño, el ejercicio intacto de todas sus facultades. Expone, en efecto, cómo en el fenómeno onírico queda enervada la centralidad, la energía espontánea del Yo, cómo a consecuencia de esta descentralización quedan transformados el conocer, el sentir, el querer y el representar y cómo el residuo de estas fuerzas anímicas no posee un verdadero carácter espiritual, sino únicamente el de un mecanismo. Pero, en compensación, aquella actividad del alma a la que hemos de dar el nombre de *fantasía*, se eleva en el sueño, libre de todo dominio de la razón y con ello de toda norma, a un ilimitado imperio. Toma ciertamente sus materiales de la memoria de la vida despierta, pero construye con ellos algo en absoluto diferente a las formaciones de la vigilia, y se muestra, en el sueño, no solamente *reproductiva* sino *productiva*. Sus peculiaridades prestan a la vida onírica sus especiales caracteres. Muestra una predilección por lo *desmesurado, exagerado y monstruoso*, pero, al mismo tiempo, adquiere, por su emancipación de las categorías mentales contrarias, una mayor agilidad y flexibilidad, y se revela finamente sensible a los más sutiles estímulos psíquicos que determinan nuestro estado de ánimo y a los efectos agitadores, transformando instantáneamente la vida interior en imágenes plásticas exteriores. La fantasía onírica carece de *lengua-*

je abstracto; tiene que representar plásticamente aquello que quiere expresar, y dado que de este modo no pueden los conceptos ejercer una acción debilitante, crea imágenes de intensa y plena plasticidad. Resulta así que su lenguaje, por claro que sea, deviene ampuloso, pesado y torpe. La imprecisión de que además adolece, depende especialmente de la peculiar repugnancia de la fantasía onírica a expresar un objeto por la imagen correspondiente y de su preferencia a escoger otra imagen distinta, en tanto en cuanto le es factible expresar, por medio de la misma, aquella parte, estado o situación que del objeto le interesa, exclusivamente, representar. Esta es la *actividad simbolizante* de la fantasía. Muy importante también es el hecho de que la fantasía onírica no copia los objetos en su absoluta totalidad, sino tan sólo su contorno y aun éste con la mayor libertad. Sus creaciones plásticas muestran, de este modo, algo de inspiración genial. Pero además, la fantasía onírica no se limita a esta mera reproducción del objeto, sino que se ve interiormente obligada a enlazar con él, más o menos estrechamente, el Yo onírico y crear, en esta forma, una acción. Así, el sueño provocado por un estímulo facial nos hace ver, tiradas por la calle, relucientes monedas de oro que vamos recogiendo alegremente.

El material al que la fantasía onírica aplica su actividad artística es, sobre todo, según Scherner, el de los estímulos orgánicos, tan oscuro durante el día. Resulta, pues, que la teoría en exceso fantástica de Scherner y la quizás demasiado tímida de Wundt y otros fisiólogos—totalmente opuestas en general — vienen a coincidir por completo en lo referente a las fuentes y los estímulos del sueño. Pero según la teoría fisiológica, la reacción anímica a los estímulos somáticos internos se limita a la evocación de representaciones a ellos adecuadas, las cuales llaman luego a otras en su auxilio por medio de la asociación, pareciendo quedar terminada con esta fase la serie de los procesos psíquicos del sueño; y en cambio, según Scherner, los estímulos somáticos no proporcionan al alma sino un material que la misma puede poner al servicio de sus propósitos fantásticos. La formación de los sueños no empieza para Scherner sino precisamente en el punto en que se agota a los ojos de los demás.

No puede, de todas maneras, considerarse congruente lo

que la fantasía onírica realiza con los estímulos somáticos. Se permite con ellos un juego burlón, representándose por medio de un símbolo plástico cualquiera, la fuente orgánica de la que proceden, en cada caso, los estímulos. Scherner llega incluso a opinar, sin que en ello le sigan Volkelt y otros, que la fantasía onírica posee una determinada representación favorita para la totalidad de nuestro organismo: la casa. Mas para dicha de sus representaciones, no parece permanecer constante y obligadamente ligada a esta única imagen. Por lo contrario, puede emplear series enteras de casas para designar un solo órgano. Así, largas calles para el estímulo intestinal. Otras veces, quedan representadas partes del cuerpo por detalles aislados de una casa. Así en el sueño provocado por el dolor de cabeza, queda ésta representada por el techo de una habitación que el sujeto ve cubierto de repugnantes arañas semejantes a sapos.

Fuera del simbolismo de la casa, son empleados otros objetos para representar la parte del cuerpo de la que emana el estímulo onírico. "El pulmón y su función anatómica encuentran su símbolo en la estufa encendida y la corriente de aire que en ella se establece; el corazón, en cajones o cestos vacíos, y la vejiga, en objetos redondos en forma de bolsa o sencillamente cóncavos. El sueño provocado por un estímulo emanado de los genitales masculinos hace encontrar al sujeto, en la calle, la boquilla de un clarinete o de una pipa, o también una piel. Los dos primeros objetos evocan aproximadamente la forma del sexo masculino y el último el vello del pubis. En las mujeres queda representada oníricamente la región pubiana por un angosto patio y la vagina por un estrecho sendero, blando y resbaladizo, que lo atraviesa y por el que tiene que pasar la sujeto del sueño para llevar, por ejemplo, una carta dirigida a un hombre. Volkelt (pág. 39). Muy importante es la circunstancia de que al final de un tal sueño de estímulo somático se desenmascara, por decirlo así, la fantasía onírica, presentando en su forma real el órgano estimulador o su función. Así, el sueño provocado por un estímulo dental termina casi siempre con la caída o extracción de una muela o un diente que el sujeto mismo saca de su boca.

Pero la fantasía onírica no dirige exclusivamente su atención a la forma del órgano estimulador, sino que puede tomar asimismo la substancia en él contenida como objeto de la

simbolización. Así, el sueño de estímulo intestinal hace andar al sujeto por calles cubiertas de excrementos y el de estímulo vesical le conduce junto a una rápida corriente de agua. El sueño puede representar simbólicamente el estímulo como tal, la naturaleza de la excitación producida y el objeto al que tiende, o bien hacer entrar al Yo onírico en una relación concreta con las simbolizaciones del estado mismo por el que atraviesa. Así sucede cuando en los sueños provocados por un dolor, luchamos desesperadamente con perros o toros que nos acometen, o cuando en el sueño femenino, de estímulo sexual, se ve perseguida la durmiente por un hombre desnudo. Aparte de la enorme variedad de la representación, hallamos, en todo sueño, como fuerza central, una actividad simbolizante de la fantasía. Volkelt intentó después penetrar en el carácter de esta fantasía y señalar a la actividad psíquica así reconocida un puesto concreto en un sistema filosófico. Pero su obra, muy bella y escrita con cálido entusiasmo, resulta difícil de comprender para aquellos a quienes una previa preparación no ha habituado a desentrañar lo que de realidad oscuramente presentida existe en los abstractos esquemas filosóficos.

La actividad de la fantasía simbolizante no es enlazada por Scherner a una función útil del sueño. El alma juega soñando con los estímulos que se le ofrecen. Pudiera incluso llegarse a suponer que juega caprichosamente con ellos. Mas también pudiera preguntársenos si nuestro detenido examen de la teoría onírica de Scherner, tan arbitraria como opuesta a todas las normas de la investigación, puede resultar de algún provecho. A esto, responderíamos que nos parece injusto rechazarla sin formación de causa, pues se halla basada en las impresiones que los sueños dejaron a un concienzudo y minucioso observador, dotado de una gran capacidad para desentrañar oscuros problemas anímicos. Trata, además de un objeto que durante muchos siglos ha sido considerado por los hombres como un enigma de amplio contenido y múltiples ramificaciones, enigma a cuyo esclarecimiento no ha contribuido la ciencia sino intentando negarle—en completa contradicción con el sentimiento popular—todo contenido e importancia. Por último, queremos declarar honradamente que no parece fácil huir de lo fantástico en la explicación de los sueños y ya conocemos casos en los que se llega a fanta-

sear incluso sobre las células ganglionares. El pasaje antes citado de un investigador tan exacto y concienzudo como Binz, en el que se describe cómo la aurora del despertar va extendiéndose paulatinamente por los dormidos grupos de células de la corteza cerebral, no es menos fantástico ni menos inverosímil que las tentativas de explicación de Scherner. Con respecto a éstas, espero poder demostrar que entrañan algo real, aunque sólo haya sido muy imprecisamente visto y no posea el carácter de generalidad al que debe aspirar una teoría de los sueños. Por lo pronto, la teoría de Scherner nos señala, mostrándose en total contraposición a la teoría médica, los extremos entre los que oscila aún hoy en día el esclarecimiento de la vida onírica.

h) *Relaciones entre el sueño y las enfermedades mentales.*

Aquellos que hablan de las relaciones del sueño con las perturbaciones mentales, pueden referirse a tres cosas: 1.o A relaciones etiológicas y clínicas, cuando un sueño representa o inicia un estado psicótico o queda como residuo del mismo; 2.o A las transformaciones que la vida onírica sufre en los casos de enfermedad mental, y 3.o A relaciones internas entre el sueño y las psicosis, esto es, analogías reveladoras de una afinidad esencial. Estas diversas relaciones entre ambas series de fenómenos han constituído en épocas anteriores de la medicina — y vuelven a constituirlo actualmente — un tema favorito de los autores médicos, como puede verse en la literatura reunida por Spitta, Radestock, Maury y Tissié (1). Recientemente se ha ocupado de ellas Sante de Sanctis. Mas para los fines de nuestra exposición nos bastará con rozar esta importante materia.

Con respecto a las relaciones clínicas y etiológicas entre el sueño y la psicosis, quiero comunicar aquí, a título de paradigmas, las siguientes observaciones: Hohnbaum (citado por Krauss) manifiesta haber comprobado que la primera manifestación de la demencia había sido consecutiva, en muchos casos, a un sueño angustioso y terrible con el que se mostraba relacionada la idea predominante de la perturbación. Sante

(1) Entre los autores que con posterioridad a los citados han tratado de estas relaciones, se encuentran Féré, Ideler, Lasègue, Pichon, Régis, Vespa, Giessler, Kazodowsquy, Pachantoni y otros.

de Sanctis publica análogas observaciones con respecto a los paranoicos, y declara en alguna de ellas al sueño como "la vraie cause déterminante de la folie". La psicosis puede surgir de una vez con el sueño casual que entraña la idea delirante y puede desarrollarse poco a poco por una serie de sueños a los que aún opone el sujeto un estado de duda. En uno de los casos citados por de Sanctis, subsiguieron al sueño inicial leves ataques histéricos y más tarde un estado melancólico-angustioso. Féré (citado por Tissié) comunica un sueño, que tuvo por consecuencia una parálisis histérica. En estas observaciones se nos presenta al sueño como etiología de la perturbación mental, aunque con igual razón podría deducirse de ellas que la perturbación mental se exteriorizó por vez primera en la vida onírica, manifestándose en el sueño. En otros ejemplos, contiene la vida onírica los síntomas patológicos o permanece limitada a ella la psicosis. Así, llama Thomayer la atención sobre determinados sueños de angustia que deben ser considerados como equivalentes de ataques epilépticos. Allison ha descrito casos de locura nocturna (nocturnal insanity) en los que individuos aparentemente sanos durante el día, padecen, durante la noche, alucinaciones, ataques furiosos, etc. Análogas observaciones hallamos en Sante de Sanctis (equivalente onírico paranoico en un alcohólico; voces que acusan a la mujer de infidelidad) y en Tissié. Este último comunica una serie de casos en los que de un sueño se derivaron actos de carácter patológico (presunciones delirantes, impulsos obsesivos). Guislain describe un caso en el que el reposo era sustituído por una locura intermitente.

No cabe duda de que ha de llegar un día en que junto a la psicología de los sueños, ocupará a los médicos una psicopatología de los mismos.

En los casos de curación de una enfermedad mental, se revela con especial claridad el hecho singular de que siendo completamente normal la función diurna, puede perdurar aún la psicosis en la vida onírica. Según Krauss, fué Gregory quien primero hizo notar esta circunstancia. Macario (citado por Tissié) cuenta de un maníaco que revivió en sueños, una semana después de su curación, la fuga de ideas y los apasionados impulsos de su enfermedad.

Sobre las transformaciones que la vida onírica experimenta en las psicosis duraderas no se han emprendido hasta

el momento sino muy escasas investigaciones. En cambio, la íntima afinidad entre el sueño y la perturbación mental que se revela en la amplia coincidencia de los fenómenos respectivos, ha sido estudiada desde muy temprano. Después de Maury trató de ella Cabanis en sus "Rapports du physique et du moral" y tras él, Sélut, J. Moreau y muy especialmente el filósofo Maine de Biran. Pero la idea de establecer una comparación entre ambos estados, es seguramente más antigua. En el capítulo que dedica a este paralelo, incluye Radestock una serie de citas en las que se señalan las analogías entre el sueño y la locura. Kant dice que "el loco es un sujeto que sueña despierto" y Krauss define la locura como "un sueño dentro de la vigilia de los sentidos". Schopenhauer escribe que el sueño es una demencia corta y la demencia un sueño largo. Hagen define el delirio como una vida onírica no producida por el reposo sino por la enfermedad, y Wundt escribe en la "Fisiología psicológica": En realidad, podemos vivir en sueño todos aquellos fenómenos que en los manicomios nos es dado observar".

Spitta enumera las coincidencias en las que se basa esta comparación, en la forma siguiente, muy análoga a la de Maury: "1.a Supresión o retraso de la autoconciencia, y por lo tanto, desconocimiento del estado como tal; así, pues imposibilidad de experimentar asombro y falta de conciencia moral; 2.a Percepción modificada de los órganos sensoriales: disminuída en el sueño y muy elevada, en general, en la locura; 3.a Enlace de las representaciones entre sí, exclusivamente conforme a las leyes de la asociación y la reproducción; así, pues, formación automática de series, y por lo tanto desproporción de las relaciones entre las representaciones (exageraciones, fantasmas); y resultando de todo esto: 4.a Modificación e incluso subversión de la personalidad y a veces de las peculiaridades del carácter (perversiones)".

Radestock agrega aún algunas analogías con relación al material: "Las alucinaciones e ilusiones son en su mayoría visuales o acústicas. En cambio, los sentidos del olfato y del gusto son, como en los sueños, los que menos elementos proporcionan. — En el enfermo febril, surgen con el delirio como en el sujeto de un sueño, recuerdos de un pretérito muy lejano. El durmiente y el enfermo recuerdan cosas que el despierto y el sano parecían haber olvidado". — La analogía en-

tre el sueño y la psicosis adquiere su valor total cuand observamos, que como el parecido de familia, se extiende a los gestos y hasta a determinadas singularidades de la expresión fisonómica.

"El sueño concede al sujeto atormentado por sufrimientos físicos y morales aquello que la realidad le negaba — bienestar y dicha — y del mismo modo, surgen, en los enfermos mentales, las más rientes imágenes de felicidad, poderío, riqueza y suntuosidad. El contenido principal del delirio se halla constituído muchas veces por la imaginada posesión de bienes, o realización de deseos, cuya pérdida, ausencia o negación en la realidad nos dan la razón psíquica de la locura. La madre que ha perdido un hijo querido vuelve a vivir en su delirio, todas las alegrías maternales; el que ha experimentado pérdidas económicas se cree extraordinariamente rico y la joven engañada se ve amada con infinita ternura".

(Este pasaje de Radestock es la síntesis de una sutil exposición de Griesinger (pág. 111), que descubre con toda claridad la *realización de deseos* como un carácter de la representación, común al sueño y a la psicosis. Mis propias investigaciones me han mostrado que en esta hipótesis puede hallarse la clave de una teoría psicológica del sueño y de la psicosis).

"El sueño y la locura se caracterizan principalmente por el barroquismo de las asociaciones y la debilidad del juicio". En ambos fenómenos, hallamos una *exagerada estimación* de rendimientos anímicos propios que nuestro juicio normal considera insensatos; a la *rápida sucesión* de las representaciones oníricas corresponde la *fuga de ideas* de la psicosis. En ambas falta toda *medida* de tiempo. La *disociación que la personalidad* experimenta en la vida onírica, y que por ejemplo, disminuye el conocimiento del sujeto entre su Yo onírico y otra persona ajena, la cual rectifica, en el sueño, al primero, es por completo equivalente a la conocida división de la personalidad en la paranoia alucinatoria; el sujeto del sueño oye también sus propios pensamientos expresados por voces ajenas. Incluso para las ideas delirantes fijas se encuentra una analogía en los sueños patológicos de retorno periódico (rêve obsédant). — Los enfermos curados de un delirio suelen manifestar que todo el período de su dolencia se les aparece como un sueño a veces nada desagradable, e incluso que aun durante la enfermedad misma sospecharon, en oca-

siones, hallarse soñando, como con gran frecuencia sucede al durmiente.

Después de todo esto, no es de extrañar que Radestock concrete su opinión y la de otros muchos autores, manifestando que "la locura, anormal fenómeno patológico, debe ser considerada como una intensificación periódica del estado onírico normal" (pág. 228).

En la etiología, o mejor aún, en las fuentes de excitación, ha intentado fundar Krauss, quizá más íntimamente de lo que la analogía de los fenómenos perceptibles al exterior lo permite, la afinidad entre el sueño y la locura. El elemento fundamental común es, según él, la *sensación orgánicamente condicionada*, esto es, la sensación de los estímulos somáticos o sensación orgánica general constituída por aportaciones de todos los órganos (cf. Peisse citado por Maury [pág. 52]).

La coincidencia entre el sueño y la perturbación mental, indiscutible y que se extiende hasta detalles característicos, es uno de los más firmes sostenes de la teoría médica de la vida onírica, según la cual el sueño no es sino un proceso inútil y perturbador y la manifestación de una actividad anímica deprimida. Sin embargo, no habremos de esperar que las perturbaciones mentales nos procuren la explicación definitiva de los sueños, pues nuestro conocimiento de dichas perturbaciones es aún muy poco satisfactorio. En cambio, es muy verosímil que una nueva concepción de la vida onírica influya en nuestras opiniones sobre el mecanismo interno de las perturbaciones mentales, y de este modo, podemos afirmar que al esforzarnos en esclarecer el enigma de los sueños, laboramos también en el esclarecimiento de las psicosis.

Creo necesario justificar por qué no he continuado mi exposición de la literatura existente sobre los sueños con la publicada en el período transcurrido desde la primera edición de la presente obra hasta el momento actual. Ignoro si las razones que para justificar tal omisión puedo aducir parecerán suficientes al lector, pero lo cierto es que fueron las que determinaron mi conducta. Con la introducción que precede, quedaban plenamente cumplidos los propósitos que me lleva-

ron a iniciar mi estudio con una exposición de la literatura onírica, y la prosecución de este trabajo hubiera exigido una larga y penosa labor no compensada por utilidad ninguna real. En efecto, durante los nueve años transcurridos a partir de la primera edición de mi libro, no ha surgido ningún punto de vista que haya traído consigo algo nuevo o valioso para la concepción de los sueños. Mi trabajo no ha sido siquiera citado en la mayoría de las publicaciones posteriores, y naturalmente, donde menos interés ha despertado, ha sido entre los investigadores especializados en estas materias, los cuales han dado un brillante ejemplo de la repugnancia propia de los hombres de ciencia a aprender algo nuevo. "Les savants ne son pas curieux", ha dicho Anatole France, el fino ironista. Así, pues, si en la ciencia hay un derecho a la venganza, estaría justificado que a mi vez despreciara la literatura aparecida después de mi libro. Por otro lado, los pocos críticos que en los periódicos científicos se han ocupado de mi obra, han revelado tanta incomprensión que no les puedo contestar sino invitándoles a leerla de nuevo, o mejor, simplemente, a leerla.

En los trabajos de aquellos médicos que se han decidido a emplear la terapéutica psicoanalítica, y en otros varios, han sido publicados e interpretados, conforme a mi procedimiento, muchos sueños. Al revisar la presente edición he incorporado a los capítulos correspondientes aquello que en tales trabajos iba más allá de una simple confirmación de mis observaciones. Por último, un índice bibliográfico, que al final incluyo, contiene las publicaciones más interesantes aparecidas con posterioridad a la edición primitiva. La extensa obra de Sante de Sanctis sobre los sueños, traducida al alemán poco después de su aparición, vió la luz casi al mismo tiempo que mi "Interpretación de los sueños", de manera que ni yo pude tener noticia anterior de ella ni tampoco el autor italiano de la mía. Desgraciadamente, el aplicado trabajo de Sante de Sanctis es tan pobre en ideas que no deja siquiera sospechar la posibilidad de los problemas por mí tratados.

No puedo mencionar sino dos obras en las que que el problema de los sueños aparece tratado en forma análoga a la mía. Un filósofo contemporáneo, H. Swoboda, que ha emprendido la labor de extender a lo psíquico la periodicidad biológica (en series de veintitres y veintiocho días) descubier-

ta por W. Fliess, ha intentado resolver con esta clave, entre otros enigmas, el de los sueños en un escrito de amplia fantasía (1). Pero asigna al fenómeno onírico una importancia menor de la que posee, explicando su contenido por la reunión de todos aquellos recuerdos que en la noche correspondiente, completan por primera o enésima vez uno de los períodos biológicos. Una comunicación personal del autor me hizo suponer, al principio, que él mismo no trataba de defender seriamente esta teoría. Pero parece que me he equivocado al deducir tal conclusión. Mucho más satisfactorio para mí fué el hallazgo casual, en un lugar totalmente inesperado, de una concepción de los sueños, cuyo nódulo coincidía en absoluto con el de mi teoría. Descartada, por medio de una simple comparación de fechas, toda posibilidad de una influencia ejercida por la lectura de mi obra, debo reconocer aquí el único caso de coincidencia de un pensador independiente con la esencia de mi teoría de los sueños. El libro en el que se halla esta concepción de la vida onírica, se publicó, en segunda edición, en 1900, ostenta el título de "Fantasías de un realista" y lleva la firma de Lynkeus.

APENDICE (1914)

La justificación que antecede fué escrita en 1909. Desde esta fecha han variado mucho las cosas. Mi aportación a la interpretación de los sueños no es omitida ya en los nuevos trabajos sobre esta materia. Pero la nueva situación me hace imposible continuar la información precedente. La "Interpretación de los sueños" ha hecho surgir toda una serie de nuevos problemas y afirmaciones que han sido muy diversamente discutidos, y como es lógico, no puedo analizar los trabajos de esta índole hasta haber desarrollado aquellas de mis opiniones a que los autores se refieren. De lo que en esta literatura me ha parecido más valioso, trato en los capítulos de la presente edición

(1) H. Swoboda. Die Perioden des menschlichen Organismus, año 1904.

II

EL METODO DE LA INTERPRETACION ONIRICA. EJEMPLO DE ANALISIS DE UN SUEÑO

El título dado a la presente obra revela ya a qué concepción de la vida onírica intenta incorporarse. Me he propuesto demostrar que los sueños son susceptibles de interpretación y mi estudio tenderá, con exclusión de todo otro propósito, hacia este fin, aunque claro está que en el curso de mi labor podrán surgir, accesoriamente, interesantes aportaciones al esclarecimiento de los problemas oníricos señalados en el capítulo anterior. La hipótesis de que los sueños son interpretables me sitúa ya enfrente de la teoría onírica dominante e incluso de todas las desarrolladas hasta el día, excepción hecha de la de Scherner, pues "interpretar un sueño" quiere decir indicar su "sentido", o sea sustituirlo por algo que pueda incluirse en la concatenación de nuestros actos psíquicos como un factor de importancia y valor equivalentes a los demás que la integran. Pero como ya hemos visto, las teorías científicas no dejan lugar alguno al planteamiento de este problema de la interpretación de los sueños, no viendo en ellos un acto anímico, sino un proceso puramente somático, cuyo desarrollo se exterioriza en el aparato psíquico por medio de determinados signos. En cambio, la opinión profana se ha manifestado siempre en un sentido opuesto. Haciendo uso de su perfecto derecho a la inconsecuencia, no puede resolverse a negar a los sueños toda significación, aunque reconoce que son incomprensibles y absurdos, y guiada por un oscuro presentimiento, se inclina a aceptar que poseen un sentido, si bien oculto, a título de sustitutivos de un diferente proceso mental. De este modo, todo quedaría reducido a desentrañar acertadamente la sustitución y penetrar así hasta el significado oculto.

En consecuencia, la opinión profana se ha preocupado siempre de "interpretar" los sueños, intentándolo por dos pro-

cedimientos esencialmente distintos. El primero toma el contenido de cada sueño en su totalidad y procura sustituirlo por contenido comprensible y análogo en ciertos aspectos. Es ésta, la interpretación *simbólica* de los sueños, que naturalmente, fracasa en todos aquellos que a más de incomprensibles, se muestran embrollados y confusos. La historia bíblica nos da un ejemplo de este procedimiento en la interpretación dada por José al sueño del Faraón. Las siete vacas gordas, sucedidas por otras siete flacas, que devoraban a las primeras, constituye una sustitución simbólica de la predicción de siete años de hambre que habrían de consumir la abundancia que otros siete de prósperas cosechas produjeran en Egipto. La mayoría de los sueños artificiales creados por los poetas, se hallan destinados a una tal interpretación, pues reproducen el pensamiento concebido por el autor, bajo un disfraz correspondiente a los caracteres que de los sueños nos son conocidos por experiencia personal (1). Un resto de la antigua creencia en la significación profética de los sueños perdura aún en la opinión popular de que se refieren principalmente al porvenir anticipando su contenido, y de este modo, el sentido descubierto por medio de la interpretación simbólica es generalmente transferido a un futuro más o menos lejano.

Naturalmente, no es posible indicar norma alguna para llevar a cabo una tal interpretación simbólica. Esta depende tan sólo del ingenio y de la inmediata intuición del interpretador, razón por la cual pudo elevarse la interpretación por medio de símbolos a la categoría de arte para el que se precisaba una especial aptitud (2). En cambio, el segundo de los

---

(1) En una novela de W. Jensen —la "Gradiva"— descubrí casualmente varios sueños artificiales tan perfectamente construídos e interpretables como si en lugar de constituir una libre creación poética hubieran sido realmente soñados. Interrogado, declaró el autor ignorar por completo mis teorías. Esta coincidencia entre mis investigaciones y la creación poética ha sido utilizada por mí como demostración de la exactitud de mi análisis onírica. (Véase "El delirio y los sueños en la "Gradiva", de W. Jensen"; en otro tomo de estas "Obras completas".)

(2) Manifiesta Aristóteles, que el mejor onirocrítico será aquel que con mayor facilidad vea las analogías; pues las imágenes oníricas aparecen, como las reflejadas en el agua, desfiguradas y dislocadas por el movimiento, y acertará mejor aquel que sepa reconocer lo que verdaderamente representan (Buechsenschuetz, pág. 65).

métodos populares a que antes aludimos se mantiene muy lejos de semejantes aspiraciones. Pudiéramos calificarlo de "*método descifrador*", pues considera el sueño como una especie de escritura secreta en la que cada signo puede ser sustituído, mediante una clave prefijada, por otro de significación conocida. Si, por ejemplo, hemos soñado con una "carta" y luego con un "entierro" y consultamos una de las popularísimas "claves de los sueños", hallaremos que debemos sustituir "carta" por "disgusto" y "entierro" por "esponsales". A nuestro arbitrio queda después construir, con las réplicas halladas, un todo coherente que habremos también de transferir al futuro. En el libro de Artemidoro de Dalcis (1) sobre la interpretación de los sueños, hallamos una curiosa variante de este "método descifrador" que corrige, en cierto modo, su carácter de mera traducción mecánica. Consiste tal variante en atender no sólo al contenido del sueño, sino a la personalidad

---

(1) Artemidoro de Dalcis, nacido probablemente a principios del siglo II de nuestra era, nos ha transmitido en su obra un concienzudo y completo estudio de la interpretación onírica en el mundo greco-romano. Como ya lo observa The. Gomperz, se esfuerza en basar dicha interpretación en la observación y experiencia, y trata de separar su arte de otros engañosos y arbitrarios. El principio en el que basa su método de interpretación es, según la exposición de Gomperz, idéntico al de la magia, o sea el principio de la asociación. Un objeto onírico significa aquello cuyo recuerdo despierta en el interpretador. De aquí una inevitable fuente de arbitrariedad e incertidumbre, pues el elemento onírico puede despertar, simultáneamente, en el interpretador, el recuerdo de varias cosas distintas o recordar una diferente a cada onirocrítico. La técnica que en los capítulos que siguen habré de exponer, se diferencia de ésta en un punto esencial, el de confiar al propio sujeto del sueño el trabajo de interpretación, no atendiendo sino a lo que al mismo se le ocurre sobre cada elemento onírico y no a lo que al intérprete pudiera ocurrírsele.—Según recientes comunicaciones del misionero Tfinkdjt Anthropos, 1913), también los modernos onirocríticos orientales conceden una amplia importancia a la colaboración del sujeto. Así, hablando de los intérpretes de sueños entre los árabes mesopotámicos, nos dice: "Pour interprêter exactement un songe, les oniromanciens les plus habiles s'informent de ceux qui les consultent de toutes les circonstances qu'ils regardent nécessaires pour la bonne explication... En un mot, nos oniromanciens ne laissent aucune circonstance leur échapper et ne donnent l'interprétation desireé avant d'avoir parfaitement saisi et reçu toutes les interrogations desirables." Entre estas preguntas incluyen siempre las encaminadas a procurarse precisos datos

y circunstancias del sujeto, de manera que el mismo elemento onírico tendrá para el rico, el casado o el orador diferente significación que para el pobre, el soltero o, por ejemplo, el comerciante. Lo esencial de este procedimiento es que la labor de interpretación no recae sobre la totalidad del sueño, sino, separadamente, sobre cada uno de los componentes de su contenido, como si el sueño fuese un conglomerado en el que cada fragmento exige una especial determinación. Los sueños incoherentes y confusos son con seguridad los que han incitado a la creación del método descifrador (1).

De la imposibilidad de utilizar cualquiera de los dos métodos populares reseñados, en un estudio científico de la interpretación de los sueños, no cabe dudar un solo instante. El método simbólico es de aplicación limitada y nada susceptible de una exposición general. En el "descifrador", dependería todo de que pudiésemos dar crédito a la "clave" o "libro de los sueños", cosa para la que carecemos de toda garantía. Así, pues, parece que deberemos inclinarnos a dar la razón a los filósofos y psiquiatras y a prescindir con ellos del pro-

---

sobre las personas más próximas al sujeto (padres, esposa, hijos), así como la fórmula típica: "¿Habistine in hac nocte copulam conyugalem ante vel post somnium?"—"L'idée dominante dans l'interpretation des songes consiste á expliquer le réve par son opposé."

(1) El Dr. A. Robitsek me ha hecho observar que los "libros de los sueños" orientales, de los que no son los nuestros sino una lamentable caricatura, efectúan casi siempre la interpretación guiándose por la similicadencia o analogía de las palabras. Estas afinidades se han perdido, naturalmente, en la traducción, y a ello obedece lo arbitrario e inexplicable de las sustituciones que nuestras "claves de los sueños" nos proponen.—Los trabajos de Hugo Winkler contienen una amplia información sobre esta extraordinaria importancia de los juegos de palabras en las antiguas civilizaciones orientales. El más bello ejemplo de una antigua interpretación onírica, que hasta nosotros ha llegado, se basa en uno de tales juegos de palabras. He aquí cómo Artemidoro lo refiere: "Acertadísima, a mi juicio, fué la interpretación dada por Aristandro a un sueño de Alejandro Magno. Preocupado éste por la tenaz resistencia que le oponía la ciudad de Tiro, a la que tenía sitiada, tuvo un sueño en el que vió a un sátiro bailando sobre su escudo. Aristandro se hallaba casualmente en las cercanías de Tiro, incorporado al séquito del monarca, que guerreaba contra los sirios. Dividiendo la palabra "satyros" en **Sa** y **Tiros**, dió alientos al rey para insistir con mayor energía en su empeño hasta conseguir apoderarse de la ciudad'." (**Sa — Tiros = tuya es Tiro.**)—De todos modos, se hallan los sueños tan ligados a la expresión verbal,

blema de la interpretación onírica, considerándolo como puramente imaginario y ficticio (1).

Mas por mi parte, he llegado a un mejor conocimiento. Me he visto obligado a reconocer que se trata, nuevamente, de uno de aquellos casos, nada raros, en los que una antiquísima creencia popular, hondamente arraigada, parece hallarse más próxima a la verdad objetiva que los juicios de la ciencia moderna. Debo pues, afirmar, que los sueños poseen, realmente, un significado y que existe un procedimiento científico de interpretación onírica a cuyo descubrimiento me ha conducido el proceso que sigue:

Desde hace muchos años, me vengo ocupando, guiado por intenciones terapéuticas, de la solución de ciertos productos psicopatológicos, tales como las fobias histéricas, las representaciones obsesivas, etc. A esta labor hubo de incitarme la importante comunicación de J. Breuer, de que la solución de estos productos, sentidos como síntomas patológicos, equivale a su supresión (2). En el momento en que conseguimos referir una de tales representaciones patológicas a los elementos que provocaron su emergencia en la vida anímica del enfermo, logramos hacerla desaparecer, quedando el sujeto libre de ella. Dada la impotencia de nuestros restantes esfuerzos terapéuticos, y ante el enigma de estos estados, me pareció atractivo continuar el camino iniciado por Breuer hasta llegar a un completo esclarecimiento, no obstante las grandes dificultades que a ello se oponían. En otro lugar expondré detalladamente cómo la técnica del procedimiento fué perfeccio-

---

que Ferenczi observa justificadamente que cada lengua tiene su idioma onírico propio. Los sueños son, pues, en general, intraducibles a un idioma distinto del del sujeto, y por esta razón opinaba yo que también lo sería el presente libro. No obstante, el Dr. A. A. Brill ha logrado llevar a cabo una versión inglesa (Londres, 1913, George Allen) y los psicoanalistas, Dres. Hollos y Ferenczi, han emprendido la tarea de verterlo al húngaro (1918).

(1) Con posterioridad a la redacción de la presente obra, ha llegado a mi conocimiento un trabajo de Stumpf, coincidente con mis teorías en el propósito de demostrar que los sueños poseen un sentido interpretable. Pero la interpretación se realiza por medio de un simbolismo alegórico y carece de alcance general.

(1) Breuer y Freud, "Studien ueber Hysterie", Viena, 1895. —(**Nota del Editor**). La colaboración de Freud en los "Estudios sobre la histeria" se publicará en estas "Obras completas".

nándose hasta su forma actual, y cuáles han sido los resultados de mi labor. La interpretación de los sueños surgió en el curso de estos trabajos psicoanalíticos. Mis pacientes, a los que comprometía a referirme todo lo que con respecto a un tema dado se les ocurriera, me relataban también sus sueños, y hube de comprobar que un sueño puede hallarse incluído en la concatenación psíquica que puede perseguirse retrocediendo en la memoria del sujeto a partir de la idea patológica. De aquí a considerar los sueños como síntomas patológicos y aplicarles el método de interpretación para ellos establecido, no había más que un paso.

La realización de esta labor exige una cierta preparación psíquica del enfermo. Dos cosas perseguimos en él: una intensificación de su atención sobre sus percepciones psíquicas y una exclusión de la crítica con la que acostumbra a seleccionar las ideas que en él emergen. Para facilitarle concentrar toda su atención en la labor de autoobservación es conveniente hacerle cerrar los ojos y adoptar una postura descansada. El renunciamiento a la crítica de los productos mentales percibidos, habremos de imponérselo expresamente. Le diremos, por lo tanto, que el éxito de la psicoanálisis depende de que respete y comunique todo lo que atraviese su pensamiento y no se deje llevar a retener unas ocurrencias por creerlas insignificantes o faltas de conexión con el tema dado y otras por parecerle absurdas o desatinadas. Habrá de mantenerse en una perfecta imparcialidad con respecto a sus ocurrencias, pues la crítica que sobre las mismas se halla habituado a ejercer es precisamente lo que le ha impedido hasta el momento hallar la buscada solución del sueño, de la idea obsesiva, etc.

En mis trabajos psicoanalíticos he observado que la disposición de ánimo del hombre que reflexiona es totalmente distinta de la del que observa sus procesos psíquicos. En la reflexión entra más intensamente en juego una acción psíquica que en la más atenta autoobservación, diferencia que se revela en la tensión que expresa la fisonomía del hombre que reflexiona, contrastando con la serenidad mímica del autoobservador. En ambos casos, tiene que existir una concentración de la atención, pero el sujeto sumido en la reflexión, ejercita, además, una crítica, a consecuencia de la cual rechaza una parte de las ocurrencias emergentes después de percibirlas,

interrumpe otras en el acto, negándose a seguir los caminos que abren a su pensamiento, y reprime otras antes de que hayan llegado a la percepción, no dejándolas devenir conscientes. En cambio, el autoobservador no tiene que realizar más esfuerzo que el de reprimir la crítica, y si lo consigue, acudirá a su conciencia una infinidad de ocurrencias que de otro modo hubieran permanecido inaprehensibles. Con ayuda de estos nuevos materiales conseguidos para la autopercepción, se nos hace posible llevar a cabo la interpretación de las ideas patológicas y de los productos oníricos. Como vemos, se trata de provocar un estado que tiene común con el de adormecimiento anterior al reposo — y seguramente también con el hipnótico — una cierta analogía en la distribución de la energía psíquica (de la atención móvil). En el estado de adormecimiento, surgen las "representaciones involuntarias" por el relajamiento de una cierta acción voluntaria — y seguramente también crítica — que dejamos actuar sobre el curso de nuestras representaciones, relajamiento que solemos atribuir a la "fatiga". Estas representaciones involuntarias emergentes se transforman en imágenes visuales y acústicas. (Cf. las observaciones de Schleiermacher y otros autores, incluídas en el capítulo anterior) (1). En el estado que provocamos para llevar a cabo el análisis de los sueños y de las ideas patológicas, renuncia el sujeto, intencionada y voluntariamente, a aquella actividad crítica y emplea la energía psíquica ahorrada, o parte de ella, en la atenta persecución de los pensamientos emergentes, los cuales conservan ahora su carácter de representaciones. *De este modo, se convierte a las representaciones "involuntarias" en "voluntarias".*

Para muchas personas no parece ser fácil adoptar esta disposición a las ocurrencias "libremente emergentes" en apariencia y renunciar a la crítica que sobre ellas ejercen en todo otro caso. Los "pensamientos involuntarios" acostumbran a desencadenar una violentísima resistencia que trata de impedirles emerger. Si hemos de dar crédito a F. Schiller, nuestro gran filósofo poeta, es también una tal disposición, condición de la producción poética. En una de sus cartas a Koerner,

(1) H. Silverer ha deducido de la observación directa de esta transformación de las representaciones en imágenes visuales, importantes aportaciones a la interpretación onírica. (Jahrbuch der Psychoanalyse I y II, 1909 y sig.).

cuidadosamente estudiadas por Otto Rank, escribe Schiller, contestando a las quejas de su amigo sobre su falta de productividad: "El motivo de tus quejas reside, a mi juicio, en la coerción que tu razón ejerce sobre tus facultades imaginativas. Expresaré mi pensamiento por medio de una comparación plástica. No parece ser provechoso para la obra creadora del alma, el que la razón examine demasiado penetrantemente y en el mismo momento en que llegan ante la puerta, las ideas que van acudiendo. Aisladamente considerada, puede una idea ser harto insignificante o aventurada, pero es posible que otra posterior la haga adquirir importancia o que uniéndose a otras tan insulsas como ella, forme un conjunto nada despreciable. — La razón no podrá juzgar nada de esto si no retiene las ideas hasta poder contemplarlas unidas a las posteriormente surgidas. En los cerebros creadores, sospecho que la razón ha retirado su vigilancia de las puertas de entrada; deja que las ideas se precipiten "pêle-mêle" al interior, y entonces es cuando advierte y examina el considerable montón que han formado. — Vosotros, los señores críticos, o como queráis llamaros, os avergonzáis o asustáis del desvarío propio de todo creador original y cuya mayor o menor duración distingue al artista pensador del soñador. De aquí la esterilidad de que os quejáis. Rechazáis demasiado pronto las ideas y las seleccionáis con excesiva severidad". (Carta del 1.o de Diciembre de 1788).

Sin embargo, una tal adopción del estado de autoobservación exenta de crítica, o como escribe Schiller, la "supresión de la vigilancia a las puertas de la conciencia", no es nada difícil. La mayoría de los pacientes la consiguen a la primera indicación, y yo mismo la logro perfectamente cuando en el análisis de fenómenos propios voy redactando por escrito mis ocurrencias. El montante de energía en el que de este modo se disminuye la actividad psíquica y con el que se puede elevar la intensidad de la autoobservación, oscila considerablemente según el tema sobre el que la atención debe recaer.

Los primeros ensayos de aplicación de este procedimiento nos enseñan que el objeto sobre el que hemos de concentrar nuestra atención, no es el sueño en su totalidad, sino, separadamente, cada uno de los elementos de su contenido. Si a un paciente aún inexperimentado, le preguntamos qué se le ocurre

con respecto a un sueño, no sabrá aprehender nada en su campo de visión espiritual. Tendremos, pues, que presentarle el sueño fragmentariamente, y entonces producirá, con relación a cada elemento, una serie de ocurrencias que podremos calificar de "segundas intenciones" de aquella parte del sueño. En esta primera condición importantísima se aparta ya, como vemos, nuestro procedimiento de interpretación onírica, del método popular, histórica y fabulosamente famoso, de la interpretación por medio del simbolismo, y se acerca, en cambio, al otro de los métodos populares, o sea al de la "clave". Como este último, constituye una interpretación "en detail" y no "en masse" y ve en los sueños, desde un principio, algo complejo, un conglomerado de productos psíquicos.

En el curso de mis psicoanálisis de individuos neuróticos he llegado a interpretar muchos millares de sueños, pero es éste un material que no quisiera utilizar aquí para la introducción a la técnica y a la teoría de la interpretación onírica. Aparte de la probable objeción de que se trataba de sueños de neurópatas, que no autorizaban deducción alguna sobre los del hombre normal, existe otra razón que me aconseja prescindir de dicho material. El tema sobre el que tales sueños recaen, es siempre, naturalmente, la enfermedad del sujeto, y de este modo habríamos de anteponer a cada análisis una extensa información preliminar y un esclarecimiento de la esencia y condiciones etiológicas de las psiconeurosis, cuestiones tan nuevas y singulares que desviarían nuestra atención de los problemas oníricos. Mi propósito es, por lo contrario, crear, con la solución de los sueños, una labor preliminar para la de los más intrincados problemas de la psicología de las neurosis. Mas si renuncio a los sueños de los neuróticos, que constituyen la parte principal del material por mí reunido, no podré ya aplicar a la parte restante un severo criterio de selección. Sólo me quedan aquellos sueños que me han sido ocasionalmente relatados por personas de mi amistad y los que a título de paradigmas aparecen incluídos en la literatura de la vida onírica. Pero ninguno de tales sueños ha sido sometido al análisis, sin el cual no me es posible hallar su sentido. Mi procedimiento no es tan cómodo como el del popular método "descifrador", que traduce todo contenido onírico dado, conforme a una clave fija. Por lo contrario, sé que un mismo sueño puede presentar diferentes sentidos, según

quien lo sueñe o el estado individual al que se relacione. De este modo, se me imponen mis propios sueños como el material de que mejor puedo hacer uso en esta exposición, pues reúne las condiciones de ser suficientemente amplio, proceder de una persona aproximadamente normal y referirse a las más diversas circunstancias de la vida diurna. Seguramente se me objetará que tales "autoanálisis" carecen de una firme garantía y que en ellas queda abierto el campo a la arbitrariedad. A mi juicio, carece esta objeción de fundamento y se desarrolla la autoobservación en circunstancias más favorables, que las que presiden a la observación de una persona ajena, pero aunque así no fuese, siempre sería lícito tratar de averiguar hasta qué punto podemos avanzar en la interpretación de los sueños por medio del autoanálisis. Muy otras son las dificultades que se oponen a una tal empresa. Habré, en efecto, de dominar enérgicas resistencias interiores: la comprensible aversión a comunicar intimidades de mi vida anímica y el temor a que los extraños las interpreten equivocadamente. Pero es preciso sobreponerse a todo esto: "Tout psychiatre — escribe Delboeuf — est obligé de faire l'aveu même de ses faiblesses s'il croit par lá jeter du jour sur quelque probléme obscur". Asimismo, debo esperar que el lector habrá de sustituir la curiosidad inicial que le inspiren las indiscreciones que me veo obligado a cometer, por un interés exclusivamente orientado hacia la comprensión de los problemas psicológicos que de este modo quedarán esclarecidos.

Escogeré, pues, uno de mis sueños y explicaré en él, prácticamente, mi procedimiento de interpretación. Cada uno de estos sueños precisa de una información preliminar. Habré de rogar al lector haga suyos durante algún tiempo, mis intereses y penetre atentamente conmigo en los más pequeños detalles de mi vida, pues el descubrimiento del oculto sentido de los sueños exige imperiosamente una tal transferencia.

Información preliminar: A principios del verano de 1895, sometí al tratamiento psicoanalítico a una señora joven, a la que tanto yo como todos los míos profesábamos una cariñosa amistad. La mezcla de esta relación amistosa con la profesional, constituye siempre para el médico — y mucho más para el psicoterapeuta — un inagotable venero de inquietudes. Su interés personal aumenta y, en cambio, disminuye su autoridad. Un fracaso puede enfriar la antigua amistad

que le une a los familiares del enfermo. En este caso, terminó la cura con un éxito parcial: la paciente quedó libre de su angustia histérica, pero no de todos sus síntomas somáticos. No me hallaba yo, por aquel entonces, completamente seguro del criterio que debía seguirse para dar un fin definitivo al tratamiento de una histeria, y propuse a la paciente una solución que le pareció inaceptable. Llegada la época del veraneo, hubimos de interrumpir el tratamiento en un tal desacuerdo—. Así las cosas, recibí la visita de un joven colega y buen amigo mío, que había visto a Irma — mi paciente — y a su familia, en su residencia veraniega. Al preguntarle yo cómo había encontrado a la enferma, me respondió: "Está mejor, pero no del todo". Sé que estas palabras de mi amigo Otto, o quizás el tono en que fueron pronunciadas me irritaron. Creí ver en ellas el reproche de haber prometido demasiado a la paciente y atribuí — con razón o sin ella — la supuesta actitud de Otto en contra mía, a la influencia de los familiares de la enferma, a los que sospechaba de no ver con buenos ojos el tratamiento. De todos modos, la penosa sensación que las palabras de Otto despertaron en mí no se me hizo muy clara ni precisa y me abstuve de exteriorizarla. Aquella misma tarde redacté por escrito el historial clínico de Irma con el propósito de enviarlo — como para justificarme — al doctor M., entonces la personalidad que solía dar el tono en nuestro círculo. En la noche inmediata (más bien a la mañana) tuve el siguiente sueño, que senté por escrito al despertar y que es el primero que sometí a una minuciosa interpretación:

Sueño del 23-24 de julio de 1895

Un amplio "hall"—muchos invitados, a los que recibimos.—Entre ellos, Irma, a la que me acerco en seguida para contestar sin pérdida de momento a su carta y reprocharla no haber aceptado aún la "solución". Le digo: "Si todavía tienes dolores, es exclusivamente por tu culpa".—Ella me responde: "¡Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago! ¡Siento una opresión...!"—Asustado,

la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizás me haya pasado inadvertido algo orgánico. La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerla la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran a hacerlo, en estos casos, las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita.—Por fin, abre bien la boca y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda la de los cornetes de la nariz.— Apresuradamente, llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento .. El doctor M. presenta un aspecto muy diferente del acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba... Mi amigo Otto se halla ahora a su lado y mi amigo Leopoldo percute a Irma, por encima de la blusa y dice: "Tiene una zona de macidez abajo a la izquierda y una parte de la piel, infiltrada en el hombro izquierdo (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido...) M. dice: "No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado: sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno..." Sabemos también, inmediatamente, de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propil, propilena... ácido propiónico... trimetilamina (cuya fórmula veo impresa en gruesos caracteres)... No se ponen inyecciones de este género, tan ligeramente... Probablemente, estaría además sucia la jeringuilla.

Este sueño presenta, con respecto a otros muchos, una ventaja. Revela en seguida, claramente, a qué sucesos del último día se halla enlazado y cuál es el tema de que trata. Las noticias que Otto me dió sobre el estado de Irma y el historial clínico, en cuya redacción trabajé hasta muy entrada la noche, han seguido ocupando mi actividad anímica durante el reposo. Sin embargo, por la información preliminar que antecede y por el contenido del sueño, nadie podría sospechar lo que el mismo significa. Yo mismo no lo sé todavía. Me asombran los síntomas patológicos de que Irma se queja en el sueño, pues no son los mismos por los que hube de someterla a tratamiento. La desatinada idea de administrar a un enfermo una inyección de ácido propiónico, y las palabras consoladoras del doctor M. me mueven a risa. El sueño se muestra, hacia su fin, más oscuro y comprimido que en su

principio. Para averiguar su significado habré de someterlo a un penetrante y minucioso análisis.

Análisis

Un amplio "hall" — muchos invitados, a los que recibimos. Durante este verano vivíamos en una "villa" denominada "Bellevue", y situada sobre una de las colinas próximas a Kahlenberg. Esta "villa" había sido destinada anteriormente a casino y tenía, por lo tanto, habitaciones de amplitud superior a la corriente. Mi sueño se desarrolló hallándome en "Bellevue" y pocos días antes del cumpleaños de mi mujer . En la tarde que le precedió había expresado a mi mujer la esperanza de que para su cumpleaños vinieran a comer con nosotros algunos amigos, Irma entre ellos. Así, pues, mi sueño anticipa esta situación. Es el día del cumpleaños de mi mujer y recibimos en el gran "hall" de "Bellevue" a nuestros numerosos invitados, entre los cuales se halla Irma.

Reprocho a Irma no haber aceptado aún la "solución". Le digo: "Si todavía tienes dolores es exclusivamente por tu culpa". Esto mismo hubiera podido decírselo o se lo he dicho realmente en la vida despierta. Por aquel entonces tenía yo la opinión (que luego hube de reconocer equivocada) de que mi labor terapéutica quedaba terminada con la revelación, al enfermo, del oculto sentido de sus síntomas. Que el paciente aceptara luego o no esta solución — de lo cual depende el éxito o el fracaso del tratamiento — era cosa por la que no podía exigírseme responsabilidad alguna. A este error, felizmente rectificado después, le estoy, sin embargo, agradecido, pues me simplificó la existencia en una época en la que a pesar de mi inevitable ignorancia debía obtener resultados curativos.— Pero en la frase que a Irma dirijo en mi sueño, advierto que, ante todo, no quiero ser responsable de los dolores que aún la aquejan. Si Irma tiene exclusivamente la culpa de padecerlos todavía, no puede hacérseme responsable de ellos. ¿Habremos de buscar en esta dirección el propósito del sueño?

Irma se queja de dolores en la garganta, el vientre y el

estómago y de una gran opresión. Los dolores de estómago pertenecían al complejo de síntomas de mi paciente, pero no fueron nunca muy intensos. Más bien se quejaba de sensaciones de malestar y repugnancia. La opresión o el dolor de garganta y los dolores de vientre, apenas si desempeñaban papel alguno en su enfermedad. Me asombra, pues, la elección de síntomas realizada en mi sueño, y no me es posible hallar por el momento razón alguna determinante.

Está pálida y abotagada. Mi paciente presentaba siempre, por lo contrario, una rosada coloración. Sospecho que se ha superpuesto aquí a ella una tercera persona.

Pienso con temor, que quizás me haya pasado inadvertida una afección orgánica. Como fácilmente puede comprenderse es éste un temor constante del especialista, que apenas ve enfermos distintos de los neuróticos y se halla habituado a atribuir a la histeria un gran número de fenómenos que otros médicos tratan como de origen orgánico. Por otro lado, se me insinúan — no sé por qué — ciertas dudas sobre la sinceridad de mi alarma. Si los dolores de Irma son de origen orgánico, no me hallo obligalo a curarlos. Mi tratamiento no suprime sino los dolores histéricos. Parece, realmente, como si desease hubiera existido un error en el diagnóstico, pues entonces no se me podría reprochar fracaso alguno.

La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerla la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran a hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. No he tenido nunca ocasión de reconocer la cavidad bucal de Irma El suceso del sueño me recuerda el reciente reconocimiento de una institutriz que me había hecho al principio una impresión de juvenil belleza, y que luego, al abrir la boca, intentó ocultar que llevaba dentadura postiza. A este caso se enlazan otros recuerdos de reconocimentos profesionales y de pequeños secretos descubiertos durante ellos para confusión de médico y enfermo. Mi pensamiento de que Irma no necesita dentadura postiza es, en primer lugar, una galantería para con nuestra amiga, pero sospecho que encierra aún otro significado distinto. En un atento análisis, nos damos siempre cuenta de si hemos agotado o no los pensamientos ocultos buscados. La actitud de Irma frente a la ventana, me recuerda de repente, otro suceso. Irma tiene una íntima amiga a la que es-

timo altamente. Una tarde que fuí a visitarla, la encontré al lado de la ventana en la actitud que mi sueño reproduce, y su médico, el mismo doctor M., me comunicó que al reconocerla la garganta, había descubierto una placa de carácter diftérico. La persona del doctor M. y la placa diftérica retornan en la continuación del sueño. Recuerdo ahora que en los últimos meses he tenido razones suficientes para sospechar que también esta señora padece de histeria. Irma misma me lo ha revelado. ¿Por qué es lo que de sus síntomas conozco? Precisamente que sufre de opresión histérica de la garganta, como la Irma de mi sueño. Así, pues, he sustituído en éste a mi paciente por su amiga. Ahora recuerdo que he acariciado varias veces la esperanza de que también esta señora se confiase a mis cuidados profesionales. Pero siempre he acabado por considerarlo improbable, pues es persona de carácter muy retraído. *Se resiste* a la intervención médica, como Irma en mi sueño. Otra explicación sería la de que *no la necesita,* pues hasta ahora se ha mostrado suficientemente enérgica para dominar sin auxilio ajeno sus trastornos. Quedan ya tan sólo algunos rasgos que no me es posible adjudicar a Irma ni a su amiga: la palidez, el abotagamiento y la dentadura postiza. Esta última despertó en mí el recuerdo de la institutriz antes citada. A continuación se me muestra otra persona a la que los rasgos restantes podrían aludir. No la cuento tampoco entre mis pacientes ni deseo que jamás lo sea, pues se avergüenza ante mí y no la creo una enferma dócil. Generalmente se halla pálida, y en una temporada que gozó de excelente salud, engordó hasta parecer abotagada (1). Por lo tanto, he comparado a Irma con dos otras personas que se resistirían igualmente al tratamiento. ¿Qué sentido puede tener el haberla sustituído por su amiga en mi sueño? Quizás el de que deseo realmente una tal sustitución, por serme esta señora más simpática o porque tengo una más alta idea de su inteligencia. Resulta, en efecto,

---

(1) A esta tercera persona pueden también referirse los dolores de vientre, hasta ahora inexplicados, de que Irma se lamenta en el sueño. Trátase de mi propia mujer, y los dolores de vientre me recuerdan una de las ocasiones en que hube de comprobar su resistencia a mis indicaciones médicas. Tengo que confesar que no trato en este sueño con mucha amabilidad a Irma ni a mi mujer, mas ha de disculparme el que comparo a ambas al ideal de paciente dócil y manejable.

que Irma me parece ahora ininteligente por no haber aceptado mi solución. La otra, más lista, cedería antes. *Por fin, abre bien la boca* — la amiga de Irma me relataría sus pensamientos con más sinceridad y menor resistencia que aquélla (1).

En la garganta veo una mancha blanca y escaras de forma semejante a los cornetes de la nariz. La mancha blanca me recuerda la difteritis y, por lo tanto, a la amiga de Irma, y además, la grave enfermedad de mi hija mayor hace ya cerca de dos años, y todos los sobresaltos de aquella triste época. Las escaras que cubren las conchas nasales aluden a una preocupación mía sobre mi propia salud. En esta época solía tomar con frecuencia cocaína para aliviar una molesta rinitis y había oído decir, pocos días antes, que una paciente que usaba este mismo medio, se había provocado una extensa necrosis de la mucosa nasal. La prescripción de la cocaína para estos casos, dada por mí en 1885, me ha atraído severos reproches. Un querido amigo mío, muerto ya en 1895, apresuró su fin por el abuso de este medio.

Apresuradamente, llamo al doctor M., que repite el reconocimiento. Esto correspondería sencillamente a la posición que M. ocupaba entre nosotros. Pero "mi apresuramiento" es lo bastante singular para exigir una especial explicación. Evoca en mí el recuerdo de un triste suceso profesional Por la continuada prescripción de una substancia, que por entonces se creía aún totalmente innocua (sulfonal), provoqué una vez una grave intoxicación en una paciente, teniendo que acudir en busca de auxilio a la mayor experiencia de mi colega el doctor M., más antiguo que yo en el ejercicio profesional. Otras circunstancias accesorias prueban que es éste realmente el suceso a que en mi sueño me refiero. La enferma, que sucumbió a la intoxicación, llevaba el mismo nombre que mi hija mayor. Hasta el momento no se me había ocurrido pensar en ello; pero ahora se me aparece este suceso como una represalia del destino y como si la sustitución de per-

(1) Sospecho que la interpretación de esta parte del sueño no fué continuada lo bastante para descubrir todo su oculto sentido. Mas, prosiguiendo la comparación de las tres mujeres, me desviaría mucho del tema principal.—Todo sueño presenta, por lo menos, un fragmento inescrutable, como un cordón umbilical por el que se hallase unido a lo incognoscible.

sonas hubiera de proseguir aquí en un distinto sentido: esta Matilde por aquella Matilde; ojo por ojo y diente por diente. Parece como si fuera buscando todas aquellas ocasiones por las que me puedo reprochar una insuficiente conciencia profesional.

El doctor M. está pálido, se ha quitado la barba y cojea. Lo que de verdad entraña esta parte del sueño se reduce a que el doctor M. presenta, a veces, tan mal aspecto que llega a inquietar a sus amigos. Los dos caracteres restantes deben de pertenecer a otras personas Recuerdo ahora a mi hermano mayor, residente en el extranjero, que lleva el rostro afeitado y al que si no me equivoco se parecía extraordinariamente el doctor M. de mi sueño. Hace algunos días nos llegó la noticia de que un ataque de artritismo a la cadera le hacía cojear un poco. Tiene que existir una razón que me haya hecho confundir en mi sueño a ambas personas en una sola. Recuerdo, en efecto, que me hallo irritado contra ambas por un análogo motivo: el de haber rechazado una proposición que recientemente les hice.

Mi amigo Otto se halla ahora al lado de la enferma y mi amigo Leopoldo la percute y descubre una zona de macidez abajo a la izquierda. Leopoldo es también médico y además pariente de Otto. El destino los ha convertido en competidores, pues ejercen igual especialidad y se les compara constantemente entre sí. Ambos han trabajado conmigo, durante varios años, mientras fuí director de un consultorio público para niños neuróticos, y con gran frecuencia se desarrollaron, durante esta época, escenas como la que mi sueño reproduce. Mientras yo discutía con Otto sobre el diagnóstico de un caso, había Leopoldo reconocido de nuevo al niño y nos aportaba un inesperado dato decisivo. Entre Otto y Leopoldo existe una fundamental diferencia de carácter. El primero sobresalía por su rapidez de concepción, mientras que el segundo era más lento, pero también más cuidadoso y concienzudo. Si en mi sueño coloco frente a frente a Otto y al prudente Leopoldo, ello es claramente para hacer resaltar al segundo. Trátase de una comparación análoga a la que anteriormente efectúo entre Irma, paciente nada dócil, y su amiga, a la que tengo por más inteligente. Advierto también ahora una de las vías sobre la que se desplaza la asocia-

ción de pensamientos en el sueño y que va desde la niña enferma al consultorio para niños enfermos.—La zona de macidez abajo a la izquierda, me hace la impresión de corresponder, en todos sus detalles, a un caso en el que me admiró la concienzuda seguridad de Leopoldo. Por otra parte, surge en mí vagamente la idea de algo como una afección metastásica, pero pudiera también ser una relación con la paciente que desearía sustituyera a Irma. Esta señora simula, en efecto y por lo que he podido observar, una tuberculosis.

Una parte de la piel, infiltrada en el hombro izquierdo. Caigo inmediatamente en que se trata de mis propios dolores reumáticos en el hombro, dolores que se hacen sentir siempre que permanezco en vela hasta altas horas de la noche. La letra del sueño confirma esta interpretación, mostrándose aquí un tanto equívoca: *...cosa que yo siento como él,* esto es, que siento en mi propio cuerpo. Además, extraño los términos nada habituales: "una parte de la piel, infiltrada". A la frase "una infiltración póstero-superior izquierda" estamos acostumbrados. Esta frase se referiría al pulmón y con ello, nuevamente, a la tuberculosis.

A pesar del vestido. Esto no es, desde luego, sino una interpolación accesoria. En el consultorio, acostumbrábamos, como es natural, a hacer desnudar a los niños para reconocerlos, detalle que se opone aquí a la forma en que hemos de reconocer a nuestras pacientes adultas. De un excelente clínico solía referirse que nunca reconoció a sus enfermas sino por encima de los vestidos. A partir de aquí se oscurecen mis ideas, o dicho francamente, no me siento inclinado a profundizar más en esta cuestión.

El doctor M. dice: "No cabe duda; es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno". Todo esto me parece, al principio, absolutamente ridículo; mas, sin embargo, habré de someterlo como los demás elementos del sueño a un cuidadoso análisis. Lo que en la paciente he hallado, es una difteritis local. De la época en que mi hija estuvo enferma, recuerdo la discusión sobre difteritis y difteria. Esta última sería la infección general subsiguiente a la difteritis local. Así, pues, es una tal infección general lo que Leopoldo diagnostica al descubrir la zona de macidez, la cual hace pensar en un foco metastásico. Pero

creo que precisamente en la difteria no se presentan jamás tales metástasis. Más bien me recuerdan una piemia.

No hay cuidado. Es esta una frase de aliento y consuelo que a mi juicio se justifica en la forma siguiente: El fragmento onírico últimamente examinado, pretende que los dolores de la paciente proceden de una grave afección orgánica. Sospecho que con esto no quiero sino alejar de mí toda culpa. El tratamiento psíquico no puede ser hecho responsable de la no curación de una difteritis. De todos modos, me avergüenza echar sobre Irma el peso de una tan grave enfermedad no más que para quedarme libre de todo reproche, y necesitando algo que me garantice un desenlace favorable, me parece de perlas poner las palabras de aliento en boca del doctor M. Pero en este punto me coloco por encima del sueño, cosa que necesita explicación.

¿Mas por qué es este consuelo tan desatinado?

Disentería: Una cualquiera representación teórica lejana de que los gérmenes patógenos pueden ser eliminados por el intestino. ¿Me propondré acaso burlarme así de la inclinación del doctor M. a explicaciones un tanto traídas por los cabellos y a singulares conexiones patológicas? La disentería evoca en mí otras ideas distintas. Hace pocos meses conocí a un joven que padecía singulares trastornos intestinales y al que otros colegas habían tratado como un caso de "anemia con nutrición insuficiente". Comprobé que se trataba de un histérico, pero no quise ensayar en él mi psicoterapia y le recomendé que hiciese un viaje por mar. Hace pocos días, recibí desde Egipto una desesperada carta de este enfermo en la que me comunicaba haber padecido un nuevo ataque que el médico había diagnosticado de disentería. Sospecho, ciertamente, que este diagnóstico es un error de un ignorante colega que se ha dejado engañar por una de las simulaciones de la histeria, pero de todos modos no puedo por menos de reprocharme el haber expuesto a mi paciente a contraer, sobre su afección intestinal histérica, una afección orgánica. "Disentería" suena análogamente a "difteria", palabra que no aparece en el sueño.

Habré realmente de aceptar que con el pronóstico optimista que en mi sueño pongo en boca del doctor M. no persigo sino burlarme de él, pues ahora recuerdo que hace años me relató el mismo, con grandes risas, una análoga historia.

Había sido llamado a consultar con otro colega sobre un enfermo grave, y ante el optimismo del médico de cabecera hubo de señalarle la presencia de albúmina en la orina del paciente: "*No hay cuidado*" — respondió el optimista—; la albúmina se eliminará por sí sola". — No cabe, pues, duda alguna de que esta parte de mi sueño entraña una burla hacia aquellos de mis colegas ignorantes de la histeria. Como para confirmarlo así, surge ahora en mi pensamiento la siguiente interrogación: ¿Sabe acaso el doctor M. que los fenómenos que su paciente — la amiga de Irma — presenta y que hacen temer una tuberculosis, son de origen histérico? ¿Ha descubierto la histeria o se ha dejado burlar por ella?

¿Mas qué motivo puedo tener para tratar tan mal a un amigo? Muy sencillo: El doctor M. está tan poco conforme como Irma misma con la "solución" por mí propuesta. De este modo, me he vengado ya en mi sueño, de dos personas. De Irma, diciéndola que si aún tenía dolores era exclusivamente por su culpa, y del doctor M. con el desatinado pronóstico que pongo en sus labios.

Sabemos inmediatamente de qué procede la infección. Este inmediato conocimiento, en el sueño, es algo muy singular. Un instante antes no sabíamos nada, pues la infección no fué descubierta hasta el reconocimiento efectuado por Leopoldo.

Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección. Otto me había referido realmente, que durante su corta estancia en casa de la familia de Irma, le llamaron del hotel próximo para poner una inyección a un individuo que se había sentido repentinamente enfermo. Las inyecciones me recuerdan de nuevo a aquel infeliz amigo mío que se envenenó con cocaína. Yo le había aconsejado el uso interno de esta substancia únicamente durante una cura de desmorfinización; pero el desdichado comenzó a ponerse inyecciones de cocaína.

Con un preparado a base de propil... propilena... ácido propiónico. ¿Cómo puede inclüirse esto en mi sueño? Aquella misma tarde, después de la cual redacté por escrito el historial clínico de Irma y tuve el sueño que ahora me ocupa, abrió mi mujer una botella de licor en cuya etiqueta se leía

la palabra "ananas" (piña) (1) y que nos había sido regalada por Otto. Tiene éste la costumbre de aprovechar toda ocasión que para hacer un regalo pueda presentársele, costumbre de la que es de esperar le cure algún día una mujer (2). Destapada la botella, emanaba del licor un tal olor a amílico, que me negué a probarlo. Mi mujer propuso regalárselo a los criados, pero yo, más prudente, me opuse, observando, humanitariamente, que tampoco ellos debían envenenarse. El olor a amílico despertó en mí, sin duda, el recuerdo de la serie química: amil, propil, metil, etc. y este recuerdo proporcionó al sueño el preparado a base de propil. De todos modos, he realizado aquí una substitución. He soñado con el propil después de haber olido el amil, pero tales substituciones se hallan, quizá, permitidas precisamente en la química orgánica.

Trimetilamina. En mi sueño veo la fórmula química de este cuerpo, cosa que testimonia un gran esfuerzo de mi memoria, y la veo impresa en gruesos caracteres como si se quisiera hacer resaltar su especial importancia dentro del contexto en que se halla incluída. ¿A dónde puede llevarme la trimetilamina sobre la cual es atraída mi atención en esta forma? A una conversación con otro amigo mío que desde hace muchos años sabe de todos mis trabajos en preparación, como yo de los suyos. Por aquella época, me había comunicado ciertas ideas sobre una química sexual, y entre otras, la de que la trimetilamina le parecía constituir uno de estos productos del metabolismo sexual. Este cuerpo me conduce, pues, a la sexualidad, esto es, a aquel factor al que adscribo la máxima importancia en la génesis de las afecciones nerviosas cuya curación me propongo. Irma, mi paciente, es una joven viuda. Si me veo en la necesidad de disculpar el mal éxito de la cura en su caso, habré, seguramente, de alegar este hecho, al que sus amigos pondrían gustosos el

(1) La palabra "ananas" muestra, además, una clara semejanza con el apellido de Irma, mi paciente.

(2) Sobre este punto concreto no se ha mostrado mi sueño nada profético. En otro sentido sí, pues los dolores de estómago de que Irma se lamentaba en él, dolores de los que yo quería rechazar toda responsabilidad y para los cuales no fué posible hallar explicación alguna, eran precursores de una grave afección hepática.

remedio. ¡Pero, observemos cuán singularmente construído puede hallarse un sueño! La otra señora a la que yo quisiera tener como paciente en lugar de Irma, es también una joven viuda.

Sospecho por qué la fórmula de la trimetilamina ha adquirido tanta importancia en el sueño. En esta palabra se acumula un gran número de cosas harto significativas. No sólo es una alusión al poderoso factor "sexualidad", sino también a una persona cuya aprobación recuerdo con agrado siempre que me siento aislado en medio de una opinión hostil o indiferente a mis teorías. ¿Y este buen amigo mío que tan importante papel desempeña en mi vida, no habrá de intervenir aún más en el conjunto de ideas de mi sueño? Desde luego; posee especialísimos conocimientos sobre las afecciones que se inician en la nariz o en las cavidades vecinas y ha aportado a la ciencia el descubrimiento de singularísimas relaciones de los cornetes nasales con los órganos sexuales femeninos. (Las tres escaras grisáceas que advierto en la garganta de Irma.) He hecho que reconociera a esta paciente para comprobar si los dolores de estómago que padecía podían ser de origen nasal. Pero se da el caso de que él mismo padece una afección nasal que me inspira algún cuidado. A esta afección alude, sin duda, la piemia cuya idea surge en mí, asociada a las metástasis de mi sueño.

No se ponen inyecciones de este género, tan ligeramente. Acuso aquí, directamente, de ligereza a mi amigo Otto. Realmente creo haber pensado algo análogo la tarde anterior a mi sueño, cuando me pareció ver expresado en sus palabras o en su mirada un reproche contra mi actuación profesional con Irma. Mis pensamientos fueron, aproximadamente, como sigue: "¡Qué fácilmente se deja influir por otras personas y cuán ligero es en sus juicios!"—Esta parte del sueño alude además a aquel difunto amigo mío que tan ligeramente se decidió a inyectarse cocaína. Como ya he indicado antes, al prescribirle el uso interno de esta substancia no pensé jamás que pudiera administrársela en inyecciones. Al reprochar a Otto su ligereza en el empleo de ciertas substancias químicas, observo que rozo de nuevo la historia de aquella infeliz Matilde, de la que se deduce un análogo reproche para mí. Cla-

ramente se ve que reúno aquí ejemplos de mi conciencia profesional, pero también de todo lo contrario.

Probablemente, estaría, además, sucia la jeringuilla. Un nuevo reproche contra Otto, pero de distinta procedencia. Ayer encontré casualmente al hijo de una señora de ochenta y dos años a la que administro diariamente dos inyecciones de morfina. En la actualidad, se halla veraneando y ha llegado hasta mí la noticia de que padece una flebitis. Inmediatamente pensé que debía de tratarse de una infección provocada por falta de limpieza de la jeringuilla. Puedo vanagloriarme de no haber causado un solo accidente de este género en dos años que llevo tratándola a diario. Bien es verdad que la total asepsia de la jeringuilla constituye mi constante preocupación. En estas cosas soy siempre muy concienzudo. La flebitis me recuerda de nuevo a mi mujer, que padeció esta enfermedad durante un embarazo. Después surge en mí el recuerdo de tres situaciones análogas, de las que fueron, respectivamente, protagonistas, mi mujer, Irma y la difunta Matilde, situaciones cuya entidad es, sin duda alguna, lo que me ha permitido sustituir entre sí a estas tres personas en mi sueño.

* *

Aquí termina la interpretación emprendida. Durante ella me ha costado trabajo defenderme de todas las ocurrencias a las que tenía que incitarme la comparación del contenido del sueño con las ideas que tras él se ocultaban. El "sentido" del sueño ha surgido a mis ojos. He advertido una intención que el sueño realiza y que ha tenido que constituir su motivo. El sueño cumple algunos deseos que los sucesos del día inmediatamente anterior (las noticias de Otto y la redacción del historial clínico) hubieron de despertar en mí. El resultado del sueño es, en efecto, que no soy yo, sino Otto, el responsable de los dolores de Irma. Otto me ha irritado con sus observaciones sobre la incompleta curación de Irma y el sueño me venga de él volviendo en contra suya sus reproches. Al mismo tiempo, me absuelve de toda responsabilidad por el estado de Irma, atribuyéndolo a otros factores, que expone como una serie de razonamientos, y presenta las cosas tal y

como yo desearía que fuesen en la realidad. *Su contenido es, por lo tanto, una realización de deseos, y su motivo, un deseo.*

Todo esto resulta evidente. Pero también se nos hace comprensible, desde el punto de vista de la realización de deseos, una gran parte de los detalles del sueño. En éste me vengo de Otto no sólo por su parcialidad en el caso de Irma —atribuyéndole una ligereza en el ejercicio de su profesión (la inyección)—sino también por la mala calidad de su licor, que apestaba a amílico, y hallo una expresión que reúne ambos reproches: una inyección con un preparado a base de propilena. Pero aún no me doy por satisfecho, y continúo mi venganza situándole frente a su competidor. De este modo, me parece que le digo: "Leopoldo me inspira más estimación que tú". Tampoco es Otto el único a quien hago sentir el peso de mi cólera. Me vengo también de mi indócil paciente, sustituyéndola por otra más inteligente y manejable. De igual modo, no dejo pasar sin protesta la contradicción del doctor M., sino que por medio de una transparente alusión, le expreso mi juicio de que en este caso se ha conducido como un ignorante ("sobrevendrá una disentería, etc."), y apelo contra él ante alguien en cuya ciencia fío más (ante aquel amigo mío que me habló de la trimetilamina), en la misma forma que apelo de Irma ante su amiga y de Otto ante Leopoldo. Anuladas las tres personas que me son contrarias, y sustituidas por otras tres de mi elección, quedo libre de los reproches que no quiero haber merecido. La falta de fundamento de estos reproches queda también amplia y minuciosamente demostrada en mi sueño. No me cabe responsabilidad alguna en los dolores de Irma, pues si continúa padeciéndolos es exclusivamente por su culpa al no querer aceptar mi solución. Tales dolores son de origen orgánico, no pueden ser curados por medio de un tratamiento psíquico, y por lo tanto, nada tengo que ver con ellos. En tercer lugar, se explican satisfactoriamente por la viudez de Irma (¡trimetilamina!) cosa contra la cual nada me es posible hacer. Además, han sido provocadas por una imprudente inyección que Otto la administró con una substancia inadecuada, falta en la que jamás he incurrido. Por último, proceden de una inyección practicada con una jeringuilla sucia, como la flebitis de mi anciana paciente, complicación que nunca he acarreado a mis

enfermos. Advierto, ciertamente, que estas explicaciones de los padecimientos de Irma no concuerdan entre sí, sino que se excluyen unas a otras. Toda mi defensa—que no otra cosa constituye este sueño—recuerda vivamente la de aquel individuo, al que un vecino acusaba de haberle devuelto inservible un caldero que le había prestado, y que rechazaba tal acusación con las siguientes razones: "En primer lugar, le he devuelto el caldero completamente intacto; además, el caldero estaba ya agujereado cuando me lo prestó; por último, jamás le he pedido prestado ningún caldero". Las razones son contradictorias, pero bastará con que se aprecie una de ellas para declarar al individuo libre de toda culpa.

En el sueño aparecen otros temas cuya relación con mis descargos respecto a la enfermedad de Irma no se muestra tan transparente: la enfermedad de mi hija y la de una paciente de igual nombre, la toxicidad de la cocaína, la afección de mi paciente residente en Egipto, mis preocupaciones sobre la salud de mi mujer, de mi hermano y del doctor M., mis propias dolencias y el cuidado que me inspira la afección nasal de mi amigo ausente. Pero todo ello puede reunirse en un solo círculo de ideas, que podría rotularse: Preocupaciones sobre la salud, tanto ajena como propia, y conciencia profesional. Recuerdo haber experimentado una vaga sensación penosa cuando Otto me trajo la noticia del estado de Irma. Del círculo de ideas que interviene en el sueño quisiera extraer ahora, a posteriori, la expresión que en él halla dicha fugitiva sensación. Es como si Otto me hubiera dicho: "No tomas suficientemente en serio tus deberes profesionales; no eres lo bastante concienzudo y no cumples lo que prometes". Ante este reproche, se puso a mi disposición el círculo de ideas indicado, para permitirme demostrar hasta qué punto soy un fiel cumplidor de mis deberes médicos y cuánto me intereso por la salud de mis familiares, amigos y pacientes. En este acervo de ideas, aparecen, singularmente, algunos recuerdos penosos, pero todos ellos tienden más a apoyar las inculpaciones que sobre Otto acumulo que a mi propia defensa. El conjunto de pensamientos es impersonal, pero la conexión de este amplio material sobre el que el sueño reposa, con el tema más restringido del mismo, que ha

dado origen a mi deseo de no ser responsable del estado de Irma, no puede pasar inadvertida.

De todos modos, no quiero afirmar haber descubierto por completo el sentido de este sueño ni que en su interpretación no existan lagunas. Podría aún dedicarle más tiempo, extraer de él nuevas aclaraciones y analizar nuevos enigmas a cuyo planteamiento incita. Sé incluso cuáles son los puntos a partir de los cuales podríamos perseguir nuevas series de ideas; pero consideraciones especiales que surgen en todo análisis de un sueño propio, me obligan a limitar la labor de interpretación. Aquellos que se precipiten a criticar una tal reserva pueden intentar ser más sinceros que yo. Por el momento me satisfaré con señalar un nuevo conocimiento que nuestro análisis nos ha revelado. Siguiendo el método de interpretación onírica aquí indicado, hallamos que el sueño tiene realmente un sentido y no es, en modo alguno, como pretenden los investigadores, la expresión de una actividad cerebral fragmentaria. *Una vez llevada a cabo la interpretación completa de un sueño, se nos revela éste como una realización de deseos.*

III

EL SUEÑO ES UNA REALIZACION DE DESEOS

Cuando por una angosta garganta desembocamos de repente en una altura de la que parten diversos caminos y desde la que se nos ofrece un variado panorama en distintas direcciones, habremos de detenernos un momento y meditar hacia dónde debemos volver primero nuestros ojos. Análogamente nos sucede ahora, después de llevar a término la primera interpretación onírica. Nos hallamos envueltos en la luminosidad de un súbito descubrimiento: El sueño no es comparable a los sonidos irregulares producidos por un instrumento musical bajo el ciego impulso de una fuerza exterior y no bajo la mano del músico. No es desatinado ni absurdo, ni presupone que una parte de nuestro acervo de representacio-

nes duerme, en tanto que otra comienza a despertar. Es un acabado fenómeno psíquico y precisamente una realización de deseos, debe ser incluído en el conjunto de actos comprensibles de nuestra vida despierta, y constituye el resultado de una actividad intelectual, altamente complicada. Pero en el mismo instante en que comenzamos a regocijarnos de nuestro descubrimiento, nos vemos agobiados por un cúmulo de interrogaciones. Si como la interpretación onírica lo muestra, nos presenta el sueño un deseo cumplido: ¿De dónde procede la forma singular y desorientadora en la que tal realización de deseos queda expresada? ¿Qué transformaciones han sufrido las ideas oníricas hasta constituir el sueño manifiesto tal y como al despertar lo recordamos? ¿En qué forma y por qué caminos se ha llevado a cabo esta transformación? ¿De dónde procede el material cuya elaboración ha dado cuerpo al sueño? ¿Cuál es el origen de alguna de las peculiaridades que hemos podido observar en las ideas oníricas, por ejemplo, la de que pueden contradecirse unas a otras? (Véase la historia del caldero a finales del capítulo anterior.) ¿Puede el sueño revelarnos algo nuevo sobre nuestros procesos psíquicos internos, y puede su contenido rectificar opiniones que durante el día mantenemos? Creo conveniente prescindir, por el momento, de todas estas interrogaciones y seguir un único camino. Nuestro primer análisis nos ha revelado que el sueño nos presenta el cumplimiento de un deseo, y ante todo, habremos de investigar si es éste un carácter general del fenómeno onírico, o por lo contrario, única y casualmente del contenido del sueño con el que hemos iniciado nuestra labor analítica (el de la inyección de Irma), pues aun sosteniendo que todo sueño posee un sentido y un valor psíquico, no podemos negar a priori la posibilidad de que tal sentido no sea el mismo en todos los sueños. El primero que analizamos era una realización de deseos; otro podrá, quizá, presentarse como la realización de un temor; el contenido de un tercero pudiera ser una reflexión, y otros, por último, limitarse sencillamente a reproducir un recuerdo. Nuestra labor se dirigirá, pues, en primer lugar, a averiguar si existen o no sueños distintos de los realizadores de deseos.

Fácilmente puede demostrarse que los sueños evidencian frecuentemente, sin disfraz alguno, el carácter de realización

de deseos, hasta el punto de que nos asombra cómo el lenguaje onírico no ha encontrado comprensión hace ya mucho tiempo. Hay, por ejemplo, un sueño, que puedo provocar siempre en mí, a voluntad y como experimentalmente. Cuando en la cena tomo algún plato muy salado, siento por la noche intensa sed, que llega a hacerme despertar. Pero antes de que esto suceda tengo siempre un sueño de idéntico contenido: el de que bebo agua a grandes tragos y con todo el placer del sediento. Sin embargo, despierto después y me veo en la necesidad de beber realmente. El estímulo de este sencillo sueño ha sido la sed que al despertar continúo sintiendo, sensación de la que emana el deseo de beber. El sueño me presenta realizado este deseo, cumpliendo, al hacerlo así, una función que se me revela en seguida. Mi reposo es, generalmente, profundo y tranquilo, y ninguna necesidad física suele interrumpirlo. Si soñando que bebo, logro engañar mi sed, me habré evitado tener que despertar para satisfacerla. Se trata, por lo tanto, de un *"sueño de comodidad"* (Bequemlichkeitstraum). El sueño se sustituye a la acción, como sucede también en la vida despierta. Desgraciadamente, mi necesidad de agua para calmar mi sed no puede ser satisfecha por medio de un sueño, como mi sed de venganza contra mi amigo Otto y contra el doctor M., pero en ambos casos existe una idéntica voluntad por parte del fenómeno onírico. Este mismo sueño se presentó modificado en una reciente ocasión. Antes de conciliar el reposo, sentí ya sed y agoté el vaso de agua que había encima de mi mesa de noche. Horas después, se renovó mi sed y con ella la excitación consiguiente. Para procurarme agua, hubiera tenido que levantarme y coger el vaso que quedaba lleno en la mesa de noche de mi mujer. Adecuadamente a esta circunstancia, soñé que mi mujer me daba de beber en un cacharro de forma poco corriente, que reconocí era un vaso cinerario etrusco, traído por mí de un viaje a Italia y que recientemente había regalado. Pero el agua sabía tan salada —seguramente a causa de la ceniza contenida en el vaso— que desperté en el acto. Obsérvese con qué minucioso cuidado lo dispone todo el sueño para la mayor comodidad del sujeto. Siendo su exclusivo propósito el de realizar un deseo, puede mostrarse absolutamente egoísta. El amor a la comodidad propia es inconciliable con el respeto a la de otras personas. La

intervención del vaso cinerario constituye también una realización de deseos. Me disgusta no poseerlo ya, del mismo modo que me disgusta tener que levantarme para coger el vaso de encima de la mesilla de noche. Por su especial destinación — la de contener cenizas — se adapta, además, al resabor salado que ha provocado en mí la sed que habrá de acabar por despertarme (1).

Estos sueños de comodidad eran en mí muy frecuentes durante mis años juveniles. Acostumbrado desde siempre a trabajar hasta altas horas de la noche, me era luego muy penoso tener que despertarme temprano y solía soñar que me había levantado ya y estaba lavándome. Al cabo de un rato, no podía por menos de reconocer que aún me hallaba en el lecho, pero entre tanto, había logrado continuar durmiendo unos minutos más. Un análogo sueño de pereza, especialmente chistoso, me ha sido comunicado por uno de mis colegas, que por lo visto, comparte mi afición al reposo natural. La dueña de la pensión en que vivía, tenía el encargo severísimo de despertarle con tiempo para llegar al hospital a la hora marcada, encargo cuyo cumplimiento no dejaba de entrañar graves dificultades. Una mañana, dormía mi colega con especial delectación, cuando la patrona le gritó desde la puerta: "¡Levántese usted, don José, que es ya la hora de ir al hospital!" A continuación soñó que ocupaba, en una de las salas del hospital, un lecho sobre el cual colgaba un tarjetón con las

(1) Weygandt conocía ya la existencia de esta clase de sueños: "La sed es de las sensaciones que más precisamente advertimos durante el reposo y despierta siempre en nosotros la representación de que la satisfacemos. La forma en que el sueño se representa la satisfacción de la sed es muy variada y queda determinada por un cualquier recuerdo reciente. Como fenómeno general, señalaremos aquí el de que a la representación de satisfacer la sed sucede siempre un desencanto ante el escaso efecto de la supuesta satisfacción". Pero Weygandt no se da cuenta de la generalidad de la reacción del sueño al estímulo. —El que otras personas que sienten sed durante la noche, despierten, sin soñar nada previamente, no constituye una objeción contra mi experimento; lo único que demuestra es que el reposo de tales personas no es suficientemente profundo.—Cf. Isaías, 29, 8: "Y será como el que tiene hambre y sueña, y parece que come; mas cuando despierta, su alma está vacía, o como el que tiene sed y sueña, y parece que bebe; mas cuando se despierta, hállase cansado, y su alma sedienta..."

palabras: "José H..., cand., med., veintidós años". Viendo esto, se dijo en sueños: Si estoy ya en el hospital, no tengo por qué levantarme para ir, y, dando la vuelta, continuó durmiendo. Con su razonamiento se había confesado sin disfraz alguno el motivo de su sueño.

He aquí otro sueño cuyo estímulo actúa también durante el reposo: Una de mis pacientes, que había tenido que someterse a una operación en la mandíbula, operación cuyo resultado fué desgraciadamente negativo, debía llevar de continuo, sobre la mejilla operada, un determinado aparato. Mas por las noches, en cuanto se dormía, lo arrojaba lejos de sí. Se me pidió que la amonestara por aquella desobediencia al consejo de los médicos, pero ante mis reproches, se disculpó la enferma alegando que la última vez lo había hecho sin darse cuenta y en el transcurso de un sueño: "Soñé que estaba en un palco de la ópera y que la representación me interesaba extraordinariamente. En cambio, Carlos Meyer se hallaba en el sanatorio y padecía horribles dolores de cabeza. Entonces me dije, que como a mí no me dolía nada, no necesitaba ya el aparato, y lo tiré". Este sueño de la pobre enferma parece la representación plástica de una frase muy corriente que acude a nuestros labios en las situaciones desagradables: "¡Vaya una diversión! ¡Como no encuentre nunca otra más agradable!..." El sueño, solícito a los deseos de la durmiente, la proporciona la mejor diversión anhelada. El Carlos Meyer al que traslada sus dolores es aquel de sus amigos que menos simpatías le inspira.

Con igual facilidad, descubrimos la realización de deseos en algunos otros de los sueños de personas sanas por mí reunidos. Un amigo mío, que conoce mi teoría onírica y se la ha explicado a su mujer, me dijo un día: "Mi mujer ha soñado ayer que tenía el período. ¿Qué puede esto significar?" La respuesta es sencilla: Si la joven casada ha soñado que tenía el período, es indudablemente porque aquel mes le ha faltado o se le retrasa y hemos de suponer que le sería grato verse libre aún, durante algún tiempo, de los cuidados y preocupaciones de la maternidad. Resulta, pues, que al comunicar su sueño a su marido, le anuncia, sin saberlo, de una manera delicada, su primer embarazo. Otro amigo me escribió que su mujer había soñado que advertía en su camisa manchas de

leche; también esto es un anuncio de embarazo, pero no ya del primero, pues el sueño realiza el deseo de la durmiente de poder criar a su segundo hijo con más facilidad que al primero.

Una casada joven a la que una enfermedad infecciosa de un hijo suyo había apartado durante algunas semanas de toda relación social, soñó, días después del feliz término de la enfermedad, que se hallaba en una reunión de la que formaban parte A. Daudet, Bourget, Prévost y otros escritores conocidos, mostrándose todos muy amables para con ella. Daudet y Bourget aparecen en el sueño tal y como la durmiente los conoce por retratos; en cambio, Prévost, del que nunca ha visto ninguno, toma la figura del empleado que había venido el día anterior a desinfectar el cuarto del enfermo y que había sido la primera persona extraña a la casa que desde el comienzo de la enfermedad de su hijo había visto la sociable señora. Este sueño puede quizá interpretarse sin dejar laguna ninguna, por el pensamiento siguiente de la sujeto: Ya es hora de que pueda dedicarme a algo más divertido que esta labor de enfermera.

Bastará quizá esta selección, para demostrar cómo con gran frecuencia y en las más diversas circunstancias, hallamos sueños que se nos muestran comprensibles, a título de realizaciones de deseos, y evidencia sin disfraz alguno su contenido. Son éstos, en su mayor parte, sueños sencillos y cortos, que se apartan, para descanso del investigador, de las embrolladas y exuberantes composiciones oníricas que han atraído casi exclusivamente la atención de los autores. A pesar de su sencillez, merecen ser examinados con detención, pues nos proporcionan inestimables datos sobre la vida onírica. Los sueños de forma más sencilla habrán de ser indudablemente los de los niños, cuyos rendimientos psíquicos son con seguridad menos complicados que los de personas adultas. A mi juicio, la psicología infantil está llamada a prestarnos con respecto a la psicología del adulto, idénticos servicios que la investigación de la anatomía o el desarrollo de los animales inferiores ha prestado para la de la estructura de especies zoológicas superiores. Pero hasta el presente, no han surgido sino muy escasas tentativas de utilizar para un tal fin la psicología infantil.

Los sueños de los niños pequeños son, con frecuencia, simples realizaciones de deseos y, al contrario de los de personas adultas, muy poco interesantes. No presentan enigma ninguno que resolver, pero poseen un valor inestimable para la demostración de que por su íntima esencia, significa el sueño una realización de deseos. Los sueños de mis propios hijos me han proporcionado material suficiente de este género.

A una excursión desde Aussee a Hallstatt, realizada durante el verano de 1896, debo dos ejemplos de estos sueños, uno de mi hija, que tenía por entonces ocho años y medio, y otro de uno de mis hijos, niño de cinco años y tres meses. Como información preliminar, expondré que en aquel verano vivíamos en una casa situada sobre una colina cercana a Aussee, desde la cual se dominaba un espléndido panorama. En los días claros, se veía en último término la Dachstein y con ayuda de un anteojo de larga vista se divisaba la Simonyhuette, cabaña emplazada en la cumbre de dicha montaña. Los niños habían mirado varias veces con el anteojo, pero no sé si habían logrado ver algo. Antes de emprender la excursión, de la que se prometían maravillas, les había dicho yo que Hallstatt se hallaba al pie de la Dachstein. Desde Hallstatt nos dirigimos al valle de Escher, cuyos variados panoramas entusiasmaron a los niños. Sólo uno de ellos, el de cinco años, parecía disgustado. Cada vez que aparecía a su vista una nueva montaña, me preguntaba si era la Dachstein, y a medida que recibía respuestas negativas, se fué desanimando y terminó por enmudecer y rehusar tomar parte en una pequeña ascensión que los demás hicieron para ver una cascada. Le creí fatigado, pero a la mañana siguiente, vino a contarme, rebosando alegría, que aquella noche había subido en sueños a la Simonyhuette, y entonces comprendí que al oírme hablar de la Dachstein antes de la excursión, había creído que subiríamos a esta montaña y visitaríamos la cabaña de que tanto hablaban los que miraban por el anteojo. Luego, cuando se dió cuenta de que nuestro itinerario era distinto, quedó defraudado y se puso de mal humor. El sueño le compensó de su desencanto. Los detalles que de él pudo darme, eran, sin embargo, muy pobres. "Para llegar a la cabaña hay que subir escaleras durante seis horas", circunstancia de la qué sin duda había oído hablar en alguna ocasión.

También en la niña de ocho años y medio despertó esta excursión un deseo, que no habiéndose realizado, tuvo que ser satisfecho por el sueño. Habíamos llevado con nosotros a un niño de doce años, hijo de unos vecinos nuestros, que supo conquistarse en poco tiempo todas las simpatías de la niña. A la mañana siguiente, vino ésta a contarme un sueño que había tenido: "Figúrate que he soñado que Emilio era uno de nosotros, os llamaba papá y mamá y dormía con nosotros en la alcoba grande. Entonces venía mamá y echaba un puñado de bombones, envueltos en papeles verdes y azules, debajo de las camas". Los hermanos de la pequeña, a los que indudablemente no ha sido trasmitido por herencia el conocimiento de la interpretación onírica, declararon, como cualquier investigador, que aquel sueño era un disparate. Pero la niña defendió parte del mismo, y es muy interesante, para la teoría de las neurosis, saber cual: "Que Emilio viva con nosotros puede ser un disparate, pero lo de los bombones no". Para mí, era, precisamente, esto lo que me parecía obscuro. Pero mi mujer me proporcionó la explicación. En el camino desde la estación a casa se habían detenido los niños ante una máquina, de la que echando una moneda, salían bombones envueltos en brillantes papeles de colores. Mi mujer, pensando, con razón, que aquel día había traído ya consigo suficientes realizaciones de deseos, dejó la satisfacción de este último para el sueño y ordenó a los niños que continuaran adelante. Toda esta escena había pasado inadvertida para mí. La parte de su sueño que mi hija aceptaba como desatinada, me era, en cambio, comprensible sin necesidad de explicación alguna. Durante la excursión, había oído cómo nuestro pequeño invitado aconsejaba, lleno de formalidad a los niños, que esperasen hasta que llegasen el papá o la mamá. Esta sumisión interina quedó convertida por el sueño en una adopción duradera. La ternura de mi hija no conocía aún otras formas de la vida común que aquellas fraternales que su sueño le muestra. Por qué los bombones eran arrojados por la mamá, precisamente debajo de las camas, constituía un detalle imposible de esclarecer sin interrogar a la niña, analíticamente.

Un amigo mío me ha comunicado un sueño totalmente análogo al de mi hijo, soñado por una niña de ocho años. Su

padre la había llevado de paseo con otros niños y cuando se hallaban ya cerca del lugar que se habían propuesto como fin, lo avanzado de la hora les obligó a emprender el regreso, consolándose los infantiles excursionistas con la promesa de volver otro día con más tiempo. Luego, en el camino, atrajo su atención un nombre inscrito en un poste indicador y expresaron su deseo de ir al lugar a que correspondía, pero por la misma razón de tiempo tuvieron que contentarse con una nueva promesa. A la mañana siguiente, lo primero que la niña dijo a su padre, fué que había soñado que iba con él, tanto al lugar que no habían alcanzado la víspera, como a aquel otro al que después había prometido llevarles. Su impaciencia había anticipado, por lo tanto, la realización de las promesas de su padre.

Igualmente sincero es otro sueño que la belleza del paisaje de Aussee provocó en otra hija mía de tres años y tres meses. Había hecho por primera vez una travesía en bote sobre el lago, y el tiempo había pasado tan rápidamente para ella, que al volver a tierra, se echó a llorar con amargura, resistiéndose a abandonar el bote. A la mañana siguiente, me contó: "Esta noche he estado paseando por el lago". Esperemos que la duración de este paseo nocturno la satisficiera más.

Mi hijo mayor, que por esta época tenía ocho años, soñó ya una vez, con la realización de una fantasía. En su sueño acompañó a Aquiles en el carro de guerra que Diomedes guiaba. La tarde anterior le había apasionado la lectura de un libro de leyendas mitológicas regalado a su hermana mayor.

Admitiendo que las palabras que los niños suelen pronunciar dormidos, pertenecen también al círculo de los sueños, comunicaré aquí uno de los primeros sueños de la colección por mí reunida. Teniendo mi hija menor diez y nueve meses, hubo que someterla a dieta durante todo un día, pues había vomitado repetidamente por la mañana. A la noche se la oyó exclamar enérgicamente en sueños: "Ana F(r)eud, f (r) esas, f(r)ambuesas, bollos, papillas". La pequeña utilizaba su nombre para expresar la posesión, y el "menu" que a continuación detalla, contiene todo lo que podía parecerle

una comida deseable. El que la fruta aparezca en él repetida, constituye una rebelión contra nuestra policía sanitaria casera y tenía su motivo en la circunstancia, advertida seguramente por la niña, de que la niñera había achacado su indisposición a un excesivo consumo de fresas. Contra esta observación y sus naturales consecuencias toma ya en sueños su revancha (1).

Si consideramos dichosa a la infancia por no conocer aún el deseo sexual, tenemos en cambio que reconocer cuán rica fuente de desencanto y renunciamiento, y con ello de génesis de sueños, constituye para ella el otro de los dos grandes instintos vitales (2).

Expondré aquí un segundo ejemplo de este género. Un sobrino mío de veintidós meses recibió el encargo de felicitarme el día de mi cumpleaños y entregarme, como regalo, un cestillo de cerezas, fruta rara aún en esta época. Su cometido le debió de parecer harto penoso de cumplir, pues señalando el cestillo se limitaba a repetir: "Dent(r)o hay cerezas" sin que por nada del mundo se decidiese a entregármelo. Obligado a ello, supo después hallar una compensación. Hasta aquel día solía contar, todas las mañanas, que había soñado con "el soldado blanco", un oficial de la guardia imperial que le inspiró una gran admiración un día que lo vió por la calle; pero al día siguiente a mi cumpleaños se despertó diciendo alegremente: (Ge(r)man comido todás las cerezas" — afirmación que no podía hallarse fundada sino en un sueño (3).

---

(1) Idéntica función que en esta niña, realizó el sueño, poco tiempo después, en su anciana abuela, que contaba cerca de setenta años. Después de un día de dieta que sus trastornos renales la impusieron, soñó, trasladándose seguramente a los felices días de su juventud, que era invitada a comer y a cenar en casa de unos amigos y que en ambas comidas le eran servidos los más exquisitos platos.

(2) Un más penetrante y detenido estudio de la vida anímica de los niños, nos muestra, sin embargo, que en su actividad psíquica desempeñan un papel importantísimo, inadvertido durante mucho tiempo por los investigadores, fuerzas instintivas de conformación infantil, y, por tanto, habremos de dudar de la felicidad que a esta edad atribuyen luego los adultos. (Véase "Una teoría sexual", en otro tomo de estas "Obras completas".)

(3) No debo dejar de advertir, que los niños suelen también tener sueños más complicados y menos transparentes, y que, por otro lado, también en los adultós se presentan, bajo deter-

Ignoro con qué soñarán los animales. Un proverbio, parece, sin embargo, saberlo, pues pregunta: "¿Con qué sueña

---

minadas circunstancias, sueños de sencillo carácter infantil. Los ejemplos expuestos por mí en mi "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (Jahrbuch von Bleuler-Freud, lb. 1909) y por Jung en su estudio "Sobre los conflictos del alma infantil" (ibidem, II, 1910) muestran lo ricos que en insospechado contenido pueden ser ya los sueños de niños de cuatro a cinco años. También v. Hugh-Hellmuth, Putnam, Raalte, Spielrein, Tausk, Banchieri, Buseman y Wigam han publicado interpretaciones analíticas de sueños infantiles. El último de los autores citados acentúa especialmente la tendencia a la realización de deseos de tales sueños. Por otra parte, parece que los sueños infantiles vuelven a presentarse con singular frecuencia en los adultos colocados en condiciones de vida alejadas de lo corriente. En su libro "Antartie" (1904) escribe Otto Nordenskjoeld, de la tripulación que con él invernó entre los hielos: "Nuestros sueños, que no habían sido nunca tan vivos ni numerosos como entonces, indicaban claramente la orientación de nuestros pensamientos. Hasta aquellos de nuestros camaradas que en la vida normal no soñaban sino excepcionalmente, nos relataban largas historias cuando por las mañanas nos reuníamos para comunicarnos unos a otros nuestras últimas aventuras en el mundo imaginativo de los sueños. Todas ellas se referían al círculo de relación social del que tan alejados nos hallábamos, pero con frecuencia aparecían adaptadas a nuestra situación de momento. Uno de los sueños más característicos, fué el de un compañero nuestro que se vió trasladado a los bancos de la escuela y encargado, por el profesor, de despellejar pequeñísimas focas en miniatura, fabricadas expresamente para fines pedagógicos. Comer y beber eran, por lo demás, los centros en derredor de los cuales gravitaban casi siempre nuestros sueños. Uno de nosotros, que tenía la especialidad de soñar con grandes banquetes, se mostraba encantado cuando podía anunciarnos, por la mañana, que había saboreado una comida de tres platos. Otro soñaba con montañas de tabaco, y otro, por último, veía avanzar a nuestro barco, con las velas henchidas, sobre el mar libre. Uno de estos sueños merece especial mención: El cartero trae el correo y explica largamente por qué ha tardado tanto en llegar hasta nosotros. Se equivocó en la distribución y sólo con mucho trabajo logró volver a hallar las cartas erróneamente entregadas. Naturalmente, nos ocupábamos en nuestros sueños de cosas aún más imposibles, pero en todos los míos y en los que me han sido relatados por mis camaradas podía observarse una singular pobreza de imaginación. Si todos ellos hubiesen sido anotados, poseeríamos una colección de documentos de un gran interés psicológico. De todos modos, se comprenderá lo encantadores que resultaban para nosotros, ya que podían ofrecernos lo que más ardientemente deseábamos. Citaré también unas palabras de Du Prel: "Mungo Park, llegado en su viaje a través de Africa, a un estado de extrema extenuación, soñaba todas las noches con

el ganso?" y responde: "Con el maíz" (1). Toda la teoría que atribuye al sueño el carácter de realización de deseos, se halla contenida en estas dos frases (2).

Observamos ahora, que hubiéramos llegado a nuestra teoría del sentido oculto de los sueños por el camino más corto, con sólo consultar el uso vulgar del lenguaje. La sabiduría popular habla a veces con bastante desprecio de los sueños, y parece querer dar la razón a la ciencia, cuando juzga, en su proverbio, que "los sueños son vana espuma", mas para el lenguaje corriente es, predominantemente, el sueño el benéfico realizador de deseos. "Esto no me lo hubiera figurado ni en sueño" — exclama encantado aquel que encuentra superadas, por la realidad, sus esperanzas.

---

los fructíferos valles de su país natal. Así mismo, Trenck, atormentado por el hambre, se veía sentado en una cervecería de Magdeburgo, ante una mesa colmada de los más suculentos manjares, y Jorge Back, que tomó parte en la primera expedición de Franklin soñaba siempre con grandes comidas durante los días en que estuvo próximo a la muerte por inanición.

(1) Un proverbio húngaro, citado por Ferenczi, afirma, más ampliamente, que "el cerdo sueña con las bellotas y el ganso con el maíz".—Un proverbio judío, dice así mismo: "¿Con qué sueña la gallina?—Con el trigo."

(2) Nada más lejos de mí que afirmar que ningún autor ha pensado antes que yo en deducir un sueño de un deseo. (Véanse los primeros párrafos del capítulo siguiente.) Aquellos que dan un valor a tales prioridades, podrían citarme, ya en la antigüedad, al médico Herophilos, que vivió bajo el primero de los Ptolomeos y distinguía —según Buechsenschuetz— tres clases de sueños: los enviados por los dioses; los naturales, que surgen por el hecho de que el alma se forma una imagen de lo que le es conveniente y de lo que sucederá; y los mixtos, que emergen espontáneamente por aproximación de imágenes, cuando vemos lo que deseamos. De la colección de ejemplos de Schener, extrae Staercke uno al que el mismo autor califica de realización de deseos (pág. 239). Dice Scherner: "El deseo despierto de la durmiente fué colmado en el acto por su fantasía, sencillamente porque continuaba intensamente vivo en el ánimo de la misma." Este sueño pertenece a los "sueños de estado de ánimo" (Stimmungstraumen) y próximos a él se hallan los sueños de "deseo amoroso masculino y femenino" y los de "malhumor". Como puede verse, no hay el menor indicio de que Scherner atribuyera a los deseos otra significación, con respecto a los sueños, que la de uno de tantos estados de ánimo de la vida despierta, y mucho menos, por lo tanto, de que relacionase los deseos con la esencia de los sueños.

IV

LA DEFORMACION ONIRICA

Sé, desde luego, que ante mi afirmación de que *todo* sueño es una realización de deseos y que no existen, por lo tanto, sino sueños optativos, habrán de alzarse rotundas negativas. Se me objetará, que la existencia de sueños interpretables como realizaciones de deseos no es cosa nueva y ha sido observada ya por un gran número de autores (cf. Radestock, págs. 137 a 138; Volkelt, págs. 110 a 111; Purkinje, pág. 156: Tissié, pág. 70; M. Simón, pág. 42 — sobre los sueños de hambre del Barón de Trenck, durante su encarcelamiento — Griesinger, pág. 111) (1), pero que el negar en absoluto la posibilidad de otro género de sueños no es sino una injustificada generalización fácilmente controvertible, por fortuna. Existen, en efecto, muchos sueños de contenido penoso que no muestran el menor indicio de una realización de deseos. E. V. Hartmann, el filósofo pesimista, es quien más se aleja de esta concepción de la vida onírica. En su "Filosofía de lo inconsciente", escribe (II parte, pág. 344):

"Con los sueños, pasan al estado de reposo todos los cuidados de la vida despierta y no en cambio aquello que puede reconciliar al hombre culto con la existencia: el goce científico y artístico..." Pero también observadores menos pesimistas han hecho resaltar la circunstancia de que en los sueños son más frecuentes el dolor y el displacer que el placer (cf. Scholz, pág. 33; Volkelt, pág. 80; y otros). Las señoras Sarah Weed y Florence Hallam han formado una estadística de sus sueños y deducido de ella una expresión numérica para el predominio del displacer en la vida onírica — un 58 por

(1) Ya Plotino, el filósofo neoplatónico, decía: "Cuando nuestros deseos entran en actividad, acude la fantasía y nos presenta seguidamente el objeto de los mismos." (Du Prel, página 276).

100 de sueños penosos y un 28'6 por 100 de sueños agradables. Por otra parte, además de estos sueños que continúan durante el reposo los diversos sentimientos penosos de la vida despierta, existen sueños de angustia en los que esta sensación, la más terrible de todas las displacientes, se apodera de nosotros hasta que su misma intensidad nos hace despertar, y se da el caso de que los niños, en cuyos sueños se nos ha mostrado la realización de deseos sin disfraz alguno, se hallan sujetos con gran frecuencia a tales pesadillas angustiosas (cf. las observaciones de Debacker sobre el "pavor nocturnus").

Los sueños de angustia parecen realmente excluir la posibilidad de una generalización del principio que los análisis incluídos en el capítulo anterior nos llevaron a deducir, o sea el de que los sueños son una realización de deseos, y hasta demostrar su total absurdo. Sin embargo, no es muy difícil sustraerse a estas objeciones, aparentemente incontrovertibles. Obsérvese tan sólo, que nuestra teoría no reposa sobre los caracteres del contenido manifiesto, sino que se basa en el contenido ideológico que la labor de interpretación nos descubre detrás del sueño. Confrontemos, en efecto, el *contenido manifiesto con el latente*. Es cierto que existen sueños en los que el primero es penosísimo. ¿Pero se ha intentado nunca interpretar estos sueños y descubrir el contenido ideológico latente de los mismos? Desde luego no, y por lo tanto, no pueden alcanzarnos ya las objeciones citadas y cabe siempre la posibilidad de que también los sueños penosos y los de angustia se revelen, después de la interpretación, como realizaciones de deseos (1).

En la investigación científica resulta a veces ventajoso, cuando un problema presenta difícil solución, acumular a él otro nuevo, del mismo modo que no es más fácil cascar dos nueces apretándolas una contra otra que separadamente. Así,

(1) Es increíble la resistencia que los lectores y los críticos oponen a este razonamiento y a la diferenciación fundamental entre contenido latente y contenido manifiesto. En cambio, debo hacer constar que de todos los juicios contenidos en la literatura existente sobre la materia, ninguno se acerca tanto a mis afirmaciones con respecto a este punto concreto, como los expresados por J. Sully en su estudio "Dreams as a revelation", trabajo meritísimo, cuyo valor no puede quedar disminuído por ser aquí la primera vez que lo mencionamos: "It would seem then, after

a la interrogación planteada de cómo los sueños penosos y los de angustia pueden constituir realizaciones de deseos, podemos agregar, deduciéndola de las características de la vida onírica hasta ahora examinadas, la de por qué los sueños de contenido indiferente, que resultan ser realizaciones de deseos, no muestran abiertamente este significado. Tomemos el sueño examinado antes con todo detalle, de la inyección de Irma; no es de carácter penoso y la interpretación nos lo ha revelado como una amplia realización de deseos. ¿Mas por qué precisa de interpretación? ¿Por qué no expresa directamente su sentido? A primera vista no nos hace tampoco la impresión de presentar realizado un deseo del durmiente y sólo después del análisis es cuando nos convencemos de ello. Dando a este comportamiento del sueño, cuyos motivos ignoramos aún, el nombre de *"deformación onírica"* (*Traumentstellung*), surge ante nosotros la segunda interrogación: ¿De dónde proviene esta deformación de los sueños?

Si para contestar a esta pregunta echamos mano a las primeras ocurrencias que a su estímulo surgen en nuestro pensamiento, podremos proponer varias soluciones verosímiles, por ejemplo, la de que durante el reposo no existe el poder de crear una expresión correspondiente a las ideas del sueño. Pero el análisis de determinados sueños nos obliga a aceptar una distinta explicación de la deformación onírica. Para demostrarlo, expondré la interpretación de otro sueño propio, interpretación que si bien me fuerza a cometer de nuevo multitud de indiscreciones, compensa este sacrificio personal con un acabado esclarecimiento del problema planteado.

Información preliminar: En la primavera de 1897, supe que dos profesores de nuestra Universidad me habían propuesto para el cargo de profesor extraordinario, hecho que a más

---

all, that dreams are not the utter nonsense they have been said to be by such authorities as Chaucer, Shakespeare and Milton. The chaotic aggregations of our nightfancy have a significance and communicate new knowledge. Like some letter in cipher, the dream-inscription when scrutinised closely loses its first look of balderdash and takes the aspect of a serious, intellegible message. Or, to vary the figure slightly, we may say that, like some palimpsest, the dream discloses beneath its worthless surface-characters traces of an old and precious communication" (pág. 364).

de sorprenderme por inesperado, me causó una viva alegría, pues suponía una prueba de estimación, independiente de toda relación personal, por parte de dos hombres de altos merecimientos científicos. Pero en el acto, me dije que no debía fundar esperanza ninguna en la propuesta de que había sido objeto, pues durante los últimos años, había hecho el ministerio caso omiso de todas las que le habían sido dirigidas, y muchos de mis colegas, de más edad y por lo menos iguales merecimientos que yo, esperaban en vano su promoción. Careciendo de motivos para esperar mejor suerte, decidí resignarme a que mi nombramiento quedase sin efecto. Después de todo — me dije — no soy ambicioso y ejerzo con éxito mi actividad profesional sin necesidad de título honorífico ninguno. aunque también es verdad que en este caso no se trata de que las uvas estén verdes o maduras, pues lo indudable es que se hallan fuera de mi alcance.

Así las cosas, recibí una tarde la visita de un colega con el que me unían vínculos de amistad y que se contaba precisamente entre aquellos cuya suerte me había servido de advertencia. Candidato desde hacía ya mucho tiempo al nombramiento de profesor, que hace del médico, en nuestra sociedad moderna, una especie de semidiós ante los ojos de los enfermos, y menos resignado que yo, solía visitar de cuando en cuando las oficinas del ministerio, para activar la resolución de su empeño. De una de tales visitas venía la tarde a que me refiero, y me relató que esta vez había puesto en un aprieto al alto empleado que le recibió, preguntándole sin ambajes si el retraso de su nombramiento dependía realmente... de consideraciones confesionales. La respuesta fué que, en efecto, dadas las corrientes de opinión dominantes, no se hallaba S. E., por el momento, en situación, etc., etc. "Por lo menos sé ya a qué atenerme" — dijo mi amigo al final de su relato, con el cual no me había revelado nada nuevo, aunque sí me había afirmado en mi resignación, pues las consideraciones confesionales alegadas, eran también aplicables a mi caso.

A la madrugada siguiente a esta visita, tuve un sueño de contenido y forma singulares. Se componía de dos ideas y dos imágenes en sucesión alternada, mas para el fin que aquí

perseguimos nos bastará con comunicar su primera mitad, ó sea una idea y una imagen.

I. Mi amigo R. es mi tío. —Siento un gran cariño por él.

II. Veo, ante mí, su rostro, pero algo cambiado y como alargado, resaltando con especial precisión la rubia barba que lo encuadra. A continuación, sigue la segunda mitad del sueño, compuesta de otra idea y otra imagen, de las que prescindo como antes indiqué.

La interpretación de este sueño se desarrolló en la forma siguiente:

Al recordarlo por la mañana, me eché a reír, exclamando: "¡Qué disparate!" Pero no pude apartar de él mi pensamiento en todo el día y acabé por dirigirme los siguientes reproches: "Si cualquiera de tus enfermos tratase de rehuir la interpretación de uno de sus sueños, tachándolo de disparatado, pensarías que detrás de dicho sueño se escondía alguna historia desagradable, cuya percatación intentaba evitarse. Por lo tanto, debes proceder contigo mismo como con un tal enfermo procederías. Tu opinión de que este sueño es un desatino, no significa sino una resistencia interior contra la interpretación y no debes dejarte vencer por ella". Estos pensamientos me movieron a emprender el análisis.

"R. es mi tío". ¿Qué puede esto significar? No he tenido más que un tío, mi tío José (1), protagonista, por cierto, de una triste historia. Llevado por el ansia de dinero, se dejó inducir a cometer un acto que las leyes castigan severamente y cayó bajo el peso de las mismas. Mi padre, que por entonces — de esto hace ya más de treinta años — encaneció del disgusto, solía decir que tío José no había sido nunca un hombre perverso y sí, únicamente, un imbécil. De este modo, al pensar en mi sueño, que mi amigo R. es mi tío José, no quiero decir otra cosa sino que R. es un imbécil. Esto, aparte de serme muy desagradable, me parece, al principio, inverosímil. Mas para confirmarlo, acude el alargado

(1) Es singular cuánto se limita aquí mi recuerdo despierto, en favor de los fines del análisis. En realidad, he conocido a cinco tíos míos, algunos de los cuales me han inspirado gran cariño y respeto. Pero en el momento en que he logrado vencer la resistencia que a la interpretación se oponía, me digo: "No he tenido más que un tío, el tío José", y es éste, precisamente, aquél a que mi sueño se refiere.

rostro encuadrado por una cuidada barba rubia que a continuación veo en mi sueño. Mi tío tenía realmente cara alargada y llevaba una hermosa barba rubia. En cambio mi amigo R. ha sido muy moreno; pero como todos los hombres morenos, paga, ahora que comienza a encanecer, el atractivo aspecto de sus años juveniles, pues su barba va experimentando, pelo a pelo, transformaciones de color nada estéticas, pasando primero al rojo sucio y luego al gris amarillento, antes de blanquear definitivamente. En uno de estos cambios se halla ahora la barba de mi amigo R., y según advierto con desagrado, también la mía. El rostro que en sueños he visto es, al mismo tiempo, el de R. y el de mi tío José, como si fuese una de aquellas fotografías en que Galton obtenía los rasgos característicos de una familia, superponiendo en una misma placa los rostros de varios de sus individuos. Así, pues, habré de aceptar que, en mi sueño, quiero efectivamente decir que mi amigo R. es un imbécil, como mi tío José.

Lo que no sospecho aún es para qué habré podido establecer una tal comparación, contra la que todo en mí se rebela, aunque he de reconocer que no pasa de ser harto superficial, pues mi tío José era un delincuente y R. es hombre de conducta intachable. Sin embargo, también él ha sufrido los rigores de la ley por haber atropellado a un muchacho yendo en bicicleta. ¿Me referiré acaso en mi sueño a este delito? Sería llevar la comparación hasta lo ridículo. Pero recuerdo ahora una conversación mantenida hace unos días con N., otro de mis colegas, y que versó sobre el mismo tema que la detallada en la información preliminar. N., al que encontré en la calle, se hallaba también propuesto para el cargo de profesor y me felicitó por haber sido objeto de igual honor, felicitación que yo rechacé, diciendo: "No sé por qué me da usted la enhorabuena, conociendo mejor que nadie, por experiencia propia, el valor de tales propuestas". A estas palabras mías, repuso N., bromeando: "¿Quién sabe? Yo tengo, quizá, algo especial en contra mía. ¿Ignora usted acaso que fuí una vez objeto de una denuncia? Naturalmente, se trataba de una vulgar tentativa de "chantage" y todavía me costó Dios y ayuda librar a la denunciante del castigo merecido. ¿Pero quién me dice que en el ministerio no

toman este suceso como pretexto para negarme el título de profesor? En cambio a usted no tienen pero que ponerle."

Con el recuerdo de esta conversación, se me rebela el delincuente de que precisaba para completar la comprensión del paralelo establecido en mi sueño, y al mismo tiempo, todo el sentido y la tendencia de este último. Mi tío José — imbécil y delincuente — representa en mi sueño a mis dos colegas que no han alcanzado aún el nombramiento de profesor, y por el hecho mismo de representarlos, tacha al uno de imbécil y de delincuente al otro. Asimismo, veo ahora, con toda claridad, para qué me es necesario todo esto. Sí, efectivamente, es a razones "confesionales" a lo que obedece el indefinido retraso de la promoción de mis dos colegas, puedo estar seguro de que la propuesta hecha a mi favor habrá de correr la misma suerte. Por lo contrario, si consigo atribuir a motivos distintos y que no puedan alcanzarme, el veto opuesto a ambos por las altas esferas oficiales, no tendré por qué perder la esperanza de ser nombrado. En este sentido, actúa, pues, mi sueño, haciendo de R. un imbécil y de N. un delincuente. En cambio yo, libre de ambos reproches, no tengo ya nada común con mis dos colegas, puedo esperar confiado mi nombramiento y me veo libre de la objeción revelada a mi amigo R. por el alto empleado del ministerio, objeción que es perfectamente aplicable a mi caso.

A pesar de los esclarecimientos logrados, no puedo dar aquí por terminada la interpretación, pues siento que falta aún mucho por explicar y sobre todo no he conseguido todavía justificar ante mis propios ojos la ligereza con que me he decidido denigrar a dos de mis colegas, a los que respeto y estimo, sólo por desembarazar de obstáculos mi camino hacia el profesorado. Claro es, que el disgusto que tal conducta me inspira queda atenuado por mi conocimiento del valor que debe concederse a los juicios que en nuestros sueños formamos. No creo, realmente, que R. sea un imbécil ni dudo un solo instante de la explicación que N. me dió del enojoso asunto en que se vió envuelto, como tampoco podía creer, en realidad, que Irma se hallaba gravemente enferma a causa de una inyección de un preparado a base de propilena que Otto la había administrado. Lo que tanto en un caso como en otro, expresa mi sueño, no es sino mi *deseo de que así fuese*. La afir-

mación por medio de la cual se realiza este deseo, parece más absurda en el sueño de Irma que en el últimamente analizado, pues en éste quedan utilizados con gran habilidad varios puntos de apoyo efectivos, resultando así, como una diestra calumnia en la que "hay algo de verdad". En efecto, mi amigo R. fué propuesto con el voto en contra de uno de los profesores, y N. me proporcionó, por sí mismo, inocentemente, en la conversación relatada, material más que suficiente para denigrarle. Repito, no obstante, que me parece necesario un más amplio esclarecimiento.

Recuerdo ahora, que el sueño contenía aún otro fragmento del que hasta ahora no me he ocupado en la interpretación. Después de ocurrírseme que R. es mi tío, experimento en sueños un tierno cariño hacia él. ¿De dónde proviene este sentimiento? Mi tío José no me inspiró nunca, naturalmente, cariño ninguno. R. es, desde hace años, un buen amigo mío, al que quiero y estimo, pero si me oyera expresarle mi afecto en términos aproximadamente correspondientes al grado que él mismo alcanza en mi sueño, quedaría, con seguridad, un tanto sorprendido. Tal afecto me parece, pues, tan falso y exagerado — aunque esto último, en sentido inverso — como el juicio que sobre sus facultades intelectuales expreso en mi sueño, al fundir su personalidad con la de mi tío. Pero esta misma circunstancia me hace entrever una posible explicación. El cariño que por R. siento en mi sueño, no pertenece al contenido latente, esto es, a los pensamientos que se esconden detrás del sueño. Por lo contrario, se halla en oposición a dicho contenido y es muy apropiado para encubrirme su sentido. Probablemente, no es otro su destino. Recuerdo qué enérgica resistencia se opuso en mí a la interpretación de este sueño y cómo fuí aplazándola una y otra vez, hasta la noche siguiente, con el pretexto de que todo él no era sino un puro disparate. Por mi experiencia psicoanalítica, sé cómo han de interpretarse estos juicios condenatorios. Su valor no es el de un conocimiento sino tan sólo el de una manifestación afectiva. Cuando mi hija pequeña no quiere comer una manzana que le ofrecen, afirma que está agria sin siquiera haberla probado. En aquellos casos en que mis pacientes siguen esta conducta infantil, comprendo en seguida que se trata de una representación que quieren *reprimir*. Esto mismo sucede

en mi sueño. Me resisto a interpretarlo, porque la interpretación contiene algo contra lo cual me rebelo, y que una vez efectuada aquélla, demuestra ser la afirmación de que R. es un imbécil. El cariño que por R. siento, no puedo referirlo a las ideas latentes de mi sueño, pero sí, en cambio, a esta mi resistencia. Si mi sueño, comparado con su contenido latente, aparece deformado hasta la inversión, con respecto a este punto, habré de deducir que el cariño en él manifiesto sirve precisamente a dicha deformación, o dicho de otro modo, que la deformación demuestra ser aquí intencionada, constituyendo un medio de *disimulación*. Mis ideas latentes contienen un insulto contra R. y para evitar que yo me dé cuenta de ello, llega al contenido manifiesto todo lo contrario, esto es, un cariñoso sentimiento hacia él.

Podía ser éste un descubrimiento de carácter general. Como hemos visto por los ejemplos incluídos en el capítulo III, existen sueños que constituyen francas realizaciones de deseos. En aquellos casos en los que una tal realización aparece disfrazada e irreconocible, habrá de existir una tendencia opuesta al deseo de que se trate, y a consecuencia de ella, no podría el deseo manifestarse sino encubierto y disfrazado. La vida social nos ofrece un proceso paralelo a éste que en la vida psíquica se desarrolla, mostrándonos una análoga deformación de un acto psíquico. En efecto, siempre que en la relación social entre dos personas, se halle una de ellas investida de un cualquier poder que imponga a la otra determinadas precauciones en la expresión de sus pensamientos, se verá obligada esta última a deformar sus actos psíquicos al exteriorizarlos, o dicho de otro modo, a disimular. La cortesía social, que estamos habituados a observar cotidianamente, no es, en gran parte, sino un tal disimulo. Asimismo, al comunicar aquí a mis lectores las interpretaciones de mis sueños, me veo forzado a llevar a cabo tales deformaciones. De esta necesidad de disfrazar nuestro pensamiento se lamenta también el poeta:

"Lo mejor que saber puedes no te es dado decírselo a los niños".

En análoga situación se encuentra el escritor político que quiere decir unas cuantas verdades desagradables al Gobier-

no. Si las expresa sin disfraz alguno, la autoridad reprimirá su exteriorización, a posteriori si se trata de manifestaciones verbales o preventivamente si han de hacerse públicas por medio de la imprenta. De este modo, el escritor, temeroso de la *censura*, atenuará y deformará la expresión de sus opiniones. Según la energía y la susceptibilidad de esta censura, se verá obligado a prescindir simplemente de algunas formas de ataque, a hablar por medio de alusiones y no directamente, o a ocultar sus juicios bajo un disfraz, inocente en apariencia, refiriendo, por ejemplo, los actos de dos mandarines del Celeste Imperio, cuando intenta publicar los de dos altos personajes de su patria. Cuanto más severa es la censura, más chistosos son, con frecuencia, los medios de que el escritor se sirve para poner a sus lectores sobre la pista de la significación verdadera de su artículo (1).

---

(1) La señora v. Hugh-Hellmuth ha comunicado un sueño (Internat-Zeitschr. f. aertzl. Psychoanalyse III) que justifica como ningún otro mi adopción del término "censura". La deformación onírica actúa en este sueño como la censura postal, borrando aquellos pasajes que cree inaceptables. La censura postal suprime tales pasajes con una tachadura, y la censura onírica los sustituye, en este caso, por un murmullo ininteligible.

Para la mejor comprensión del sueño, indicaremos que la sujeto es una señora de cincuenta años, muy distinguida y estimada, y viuda, hacía ya doce años, de un jefe del Ejército. Tiene varios hijos ya mayores, y uno de ellos se hallaba, en la época del sueño, en el frente de batalla.

He aquí el relato de este sueño, al que podríamos dar el título de "sueño de los servicios de amor": "La señora entra en el hospital militar N. y manifiesta al centinela, que desea hablar al médico-director (al que da un nombre desconocido) para ofrecerle sus servicios en el hospital. Al decir esto, acentúa la palabra "servicios" de tal manera, que el centinela comprende, en seguida, que se trata de "servicios de amor". Viendo que es una señora de edad, la deja pasar, después de alguna vacilación, pero en lugar de llegar hasta el despacho del médico-director, entra en una gran habitación sombría en la que se hallan varios oficiales y médicos militares, sentados o de pie, en derredor de una larga mesa. La señora comunica su oferta a un médico, que la comprende desde las primeras palabras. He aquí el texto de las mismas, tal y como la señora lo pronunció en su sueño: "Yo y muchas otras mujeres, casadas y solteras, de Viena, estamos dispuestas, con todo militar, sea oficial o soldado..." Tras de estas palabras, oye (siempre en sueños) un murmullo, pero la expresión, en parte confusa y en parte maliciosa, que se pinta en los rostros de los oficiales, le prueba que los circunstantes comprenden muy bien lo que quiere decir. La señora, continúa:

La absoluta y minuciosa coincidencia de los fenómenos de la censura con los de la deformación onírica, nos autoriza a atribuir a ambos procesos, condiciones análogas. Admitiremos, pues, como factores de la formación de los sueños, dos poderes psíquicos del individuo (corrientes, sistemas), uno de los cuales forma el deseo expresado por el sueño, mientras que el otro ejerce una censura sobre dicho deseo y le obliga de este modo a deformar su exteriorización. Sólo nos quedaría, entonces, por averiguar, qué es lo que confiere a esta segunda instancia el poder mediante el cual le es dado ejercer la censura. Si recordamos que las ideas latentes del sueño no son conscientes antes del análisis, y en cambio el contenido manifiesto de ellas emanado, si es recordado como consciente, podremos sentar la hipótesis de que el privilegio de que dicha segunda instancia goza es precisamente el del acceso a la conciencia. Nada del primer sistema puede llegar a la conciencia sin antes pasar por la segunda instancia, y ésta no deja pa-

"Sé que nuestra decisión puede parecer un tanto singular, pero es completamente seria. Al soldado no se le pregunta tampoco, en tiempos de guerra, si quiere o no morir." A esta declaración, sigue un penoso silencio. El médico mayor rodea con su brazo la cintura de la señora y le dice: "Mi querida señora, suponed que llegásemos realmente a ese punto..." (Murmullos). La señora se liberta del abrazo, aunque pensando que lo mismo da aquél que otro cualquiera, y responde: "Dios mío, yo soy una vieja y puede que jamás me encuentre ya en ese caso. Sin embargo, habrá que organizar las cosas con cierto cuidado y tener en cuenta la edad, evitando que una mujer vieja y un muchacho joven... (murmullos)... sería horrible."—El médico mayor: "La comprendo a usted perfectamente." Algunos oficiales, entre los cuales se halla uno que le había hecho la corte en su juventud, se echan a reír y la señora expresa su deseo de ser conducida ante el médico-director, al que conoce, con el fin de poner en claro todo aquello, pero advierte, sorprendida, que ignora el nombre de dicho médico. Sin embargo, aquel otro al que se ha dirigido anteriormente, le muestra, con gran cortesía y respeto, una escalera de hierro, estrecha y en espiral, que conduce a los pisos superiores, y le indica que suba hasta el segundo. Mientras sube, oye decir a un oficial: "Es una decisión colosal. Sea joven o vieja la mujer de que se trate, a mí no puede por menos de inspirarme respeto." Con la conciencia de cumplir un deber, asciende la señora por una escalera interminable.

El mismo sueño se reproduce luego dos veces más en el espacio de pocas semanas y con algunas modificaciones que, según la apreciación de la señora, eran insignificantes y perfectamente absurdas."

sar nada sin ejercer sobre ello sus derechos e imponer a los elementos que aspiran a llegar a la conciencia aquellas transformaciones que le parecen convenientes. Entrevemos aquí una especialísima concepción de la "esencia de la conciencia"; el devenir consciente es para nosotros un especial acto psíquico, distinto e independiente de los procesos de inteligir o representar, y la conciencia se nos muestra como un órgano sensorial que percibe un contenido dado en otra parte. No es nada difícil demostrar que la psicopatología no puede prescindir en absoluto de estas hipótesis fundamentales, cuyo detenido estudio habremos de llevar a cabo más adelante.

Conservando esta representación de las dos instancias psíquicas y de sus relaciones con la conciencia, se nos muestra una analogía, por completo congruente, entre la singular ternura que en mi sueño experimento hacia mi amigo R. — tan denigrado luego en la interpretación — y la vida política del hombre. Supongámonos, en efecto, trasladados a un estado en el que un rey absoluto, muy celoso de sus prerrogativas, y una activa opinión pública, luchan entre sí. El pueblo se rebela contra un ministro que no le es grato y pide su destitución. Entonces, el monarca, con el fin de mostrar que no tiene por qué doblegarse a la voluntad popular, hará precisamente objeto, a su ministro, de una alta distinción para la cual no existía antes el menor motivo. Del mismo modo, si mi segunda instancia, que domina el acceso a la conciencia, distingue a mi amigo R. con una exagerada efusión de ternura, es precisamente porque las tendencias optativas del primer sistema quisieran denigrarle, calificándole de imbécil, en persecución de un interés particular del que dependen (1).

Sospechamos aquí que la interpretación onírica puede proporcionarnos, sobre la estructura de nuestro aparato anímico, datos que hasta ahora habíamos esperado en vano de

(1) Tales sueños hipócritas no son nada raros. Hallándome, en una ocasión, consagrado al estudio de un determinado problema científico, tuve varias noches, casi seguidas, un sueño fácilmente desorientador, cuyo contenido era mi reconciliación con un amigo del que hace ya tiempo hube de prescindir. A la cuarta o quinta vez conseguí por fin aprehender el sentido de estos sueños. Residía en la incitación a echar a un lado el resto

la filosofía. Pero no queremos seguir ahora este camino, sino que después de haber esclarecido la deformación onírica, volvemos a nuestro punto de partida. Nos preguntamos cómo los sueños de contenido penoso podían ser interpretados como realizaciones de deseos y vemos ahora que ello es perfectamente posible cuando ha tenido efecto una deformación onírica, esto es, cuando el contenido penoso no sirve sino de disfraz de otro deseado. Refiriéndonos a nuestras hipótesis sobre las dos instancias psíquicas, podremos, pues, decir que los sueños penosos contienen efectivamente algo que resulta penoso para la segunda instancia, pero que, al mismo tiempo, cumplen un deseo de la primera. Son sueños optativos en tanto en cuanto todo sueño parte de la primera instancia, no actuando la segunda, con respecto al sueño, sino defensivamente y no con carácter creador. Si nos limitamos a tener en cuenta aquello que la segunda instancia aporta al sueño, no llegaremos jamás a comprenderlo y permanecerán en pie todos los enigmas que los autores han observado en el fenómeno onírico.

El análisis nos demuestra, en todo caso, que el sueño posee realmente un sentido y que éste es el de una realización de deseos. Tomaré, pues, algunos sueños de contenido penoso e intentaré su análisis. En parte, son sueños de sujetos histéricos que exigen una larga información preliminar y nos obligan a adentrarnos, a veces, en los procesos psíquicos de la histeria. Pero no me es posible eludir estas complicaciones de mi exposición.

En el tratamiento analítico de un psiconeurótico constituyen siempre sus sueños, como ya hubimos de indicar, uno de los temas sobre los que han de versar las conferencias entre médico y enfermo. En ellas comunico al sujeto todos aquellos esclarecimientos psicológicos con ayuda de los cua-

---

de consideración que aún me inspiraba dicha persona y a desligarme de ella en absoluto. Pero, en el sueño, se había disimulado hipócritamente este sentimiento, presentándose convertido en su contrario.—De otra persona, he comunicado un "sueño de Edipo" de carácter hipócrita, en el que los sentimientos hostiles y los deseos de muerte de las ideas latentes quedaban sustituídos por una manifiesta ternura ("Ejemplo típico de un sueño de Edipo, disfrazado.") Más adelante (cap. IV) citaremos otro género de sueños hipócritas.

les he llegado a la comprensión de los síntomas, pero estas explicaciones son siempre objeto, por parte del enfermo, de una implacable crítica, tan minuciosa y severa como la que de un colega pudiera yo esperar. Sin excepción ninguna, se niegan los pacientes a aceptar el principio de que todos los sueños son realizaciones de deseos, y suelen apoyar su negativa con el relato de sueños que a su juicio contradicen rotundamente tal teoría. Expondré aquí algunos de ellos:

"Dice usted que todo sueño es un deseo cumplido — me expone una ingeniosa paciente—. Pues bien; le voy a referir uno que es todo lo contrario. En él se me niega precisamente un deseo. ¿Cómo armoniza usted esto con su teoría?"— El sueño a que la enferma alude es el siguiente:

"Quiero dar una comida, pero no dispongo sino de un poco de salmón ahumado. Pienso en salir para comprar lo necesario, pero recuerdo que es domingo y que las tiendas están cerradas. Intento luego telefonear a algunos proveedores y resulta que el teléfono no funciona. De este modo, tengo que renunciar al deseo de dar una comida."

Como es natural, respondo a mi paciente, que tan sólo el análisis puede decidir sobre el sentido de su sueño, aunque concedo desde luego, que a primera vista se muestra razonable y coherente y parece constituir todo lo contrario de una realización de deseos. "¿Pero de qué material ha surgido este sueño? Ya sabe usted que el estímulo de un sueño se halla siempre entre los sucesos del día inmediatamente anterior."

Análisis. Su marido, un honrado y laborioso carnicero, la había dicho el día anterior, que estaba demasiado grueso e iba a comenzar una cura de adelgazamiento. Se levantaría temprano, haría gimnasia, observaría un severo régimen en las comidas, y sobre todo, no aceptaría ya más invitaciones a comer fuera de su casa. A continuación, relata la paciente, entre grandes risas, que un pintor al que su marido había conocido en el café, hubo de empeñarse en retratarle, alegando no haber hallado nunca una cabeza tan expresiva. Pero el buen carnicero había rechazado la proposición, diciendo al pintor, con sus rudas maneras acostumbradas, que sin dejar de agradecerle mucho su interés, estaba seguro de que el mas pequeño trozo del trasero de una muchacha bonita habría de

serle más agradable de pintar que toda su cabeza, por muy expresiva que fuese. La sujeto se halla muy enamorada de su marido y gusta de embromarle de cuando en cuando. Recientemente le ha pedido que no le traiga nunca caviar.— ¿Qué significa esto?

Hace ya mucho tiempo que tiene el deseo de tomar caviar como entremés, en las comidas, pero no quiere permitirse el gasto que ello supondría. Naturalmente, tendría el caviar deseado en cuanto expresase su deseo a su marido. Pero, por lo contrario, le ha pedido que no se lo traiga nunca, para poder seguir embromándole con este motivo.

(Esta última razón me parece harto inconsistente. Detrás de tales explicaciones poco satisfactorias suelen esconderse motivos inconfesados. Recuérdese a los hipnotizados de Bernheim, que llevan a cabo un encargo post-hipnótico y preguntados luego por los motivos de su acto no manifiestan ignorar por qué han hecho aquello sino que inventan un cualquier fundamento insuficiente. Algo análogo debe de suceder aquí con la historia del caviar. Observo, además, que mi paciente se ve obligada a crearse, en la vida, un deseo insatisfecho. Su sueño le muestra también realizada la negación de un deseo. ¿Mas para qué puede precisar de un deseo insatisfecho?)

Las ocurrencias que hasta ahora han surgido en el análisis no bastan para lograr la interpretación del sueño. Habré, pues, de procurar que la sujeto produzca otras nuevas. Después de una corta pausa, como corresponde al vencimiento de la resistencia, declara que ayer fué a visitar a una amiga suya, de la que se halla celosa, pues su marido la celebra siempre extraordinariamente.

Por fortuna, está muy seca y delgada y a su marido le gustan las mujeres de formas llenas. ¿De qué la habló su amiga durante su visita? Naturalmente, de su deseo de engordar. Además, la preguntó: «¿Cuándo vuelve usted a convidarnos a comer? En su casa se come siempre maravillosamente.»

Llegado el análisis a este punto, se me muestra ya, con toda claridad, el sentido del sueño y puedo explicarlo a mi paciente: «Es como si ante la pregunta de su amiga hubiera usted pensado: «¡Cualquier día te convido yo para que engordes hartándote de comer a costa mía y gustes luego más

a mi marido!» De este modo, cuando a la noche siguiente sueña usted que no puede dar una comida, no hace su sueño sino realizar su deseo de no colaborar al redondeamiento de las formas de su amiga. La idea de que comer fuera de casa engorda, le ha sido sugerida por el propósito que su marido la comunicó de rehusar, en adelante, toda invitación de este género, como parte del régimen al que pensaba someterse para adelgazar.» Fáltanos ahora, tan sólo, hallar una coincidencia cualquiera que confirme nuestra solución: Observando que el análisis no nos ha proporcionado aún dato alguno sobre el «salmón ahumado», mencionado en el contenido manifiesto, pregunto a mi paciente: ¿Por qué ha escogido usted en su sueño, precisamente este pescado? «Sin duda — me responde — porque es el plato preferido de mi amiga.» Casualmente, conozco también a esta señora y puedo confirmar que le sucede con este plato lo mismo que a mi paciente con el caviar, esto es, que gustándole mucho, se priva de él por razones de economía.

Este mismo sueño es susceptible de otra interpretación más útil, que incluso queda hecha necesaria por una circunstancia accesoria. Tales dos interpretaciones no se contradicen, sino que se superponen, constituyendo un ejemplo del doble sentido habitual de los sueños, y en general, de todos los demás productos psicopatológicos. Ya hemos visto que contemporáneamente a este sueño que parecía negarla un deseo, se ocupaba la sujeto en crearse, en la realidad, un deseo no satisfecho (el caviar). También su amiga había exteriorizado un deseo, el de engordar, y no nos admiraría que nuestra paciente hubiera soñado que a su amiga le había sido negado un deseo. Su deseo propio es, efectivamente, que no se realice un deseo de su amiga. Pero, en lugar de esto, sueña que no se le realiza a ella otro suyo. Obtendremos, pues, una nueva interpretación, si aceptamos que la sujeto no se refiere, en su sueño, a sí misma, sino a su amiga, sustituyéndose a ella en el contenido manifiesto, o como también podríamos decir, *identificándose* con ella.

A mi juicio, es esto, en efecto, lo que ha llevado a cabo, y como signo de tal identificación, se ha creado, en la realidad, un deseo insatisfecho. ¿Pero qué sentido tiene la iden-

tificación histérica? Para esclarecer este punto, se nos hace precisa una minuciosa exposición. La identificación es un factor importantísimo del mecanismo de los síntomas histéricos y constituye el medio por el que los enfermos logran expresar, en sus síntomas, los estados de toda una amplia serie de personas, y no únicamente los suyos propios. De este modo sufren por todo un conjunto de hombres y les es posible representar todos los papeles de una obra dramática con sólo sus medios personales. Se me objetará que esto no es sino la conocida imitación histérica o sea la facultad que los histéricos poseen de imitar todos los síntomas que en otros enfermos les impresionan, facultad equivalente a una compasión elevada hasta la reproducción. Pero con esto no se hace sino señalar el camino recorrido por el proceso psíquico en la imitación histérica, y no debemos olvidar que una cosa es el acto anímico y otra el camino que el mismo sigue. El primero es algo más complicado de lo que gustamos de representarnos la imitación de los histéricos y equivale a un proceso deductivo inconsciente, como veremos en el siguiente ejemplo: El médico que tiene en su clínica una enferma que presenta determinadas contracciones. y advierte una mañana que este especial síntoma histérico ha encontrado numerosas imitadoras entre las demás ocupantes de la sala, no se admirará lo más mínimo y se limitará a decir: «La han visto durante un ataque y ahora la imitan. Es la infección psíquica.” — Está bien; pero tal infección se desarrolla en la forma siguiente: Las enfermas saben, por lo general, bastante más unas de otras que el médico sobre cada una de ellas, y se preocupan de sus asuntos respectivos cambiando impresiones después de la visita. Si una de ellas tiene un día un ataque, las demás se enteran en seguida de que la causa del mismo ha sido una carta que ha recibido de su casa, una renovación de sus disgustos amorosos, etc. Estos hechos despiertan su compasión y entonces se desarrolla en ellas, aunque sin llegar a su conciencia, el siguiente proceso deductivo: «Si tales causas provocan ataques como ese, también yo puedo tenerlo, pues tengo idénticos motivos.» Si esta conclusión fuera capaz de conciencia, conduciría quizás al temor de padecer tales ataques; mas como tiene efec-

to en un distinto terreno psíquico, conduce a la realización del síntoma temido. Así, pues, la identificación no es una simple imitación, sino una *apropiación* basada en la misma causa etiológica, expresa una equivalencia y se refiere a una comunidad que permanece en lo inconsciente.

La identificación es utilizada casi siempre, en la histeria, para la expresión de una comunidad sexual. La histérica se identifica ante todo — aunque no exclusivamente — en sus síntomas, con aquellas personas con las que ha mantenido comercio sexual o con aquellas otras que lo mantienen con las mismas personas que ella. Tanto en la fantasía histérica como en el sueño, basta, para la identificación, que el sujeto piense en relaciones sexuales, sin necesidad de que las mismas sean reales. Así, pues, mi paciente no hace más que seguir las reglas de los procesos intelectuales histéricos cuando expresa los celos que su amiga le inspira (celos que reconoce injustificados), sustituyéndose a ella en el sueño e identificándose con ella por medio de la creación de un síntoma (el deseo prohibido). Si tenemos en cuenta la forma expresiva idiomática, podríamos explicar el proceso en la forma que sigue. La sujeto ocupa en su sueño el lugar de su amiga porque ésta ocupa en el ánimo de su marido el lugar que a ella le corresponde y porque quisiera ocupar en la estimación del mismo el lugar que aquélla ocupa (1).

De un modo más sencillo, aunque siempre conforme al mismo principio de que la no realización de un deseo significa la realización de otro, quedó rebatida la contradicción opuesta a mi teoría onírica por otra parte de mis pacientes, la más ingeniosa de todas aquellas cuyos sueños he analizado. Al día siguiente de haberle comunicado que los sueños eran realizaciones de deseos, me relató haber soñado aquella noche que salía de viaje con su suegra para el punto en el

(1) Soy el primero en lamentar la intercalación, en el presente estudio, de desarrollos correspondientes, como el que antecede, a la psicopatología de la histeria y que expuestos, además, aislada y fragmentariamente no pueden tampoco proporcionarnos grandes esclarecimientos. Pero si por medio de ellos, quedan indicadas las íntimas relaciones que enlazan los sueños a las psiconeurosis, quedará cumplido el propósito que me guió al acogerlos.

que habían acordado pasar juntas el verano. Sabía yo que mi paciente se había resistido con toda energía a ir a veranear con su suegra y había logrado por fin eludir la temida compañía, alquilando, hacía pocos días, una casa de campo en un lugar muy lejano a la residencia de aquélla. Y ahora el sueño deshacía esta solución tan deseada. ¿Cabía una más absoluta contradicción a mi teoría de la realización de deseos? Mas para hallar la interpretación de este sueño, no había más que deducir su consecuencia. Según él, no tenía yo razón. *El deseo de la paciente era precisamente éste: el de que yo no tuviese razón — y el sueño se lo muestra realizado—*. Pero este deseo de que yo no tuviese razón, realizado con relación al tema de la residencia veraniega, se refería en realidad a un tema distinto y mucho más importante. Por aquellos días, había yo deducido, del material que los análisis me proporcionaban, el hecho de que en un determinado período de su vida la había sucedido algo muy importante para la adquisición de su enfermedad, deducción que ella había rechazado por no hallar en su memoria nada correspondiente. Al poco tiempo quedó, sin embargo, demostrado, que tenía yo razón. Su deseo de que no la tuviese, transformado en el sueño que la muestra saliendo de veraneo en compañía de su suegra, correspondía, por lo tanto, al deseo justificado de que aquellos sucesos a que yo me había referido y que aún no habían obtenido confirmación, no hubiesen sucedido jamás.

Sin análisis, solamente por una sospecha, me permití interpretar un sueño de un amigo mío que durante ocho años había sido condiscípulo mío en segunda enseñanza. Un día me oyó pronunciar una conferencia sobre mi nuevo descubrimiento de que el sueño constituía una realización de deseos. Aquella noche, soñó *que perdía todos sus pleitos* — era abogado — y vino a relatarme su sueño, como prueba de la inexactitud de mi teoría. Por mi parte, salí del paso con la evasiva de que no todos los pleitos se pueden ganar, pero, en el fondo me dije: Un hombre que ha sido condiscípulo mío durante ocho años y que estaba siempre entre los medianos mientras yo era el primero de la clase: ¿no habrá conservado

de estos años de colegio el deseo de verme alguna vez en ridículo?

Una muchacha joven, a la que tenía sometida al tratamiento analítico, me relató — también como prueba de la inexactitud de mis afirmaciones — otro sueño más sombrío. «Recordará usted — me dijo — que mi hermana no tiene ya más que un hijo—Carlos. El mayor, Otto, se le murió cuando todavía vivía yo con ellos. Otto era mi preferido: podía decirse que era yo quien había cuidado de él y lo había educado. Naturalmente, también quiero al pequeño, pero no tanto como quise a su hermano. — Pues bien; esta noche he soñado que Carlos había muerto y lo veía ante mí, colocado ya en su pequeño ataúd, con las manos cruzadas y rodeado de velas, tal y como vi a Otto, cuya muerte me causó tan profundo dolor. — ¿Qué puede significar este sueño? Usted me conoce y sabe que no soy tan perversa como para desear que mi hermana pierda el único hijo que le queda. ¿O querrá decir que hubiera preferido que muriera Carlos en lugar de Otto, mucho más querido para mí?»

Esta interpretación debía desecharse desde luego y así se lo comuniqué a la paciente. Una corta reflexión me reveló luego, sin necesidad de análisis, el verdadero sentido del sueño, sentido que la sujeto aceptó y confirmó al dárselo a conocer. Claro está que si pude prescindir del análisis, fué tan sólo porque me hallaba previamente en posesión de todos los antecedentes necesarios.

Al quedar huérfana, siendo aún muy joven, se fué a vivir con una hermana suya, mucho mayor que ella, en cuya casa conoció a un hombre que impresionó profundamente su corazón. Durante algún tiempo pareció que aquellas relaciones, apenas manifiestas, iban a terminar en boda. Pero la hermana estorbó este feliz desenlace, sin que hayan llegado nunca a verse claramente los motivos que para ello pudo tener. Después de la ruptura dejó el pretendiente de visitar la casa, y la muchacha concentró toda su ternura en el pequeño Otto. Muerto éste, abandonó la casa de su hermana y se fué a vivir sola. Pero su amorosa inclinación hacia el amigo de su hermana, continuó viva en ella. Su orgullo le ordenaba evitarle, pero le era imposible transferir su amor a otro

de los pretendientes que luego la solicitaron. Cuando el hombre amado, que era un conocido literato, daba alguna conferencia, se la hallaba siempre entre los oyentes y no dejaba pasar ocasión alguna que de verle de lejos se le ofreciera. El día inmediatamente anterior a su sueño me había relatado que pensaba asistir a un concierto en el que seguramente podría gozar de la vista de su amor. Este concierto estaba enunciado para el día mismo en que acudió a relatarme el sueño antes detallado. Con todos estos antecedentes, no era difícil hallar la interpretación exacta del mismo. Para confirmarla, pregunté a mi paciente si recordaba algún suceso acaecido después de la muerte de Otto, obteniendo, en el acto, la respuesta siguiente: «Sí; el profesor (título que poseía su amado) fué a casa de mi hermana, después de una aïrga ausencia, y pude verle junto a la caja del pobre Otto." Esto era precisamente lo que yo esperaba, y mediante ello, pude ya dar por terminada la interpretación, expresándola como sigue: "Si ahora muriese el otro niño, se repetiría la misma escena. Pasaría usted el día en casa de su hermana; el profesor iría seguramente a dar el pésame y volvería usted a verle en situación idéntica a la de entonces. El sueño no significa sino éste su deseo de volver a ver al hombre amado, deseo contra el cual lucha usted interiormente. Sé, además, que lleva usted en el bolsillo el billete para el concierto de hoy. Su sueño es, por lo tanto, un sueño de impaciencia, que anticipa en algunas horas el encuentro que hoy debía realizarse».

Con objeto de encubrir su deseo, había escogido, la sujeto, una triste situación en la que el mismo había de quedar reprimido, pues es natural que el dolor que experimentamos ante la pérdida de una persona querida, aleje nuestro pensamiento de nuestros amores. Sin embargo, es muy posible que tampoco en la situación real que luego el sueño copia, esto es, cuando la muerte de Otto, al que tanto quería, consiguiese la muchacha dominar por completo los tiernos sentimientos que la presencia del hombre amado había de inspirarle.

Otra paciente mía, que antes de enfermar se había distinguido por su vivo ingenio y buen humor, cualidades que

aún emergían en sus ocurrencias durante las sesiones del tratamiento, tuvo un sueño muy semejante al anterior, pero de muy distinto sentido. En él vió, entre otras muchas cosas, a su única hija, una muchacha de quince años, muerta y metida en una caja que no tenía forma de ataúd, sino la de aquellas que se usan para guardar objetos. La hubiera gustado presentarme este sueño como prueba de la inexactitud de mis teorías, pero la detenía la sospecha de que el singular detalle de la «caja» había de indicar el camino de otra distinta interpretación del sueño (1). Durante el análisis, recordó que en una reunión de la que el día anterior había formado parte, recayó la conversación sobre la palabra inglesa «box» y lo vario de sus significados, pues puede traducirse por caja, palco, cajón, bofetada, etc. De otros elementos del mismo sueño se deducía que la sujeto se había dado cuenta de la afinidad de dicha palabra inglesa con la alemana "Buechse" (estuche) y había recordado que esta última era empleada vulgarmente para designar los genitales femeninos. Teniendo en cuenta la imprecisión de sus conocimientos de anatomía topográfica, podía por lo tanto suponerse que la niña en la «caja» significaba el feto en la matriz. Cuando le comuniqué esta explicación no negó ya que la imagen onírica correspondía realmente a un deseo suyo. Como tantas otras mujeres jóvenes, consideraba cada nuevo embarazo como una desgracia y se confesaba más de una vez el deseo de que el feto muriese antes del nacimiento. En una ocasión que tuvo un grave disgusto con su marido, llegó a golpearse el vientre, poseída por la cólera, para matar al hijo que en su seno llevaba. El niño muerto de su sueño era, pues, realmente, una realización de deseos, pero de un deseo rechazado hacía ya más de quince años. No debemos, pues, extrañar, que la realización de un deseo tan pretérito resultase irreconocible. En el intervalo tiene que haberse modificado mucho.

Al tratar de los sueños típicos volveremos a ocuparnos del grupo al que pertenecen los dos últimamente consignados, cuyo contenido es la muerte de personas queridas, y de-

(1) Del mismo modo que el "salmón ahumado" en el sueño de la comida fracasada.

mostraremos, con nuevos ejemplos, que a pesar de su contenido indeseado han de ser interpretados, sin excepción alguna, como realizaciones de deseos. No un enfermo, sino un inteligentísimo jurisconsulto conocido mío, me relató el siguiente sueño, también con la intención de detenerme en una prematura generalización de la teoría del sueño, realizador de deseos: «Sueño — me relata — que llego a mi casa llevando del brazo a una señora. Un coche cerrado me espera ante la puerta. Se me acerca un señor y después de justificar su personalidad de agente de policía, me invita a seguirle. Le pido únicamente que me dé tiempo para ordenar mis asuntos». — ¿Cree usted que puedo desear ser detenido? — Claro que no — tengo que contestarle. — ¿Pero sabe usted por qué le detenían? — Sí; creo que por infanticidio. — ¿Infanticidio? Demasiado sabe usted que no puede hablarse de este delito más que con respecto a la madre que mata a su hijo recién nacido. — Exacto (1). — ¿Cuáles son las circunstancias que rodearon su sueño? ¿Qué hizo usted la tarde antes? — Perdóneme usted; pero preferiría no contarlo. Se trata de algo muy personal y delicado. — Siendo así, tendremos que renunciar a la interpretación de su sueño. — Oigame entonces. No he pasado la noche en mi casa, sino en la de una señora que significa mucho para mí. Al despertar por la mañana, hubo de nuevo algo entre nosotros y después volví a dormirme, soñando entonces lo que acabo de contarle. —¿Es una mujer casada? — Sí. — Y naturalmente no querrá usted provocar un embarazo. — No; eso podría delatarnos. — Por lo tanto no practica usted con ella el coito normal. — Tomo la precaución de retirarme antes de la eyaculación. — ¿Debo suponer que aquella noche realizó usted esta habilidad varias veces y que en cambio, no quedó usted por la mañana muy seguro de haberlo conseguido? — Pudiera ser. — Entonces su sueño es una realización de deseos, pues le tranquiliza a usted mostrándole que no ha engendra-

(1) Sucede con frecuencia que al relatarnos un sujeto su sueño, suprime, sin darse cuenta, fragmentos del mismo, cuyo recuerdo no surge sino después, en el curso del análisis. Estos fragmentos agregados a posteriori nos proporcionan siempre la clave de la interpretación. Véase lo que después exponemos sobre el olvido de los sueños.

do un hijo, o lo que es aproximadamente lo mismo, que ha matado usted a un hijo. El proceso deductivo que me ha llevado a esta conclusión, es fácilmente evidenciable. Recuerde usted que hace algunos días hablamos sobre la disminución de los nacimientos y sobre la inconsecuencia que supone el hallarse permitido realizar el coito en forma que evite la fecundación, mientras que cuando la semilla y el óvulo se han encontrado y han formado un feto, es castigada severamente toda intervención. En relación con esto recordamos también la discusión que en la Edad Media se desarrolló sobre el momento en que el alma entraba en el feto, pues sólo a partir de él podía hablarse de asesinato. Seguramente conoce usted también la escalofriante poesía de Lenau en la que se equiparan el infanticidio y la evitación de la fecundidad. — Precisamente he estado pensando en Lenau, sin saber por qué, esta misma mañana. — Sin duda, un nuevo eco de su sueño. Por último, quiero hacerle ver a usted otra pequeña realización de deseos, accesoria, que su sueño presenta. En él, llega usted a su casa llevando a la señora del brazo, esto es, *la trae* usted a su casa, en lugar de como realmente ha sucedido, ir usted a pasar la noche en la de ella. El que la realización de deseos que constituye el nódulo del sueño se oculte bajo una apariencia tan desagradable, obedece quizás a más de una razón. En mi estudio sobre la etiología de la neurosis de angustia podrá usted ver que considero el «coitus interruptus» como uno de los factores causales de la génesis de la angustia neurótica. No me extrañaría, por lo tanto, que después de un repetido coito de este género permaneciera usted en un desagradable estado de ánimo que pasa a su sueño como elemento de la composición del mismo. De este malestar se sirve usted también para ocultarse la realización de deseos. Pero lo que aún no me parece suficientemente esclarecida es la acusación de infanticidio. ¿Cómo llega usted a la idea de ese delito esencialmente femenino? — Le confesaré a usted que hace años me encontré envuelto en un asunto de este género. Tuve la culpa de que una muchacha intentase borrar por medio del aborto, las consecuencias de sus relaciones conmigo. Desde luego, no intervine para nada en la realización de tal propósito, pero durante mucho tiempo tuve el natural temor de que aquello pudiera descubrirse. — Ahora queda ya todo

aclarado, pues este recuerdo nos proporciona otro motivo de que la sospecha de no haber interrumpido el coito en el momento oportuno, le fuera a usted penosa.

Esta interpretación onírica debió de impresionar vivamente a un joven médico, que la oyó relatar, pues tuvo en seguida un sueño de forma totalmente análoga, aunque sobre distinto tema. Días antes, había presentado en las oficinas de Hacienda la declaración jurada de sus ingresos y siendo éstos aún muy pequeños no había razón alguna que hubiera podido impulsarle a una ocultación. En su sueño vió a un amigo suyo que había asistido a la sesión de la junta de impuestos y venía a comunicarle que todas las declaraciones habían sido aceptadas sin reparo, pero que la suya había despertado una general desconfianza, siendo casi seguro que se le impusiera una fuerte multa por tentativa de defraudación. Este sueño es la realización, descuidadamente encubierta, del deseo de pasar por un médico de grandes ingresos y recuerda la conocida historia de aquella muchacha a la que se aconsejaba rompiera con su novio, hombre colérico que seguramente la maltrataría después de casada: A estos consejos respondió la muchacha: «¡Ojalá me pegase ya!» Su deseo de verse casada es tan vivo que acepta ya e incluso desea los inconvenientes que el matrimonio habrá de traer consigo.

Reuniendo bajo el rótulo de *«sueños negativos de deseos»* (*Gegenwunschtraeume*) todos los de este género, muy frecuentes, que parecen contradecir directamente mi teoría, puesto que su contenido manifiesto se halla constituído por la negación de un deseo o por algo evidentemente indeseado, advierto que es posible referirlos, en general, a dos principios, uno de los cuales no ha sido citado nunca antes de ahora, a pesar de desempeñar, tanto en la vida despierta del hombre como en su vida onírica, un importantísimo papel. Como ya hemos visto, el deseo de que me equivoque es una de las fuerzas determinantes de estos sueños que aparecen siempre, en el curso del tratamiento, cuando el enfermo entra en estado de resistencia contra mí. Al ponerle por vez primera al corriente de mi teoría de la realización de deseos, puedo también tener la seguridad de provocar en él sueños de

este género (1) y lo mismo habrá de sucederme sin duda con algunos de mis lectores, los cuales se negaran en sueños un deseo sólo para que pueda realizarse el de que yo me equivoque. El último sueño de este género que aquí voy a comunicar, demuestra nuevamente lo mismo. Una muchacha joven, que después de penosa lucha contra su familia y contra las autoridades médicas consultadas, había conseguido que la permitieran continuar sometiéndose a mi tratamiento, soñó lo siguiente: «En su casa la habían prohibido que continuara acudiendo a mi consulta. Entonces ella me recordaba la promesa que la había hecho de seguir tratándola gratis si llegaba este caso. Pero yo la respondía: En cuestiones de dinero no puedo guardar consideraciones a nadie».

No es ciertamente nada fácil descubrir aquí la realización de deseos, pero todos estos casos entrañan, además de éste, otro enigma distinto, cuya solución contribuye a la del primero. ¿De dónde proceder las palabras que el sueño pone en mis labios? Muy sencillo; por mi parte jamás había dicho a la enferma nada semejante, pero uno de sus hermanos tuvo una vez la amabilidad de hablar de mí en términos análogos. El sueño quiere, por lo tanto, dar la razón al hermano, y este deseo de dar la razón a su hermano, no es cosa que la sujeto sienta sólo en sus sueños, sino que constituye el secreto de su vida y el motivo de su enfermedad.

He aquí otro sueño, soñado e interpretado por un médico (Aug. Staercke) y en el que a primera vista parece imposible hallar realización alguna de deseos:

«En la última falange de mi dedo índice advierto una lesión sifilítica primaria.»

La claridad y coherencia de este sueño, cuyo único interrogante es lo indeseado de su contenido, pudiera inducirnos a no someterlo a una interpretación aparentemente innecesaria. Pero si no tememos dedicar algún trabajo al análisis, hallaremos que «lesión primaria» (en alemán «Primaraffekt») puede equipararse «prima afectio» (primer amor) y que la repugnante úlcera vista en el sueño revela representar — se-

(1) Varios de mis oyentes me han comunicado también en los últimos años, sueños negativos que constituyeron su reacción a su primer contacto con mi teoría.

gún palabras del mismo Staercke — «realizaciones de deseos cargadas de intenso afecto».

El segundo de los factores a que antes aludimos como motivadores de estos sueños negativos de deseos, es tan evidente, que como sucede con las cosas que más a la vista se hallan, corre el peligro de que no lo advirtamos, y éste ha sido, en efecto, mi caso, durante mucho tiempo. En la constitución sexual de muchos hombres, existe un componente masoquista surgido por la transformación, en su contrario, de los componentes agresivos sadistas. A estos hombres, los denominamos masoquistas «ideales» cuando no buscan el placer en el dolor físico que se les causa sino en las humillaciones y torturas espirituales. Claramente se ve, sin necesidad de más amplias explicaciones, que estas personas pueden tener sueños negativos y displacientes sin que los mismos sean en ellos otra cosa que realizaciones de deseos y la satisfacción de sus inclinaciones masoquistas. He aquí uno de estos sueños: Un joven, que en años anteriores había atormentado mucho a su hermano, hacia el que sentía una secreta inclinación homosexual, tiene, después de pasar por una radical transformación de carácter, el sueño siguiente, compuesto de tres partes: I. Su hermano mayor le «hace rabiar». II. Dos adultos coquetean entre sí, con propósitos homosexuales. III. Su hermano ha vendido la empresa cuya dirección se reservaba él para su porvenir. Después de este último fragmento onírico, despierta, presa de los más penosos sentimientos. Sin embargo, su sueño no es sino una realización de deseos de carácter masoquista, y podríamos interpretarlo por las ideas siguientes: "Me estaría muy bien empleado que mi hermano realizara ahora esa venta, en la que salgo perjudicado, para castigarme por lo mucho que antes le atormenté".

Espero que los ejemplos y reflexiones que anteceden bastarán para mostrar—hasta nuevas objeciones—la posibilidad de interpretar también los sueños penosos como realizaciones de deseos. De todos modos, habré de volver más adelante sobre este tema de los sueños displacientes. Creo, así mismo, que tampoco podrá ya nadie considerar como una casualidad el hecho de que en la interpretación de estos sueños lleguemos siempre a temas de los que no hablamos sino a disgusto o en los que nos es desagradable pensar. El penoso

sentimiento que tales sueños despiertan es, sencillamente, idéntico a la repugnancia que tiende a apartarnos—con éxito casi siempre—de la reflexión o discusión sobre tales temas y que todos y cada uno de nosotros hemos de vencer cuando nos vemos obligados a emprender una tal labor. Este sentimiento de displacer, que retorna en el sueño, no excluye, sin embargo, la persistencia de un deseo. Todo hombre abriga deseos que no quisiera comunicar a los demás y otros que ni aun quisiera confesarse a sí mismo. Por otra parte, creemos justificado enlazar el carácter displaciente de todos estos sueños al hecho de la deformación onírica y deducir que si se muestran deformados y aparece en ellos disfrazada la realización de deseos hasta resultar irreconocible, es precisamente porque existe una repugnancia o una intención represora, orientadas contra el tema del sueño o contra el deseo que de él emana. Al agregar al conocimiento que ya poseemos de la vida onírica todo lo que el análisis de los sueños displacientes nos ha descubierto, habremos de transformar la fórmula en la que antes intentamos encerrar la esencia del sueño, dándole la siguiente forma: *El sueño es la realización (disfrazada) de un deseo (reprimido)* (1).

Sólo nos quedan ya por examinar, desde este punto de vista, los sueños de angustia, los cuales constituyen un orden especial de los sueños de contenido penoso y cuya interpretación, como realizadores de deseos, habrá de tropezar con la máxima resistencia por parte de los no iniciados. Pero, afortunadamente, puedo dejar aquí esclarecida esta cuestión con escasas palabras. Tales sueños no corresponden, en efecto, a una nueva faceta del problema onírico, sino al problema general de la angustia neurótica. La angustia que en sueños sentimos, sólo aparentemente queda explicada por el

(1) Un gran poeta contemporáneo, del que me han dicho que no quiere ni oir hablar de la psicoanálisis y de la interpretación onírica, ha hallado, sin embargo, una fórmula casi idéntica para la esencia del sueño: "La emergencia independiente de intensos deseos reprimidos bajo rostro y nombre falsos".

Anticiparé también aquí la aplicación y modificación que Otto Rank ha llevado a cabo de la fórmula básica arriba citada: "El sueño presenta siempre, sobre la base y con el auxilio de material sexual infantil reprimido, deseos generalmente eróticos, como realizados, en forma encubierta y simbólicamente disfrazada".

contenido de los mismos. Al someter el contenido onírico a la interpretación, advertimos que la angustia del sueño no queda más ni mejor justificada por el contenido del sueño que, por ejemplo, la angustia de una fobia por la representación de que esta última depende. Es, por ejemplo, cierto, que podemos caernos al asomarnos a una ventana y que por lo tanto debemos observar cierta prudencia al efectuarlo, pero no es comprensible por qué en la fobia correspondiente es tan grande la angustia y persigue a los enfermos mucho más allá de sus motivos. La misma explicación se demuestra después aplicable tanto a la fobia como al sueño de angustia. La angustia no está en ambos casos sino soldada a la representación que la acompaña y procede de una fuente distinta.

A causa de esta íntima conexión de la angustia onírica con la neurótica, tengo que referirme aquí, en la discusión de la primera a la segunda. En un corto estudio sobre la neurosis de angustia (Neurolog. Zentralblatt, 1895) afirmé ya que la angustia neurótica procede de la vida sexual y corresponde a una libido desviada de su fin y que no ha llegado a su empleo. Esta fórmula se ha demostrado cada día más verdadera. De ella puede deducirse el principio de que los sueños de angustia poseen un contenido sexual, cuya libido correspondiente ha experimentado una transformación en angustia. Más tarde tendremos ocasión de apoyar esta afirmación con el análisis de algunos sueños de sujetos neuróticos. Asimismo, en mis ulteriores tentativas de aproximarse a una teoría del sueño, habré de tratar nuevamente de la condición de los sueños de angustia y de su compatibilidad con la teoría de la realización de deseos

FIN TOMO I

INDICE